UN JUEGO PELIGROSO

Una novela negra de

LUIS J. PEDRERO

UN JUEGO PELIGROSO

SERIE MARK CANNON Nº2

LUIS J. PEDRERO

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Otras Obras de Luis J. Pedrero
Acerca del Autor

1

La mirada de Jun era tan seria que pensé que me odiaba. Y eso que Sarah nos acababa de presentar en la casita de la piscina. Jun tenía los ojos rasgados, la piel tersa y el cabello con algunas canas. Parecía una mujer con las ideas claras, acostumbrada a ordenar.

Ambas sentadas delante de mí en el salón formaban una extraña pareja. Cada una representaba un estilo de vida tan diferente, que parecía que alguien las había colocado ahí solo para provocarme un cortocircuito en el cerebro.

—Mark, Jun tiene un problema —dijo Sarah, con la gravedad de quién anuncia una enfermedad terminal.

Era una de esas mañanas de mayo en Los Ángeles que amenaza lluvia. Me había levantado temprano, a eso de las doce de la tarde, con la sensación de que el aire estaba cargado de una cierta humedad. Deseé que no cayera una lluvia suave, puesto que detesto contemplarla a través de la ventana y dejarme arrastrar por la nostalgia. Me fascina una lluvia poderosa, con truenos sacudiendo el cielo y rayos iluminando las nubes como si fueran espectros.

—¿Y quién no? —dije con ironía, aún desconcertado por la presencia de ambas.

Le debía mucho a mi amiga Sarah. A pesar de que había encontrado un empleo como monitor en un gimnasio, seguía viviendo en la casita. Intentaba convencerme a mí mismo de que, en cuanto ahorrara una cantidad razonable de dinero, alquilaría un estudio. Solo había un ligero inconveniente: el salario era una birria.

—A su marido —dijo, señalando a Jun—, le ha desaparecido un objeto muy valioso, y está desesperado por recuperarlo.

—Así es —dijo Jun, asintiendo con la cabeza—. Sr. Cannon, Sarah me ha dicho que es usted una persona responsable y decidida, y que estaría dispuesto ayudarnos.

Ella tenía las manos sobre el bolso de cuero negro, que reposaba sobre el regazo. La espalda rígida como una tabla de planchar.

—¿De qué objeto se trata? —pregunté—. ¿Una alianza de oro recuerdo de la boda? ¿Un abrecartas de su difunto abuelo? ¿Un reloj de pulsera bañado en plata regalado en su cumpleaños?

—No, una robot —respondió Jun, sin inmutarse.

Se instaló un silencio pesado como una enciclopedia de economía.

—¿Cómo? —pregunté estupefacto, mirando a Sarah.

Antes de que mi amiga pudiera aclarar mi desconcierto, Jun se adelantó.

—Comprendo su desconcierto, Sr. Cannon —dijo, con un tono condescendiente—. Le explico. Mi marido fue un promotor inmobiliario de éxito y ahora vivimos de las rentas. Eso nos permite llevar una vida cómoda. Como dispone de mucho tiempo libre, se dedica a una de sus pasiones. Las robots sexuales.

Yo iba de asombro en asombro.

—Todo comenzó hace un par de años con la adquisición de Summer a la empresa Realistic Robotics —continuó—. Aunque la gente pudiera pensar lo contrario, fue bien recibida en casa. La experiencia fue tan satisfactoria que mi marido aceptó recibir un prototipo de la siguiente generación de robots. La empresa la llamó Brysa. Desconozco los detalles del avance tecnológico que supuso en comparación a la primera, además tampoco me interesa mucho, pero en resumidas cuentas para mi marido fue como un regalo caído del cielo. Se convirtió en imprescindible en su vida. Incluso la llevaba a pasear. Le cuento esto no para que le juzgue, sino para que se hagan una idea de lo que significa esta robot para mi marido.

Me acaricié el mentón mientras me preguntaba por qué esta mujer revelaba algo tan íntimo. No estábamos en un salón de té ni en la consulta de un psicólogo, sino en la casita de una piscina, un lugar de asueto y despreocupación.

—¿Y quiere que yo encuentre a ese robot?

—*La* encuentre —rectificó—. Es una mujer y se llama Brysa.

—Pero yo no soy un detective privado —dije, en un ataque de sentido común.

Jun asintió, como si fuese una información que ya conocía.

—Le confieso que usted no es mi primera elección, pero es la primera persona que no se mofa de nuestro problema. Y no estoy dispuesta a rebajar mi dignidad ante nadie. Además, Sarah, a la que conozco hace tiempo, le avala —Se inclinó hacia mí—. Tenga en cuenta que le voy a facilitar el nombre y dirección del principal sospechoso.

—¿Quién es esta persona?

Jun hizo con la boca una mueca de disgusto. Llevaba el cabello recogido en un moño y vestía de punta en blanco.

—El hermano de mi marido. Trabajaba en la inmobiliaria de mi marido, pero es un vago y le acabó echando hace un mes. Ahora tengo entendido que trabaja en una empresa de logística por las tardes. Mi marido, que es un hombre de gran corazón, dijo que le pagaría el alquiler de su casa durante tres meses. En resumidas cuentas, digamos que Feng es la oveja negra de la familia y se ha vengado del despido arrebatando a Brysa.

—¿Y por qué no van ustedes a reclamarle *la* robot?

—Muy sencillo, Sr. Cannon. Porque si nos presentamos en su casa,

no nos va a dejar entrar porque fingirá que se siente airado por insinuar que es un ladrón. Necesitamos que alguien aproveche su ausencia para registrar a fondo la casa y rescatar a Brysa. Si es que está escondida ahí, por supuesto. Y si vamos cuando él acude al trabajo, nos preocupa que tenga alguna cámara y nos grabe.

Jun hurgó en su bolso de cuero y sacó una llave que depositó sobre la mesita de cristal.

—Es la de la puerta de entrada. Tenemos una copia —dijo, como si fuera lo más natural—. Es un trabajo sencillo de una hora, un par a lo sumo. ¿Está disponible?

—No lo sé. Tengo que pensarlo —dije, rascándome el mentón que llevaba tres días sin relacionarse con una cuchilla.

—Creo que esto le ayudará a decidirse —dijo Jun.

Sacó del bolso un sobre y lo dejó junto a la llave. El bolso empezaba a ser más bien una chistera. ¿Qué sería lo próximo, una paloma? Invadido por la curiosidad, abrí el sobre. Un trío de billetes de cien dólares me saludó cordialmente.

—¿Habéis puesto una denuncia en la policía? —preguntó Sarah.

—A mi marido ni se le pasa por la cabeza —respondió con cierto hartazgo—. Es una pérdida de tiempo. No le tomarían en serio.

—¿Y si registro la casa y Brysa no está?

—Se queda con el dinero. Al menos nosotros obtendremos la certeza de que Feng es inocente —dijo, y algo en su voz me transmitió que en realidad ella deseaba que lo fuera.

—¿Tiene una foto de la robot? —dije, sintiéndome extraño al formular la pregunta, como si hablara de una persona de carne y hueso.

Jun desbloqueó su móvil con la cara, toqueteó la pantalla y mostró una imagen de Brysa. Parecía una modelo sacada de la portada de una revista de moda. Una melena salvaje y rubia. Unos ojos azules y penetrantes. Una piel joven y bronceada. Unos labios carnosos y sensuales. Todo en su cara era armonía. Parecía increíble e injusto que no fuera real.

Me quedé pensativo mientras ellas me miraban esperando si aceptaba el encargo.

—Me lo tengo que pensar —dije.

—¿Qué es lo que tiene que pensar, Sr. Cannon?

—Llámeme quisquilloso, pero se trata de un allanamiento de morada.

—Ahí tiene la llave, así que se ahorra forzar la cerradura o entrar por la ventana. Si la policía le pregunta diga que nosotros le dimos la llave y nosotros lo ratificaremos. Somos gente de palabra.

—Le llamaré con una respuesta.

—Tiene hasta esta noche, Sr. Cannon. No lo olvide.

Cuando Sarah regresó de acompañar a Jun a la salida de la mansión, me encontraba en el cuarto de baño, con las mejillas cubiertas de espuma de afeitar.

—Bueno, ¿qué vas a hacer? —preguntó, apoyada en el marco de la puerta. Su melena tenía la preciosa tonalidad rojiza de costumbre.

—¿De qué los conoces? —respondí, lavándome las manos.

Me contó que Chen, el marido, fue un cliente habitual de la casa durante un par de años. Su comportamiento había sido ejemplar, no como otros. Pagaba por adelantado, sin rechistar y respetaba a sus chicas. Es decir, que en la cama no solicitaba nada extravagante. Además de que correspondía a un buen servicio con una propina generosa. Lo raro de la situación fue que Sarah había conocido primero a Jun, quien se presentó un día para examinar los dormitorios, conocer a las chicas y preguntar tarifas. Dos semanas después apareció su marido para un servicio.

—¿Por qué su mujer se encargaría de algo así? No es lo habitual —dije, con la cuchilla de afeitar en la mano.

—Hablé con ella muchas veces por teléfono. Su manera de pensar es «si mi marido va a follarse a una puta, quiero saber con quién».

—Una manera de controlarlo.

—Exacto. Y así evitar que se puede establecer una relación sentimental que rompa su matrimonio—dijo ella, con agudeza—. De repente, Chen dejó de venir sin dar explicaciones. No supe el motivo hasta que ella me llamó ayer por teléfono y pidió verme. Me contó que habían comprado la primera robot hacía un año, Summer, y a Chen le bastaba para satisfacer sus necesidades sexuales. Después vino Brysa.

—Para Jun, mucho mejor. Ahora todo sucedía en su casa y eso significa menos complicaciones. Hasta que el hermano roba la nueva robot por ser despedido de la inmobiliaria.

—Y no pueden comprar otra porque es un prototipo.

—Pues ya tiene que ser la robot buena en lo suyo.

En otras circunstancias me habría concentrado en el ritual del afeitado, el olor suave a jabón lavanda, el sonido rugoso de la cuchilla sobre la piel. Sin embargo, aquella mañana plomiza Jun, Chen y las robots eran una fuente de distracción.

—Pensé que te vendría bien el dinero, Mark, pero por mí no lo hagas. Es una conocida, no una amiga, y además su marido ya no es cliente de la casa.

Me acordé de Josh. Con el dinero, podría abrir una cuenta corriente para financiar sus estudios universitarios con aportaciones periódicas.

—Parece fácil. Entrar, buscar y salir —dije, mirándola a través del espejo—. ¿Qué puede salir mal?

2

Después de trabajar mis horas correspondientes en el gimnasio bajo la atenta mirada de mi jefa, Nora, fui a la casa de Feng a lomos de mi Sportster. Eran alrededor de las siete de la tarde cuando llegué al número 1954 de la calle Doreen, en la zona sur de El Monte.

Sin bajarme de la moto, eché un vistazo. Lo primero que me llamó la atención de la casa de Feng fue que, dentro del jardín que parecía del tamaño de una maceta, dos palmeras se alzaban como rascacielos. Pegado a la acera, el frondoso seto que rodeaba la propiedad era de más de metro y medio, y creaba un esmerado arco sobre la reja de entrada. En la calle había aparcado un coche muy viejo. Puede ser de cualquier vecino, pensé.

Aparqué a unos doscientos metros con el fin de evitar miradas sobre la matrícula de la moto, y regresé andando. Agucé el oído. No se oía ni el zumbido de una mosca. Abrí la reja, crucé el jardín y llamé al timbre. Jun había dicho que su cuñado trabajaba por las tardes, sin embargo, quería evitar la sorpresa de encontrármelo en casa, enfermo o recuperándose de algún traumatismo.

Apreté el timbre una vez más y ante el pesado silencio como respuesta, introduje la llave que me había facilitado Jun en la cerradura. El resbalón sonó como dos cañonazos y la puerta se abrió.

Ante mí, un modesto vestíbulo que constaba de un tosco espejo y una pequeña cómoda, en cuya repisa de mármol deduje que Feng solía dejar las llaves o la cartera. El salón, espacioso, estaba decorado con pésimo gusto, paredes llenas de estantes sin criterio y pintadas de diferente color. En un rincón, sobre el suelo, un puñado de revistas con caracteres chinos.

¿Dónde escondería a Brysa? Si esperaba que estuviera sentadita, esperándome, no podía estar más equivocado.

Cerca de una de las ventanas había una mesa de madera sobre la que descansaba un portátil cerrado. Junto a él, un plato lleno de migas de pan, unas hojas garabateadas con bolígrafo y una serie de manuales para escribir guiones cinematográficos. ¿Es el sueño de Feng ser guionista? Claro, por eso, como dijo Jun, es la oveja negra de la familia.

Moviéndome como un fantasma, me dirigí al dormitorio. Qué mejor lugar que un buen armario para ocultar secretos. Había una cama enorme y sin hacer, que supuse que era el sitio donde Feng soñaba por las noches con triunfar en Hollywood y restregárselo a su hermano. A los lados, dos mesillas de noche tan viejas que parecían

del siglo pasado. En una de ellas, encontré papel de fumar, una esterilla de bambú y un paquete de filtros: los artículos esenciales del porrero.

Al abrir las puertas del armario descubrí ropa colgada, y un espacio para guardar la aspiradora, la tabla de planchar y un paquete de papel higiénico. Era imposible guardar en ese espacio tan estrecho una robot de un metro y cincuenta y tres centímetros. ¿La habría desmontado como si se tratase de un mueble barato?

Oí unos pasos acercándose a la puerta de entrada. Mi cuerpo se puso en máxima tensión.

Escuché la llave introduciéndose en la cerradura. ¿Feng volvía a casa antes de lo previsto? Debía esconderme. Eché un vistazo debajo de la cama, pero estaba ocupado con una serie de bolsas que parecían contener ropa. Joder, en aquella casa se aprovechaba hasta el último milímetro. Como pude, me metí en el armario en sigilo. No era el lugar idóneo, pero a veces es lo que hay.

Escuché el ruido de abrir y cerrar un frigorífico, por lo que deduje que la persona se encontraba en la cocina, quizá preparándose la merienda. Después de unos eternos cinco minutos entró en el dormitorio. A través de las rendijas de las láminas de la puerta, distinguí a un hombre joven y corpulento que hablaba por el móvil. Contuve el aliento para que no me oyera respirar.

Me extrañó escuchar el acento italiano pues había imaginado que Feng, al igual que su hermano, sería asiático americano. Quienquiera que fuese ese tipo me pareció dudoso que hubiera nacido en Estados Unidos, aunque no era imposible. Se sentó en el borde de la cama. Al tener el móvil pegado a la mejilla, resultaba difícil fijarse en su cara. Tomé aire con la discreción de un ninja.

—No, es muy tarde —dijo—. ¿Puedes un poco antes, a las nueve? Vale, perfecto. No, ahí no. En el club. Sí, te lo he dicho. Tengo el vídeo de Brysa que te prometí. Vas a alucinar. Nos vemos.

Después de colgar, se echó de espaldas sobre el colchón y se quedó en silencio, quizá meditando sobre el problema del cambio climático. Mantuvo esa postura durante unos minutos hasta que se levantó. Al cabo de unos minutos, oí el ruido de la ducha. No era necesario ser licenciado por la universidad de Oxford para darse cuenta de que era el momento para escabullirse.

Pasé al lado del baño con pies de plomo, llegué hasta el vestíbulo y antes de abrir la puerta y marcharme, reparé en la cartera sobre la cómoda. La abrí. Había varias tarjetas, una de un banco y varias de supermercados y tiendas de bricolaje. El carné de conducir estaba expedido en California a nombre de Giannis Espósito con una dirección en Pasadena. La foto de rigor reflejaba a un hombre joven y atractivo, de sonrisa intrépida, y de unos treinta y tantos años. ¿Estoy

en la casa de Feng o de Giannis?

Después de tomar una foto del carné con el móvil, salí a la calle y me alejé unas cuantas aceras hasta que llegué a la moto. Llamé a Jun para informar de lo sucedido. Con un tono impasible, me dijo que ese tal Giannis debía de ser algún *amigo*. Feng era una persona a la que le gustaba la noche y no hacía ascos a cualquier arrumaco que se le presentase. Era posible que de un arrumaco hubiera surgido una relación, detalle que ni ella ni su marido conocían. Cuando le conté el fragmento de la conversación telefónica que había escuchado, guardó silencio.

—Yo he cumplido mi parte —dije, pensando en los trescientos dólares—. ¿Qué quiera que haga?

—Resulta evidente que ese Giannis es el cómplice de Feng. Será el encargado de custodiar a Brysa.

—Eso parece. Pero no sabemos si hablaba con Feng u otra persona.

Oí la respiración fuerte de Jun.

—Entonces, ¿está descartado que la robot esté en la casa? —preguntó.

—No la he visto.

—Siga a Giannis —ordenó, desilusionada—. No perdemos nada. Si esta noche consigue una información, valiosa le daré un extra.

Me aposté a una distancia prudencial desde dónde podía vigilar la casa de Feng sin ser visto. Era una esquina agradable, al cobijo de un árbol de tronco grueso y sombra abundante. La gente paseaba a sus perros y los coches de la policía pasaban de largo. Las dos horas transcurrieron con mucha lentitud, con la única novedad de que el cuñado volvió del trabajo.

Me encontraba demasiado lejos para que, a través de la ventana de la cocina, pudiera observarles interactuar. Supuse que hablarían sobre Brysa y pensé que tal vez Feng lo acompañaría al club, lo que demostraría que estaba en el ajo.

Por fin, a eso de las nueve vi algo de movimiento. El guaperas de Giannis salió y se subió a su coche, un deportivo de color rojo. Feng se quedó en casa, quizá escribiendo algún melodrama.

Le seguí procurando que siempre hubiera tres o cuatro coches de por medio. Por suerte, era una hora con abundante tráfico y no supuso ningún esfuerzo. El italiano era un conductor espantoso, alérgico al uso de intermitente e irrespetuoso con los pasos de cebra. El colmo fue cuando casi atropella a un pobre repartidor en bicicleta. ¿Conducen así en Italia? Además, era sospechoso de ser cómplice del secuestro de Brysa. No conocía a Giannis pero empezaba a caerme mal.

Mientras le seguía como si fuera un detective con licencia, me pregunté que haría una vez llegara al club. ¿Lo vería reunirse con una o varias personas? Procuraría tomar una fotografía como si fuera un paparazzi. Después lo seguiría de vuelta a casa de Feng. ¿Eso era todo?

Lo más sensato era que Jun me autorizara a presentarle una oferta por recuperar a Brysa. Era una práctica habitual de las compañías aseguradoras cuando se roban cuadros o joyas valiosas. Negocian con los criminales la devolución a cambio de una cantidad muy inferior a lo que correspondería indemnizar al tomador de la póliza. Pero ¿cuánto estarían dispuestos a pagar? Seguro que encontrarían una cifra equilibrada.

Entre la Avenida Inglewood y la 115, Giannis se detuvo a las puertas de un club llamado Imperium y entregó las llaves del deportivo al aparcacoches. Eran las nueve y cuarto. Llegaba con retraso a la cita. Ya había caído la noche en Los Ángeles y las luces de neón habían invadido la ciudad. Decidí aparcar justo al lado del club, en un autolavado con una larga fila de clientes.

En la fachada del Imperium colgaba un enorme letrero con el nombre y una silueta roja de una chica. Se trataba de un club de *striptease* que jamás había pisado, y había pisado unos cuantos en mi época indómita.

Un tipo grande como un armario me señaló el camino a la taquilla, donde una grácil chica me cobró cincuenta dólares por la entrada con derecho a dos consumiciones. No olvides pasarle la cuenta a Jun, me dije. Esto se considera un gasto.

Nada más entrar me envolvió la penumbra, la música y los haces de luz púrpura que no dejaban de moverse aquí y allá. Justo delante se extendía una barra donde había un tipo acodado parloteando con una chica negra en bikini. Él bebiendo de una cerveza, ella, de una copa. Detrás de un camarero con pinta de aburrido, había un gran espejo que acogía una estantería repleta de botellas.

Pronto me fijé en el escenario. Estaba decorado con una cortina que parecía haber sido bañada en purpurina. Una chica rubia de insinuantes curvas bailaba con soltura. Frente a ella había hombres de diferentes edades que la jaleaban.

El Imperium no me pareció un club de primera categoría, pero tampoco era su pretensión. Ofrecía los servicios imprescindibles que buscan los clientes y nada más. Con el fin de pasar desapercibido me acerqué a la barra y mostré la entrada al camarero, que la cogió como si le fuera la vida en ello.

—Un Old fashion —le dije.

—Muy bien, amigo.

El espectáculo sobre el escenario empezaba a ser interesante, pero

mi interés estaba en el público. Procurando no ser demasiado evidente, paseé la mirada por entre las decenas de feas caras masculinas. La escasa luz y la distancia me impedía ver con claridad las facciones, aunque al tener una idea de la fisonomía de Giannis y la ropa que llevaba, no todo estaba perdido.

El camarero plantó las dos bebidas sobre la barra. Las miré como quien mira un medicamento caducado. El líquido parecía un mejunje aguado sacado de un barril. Tomé un sorbo mientras buscaba a Giannis. No tardé en dar con él. Se encontraba al fondo, sentado en una mesita de espaldas al escenario, y eso me desconcertó. Estaba con alguien.

Una chica morena en bikini salió de la nada y se acercó a mí junto con su ombligo al aire. Debía de tener unos veintitantos años. La cara sin maquillar.

—Hola, encanto, ¿cómo te llamas? —me preguntó con un vago interés.

—Mark.

—Yo me llamo Betty —dijo, apoyándose en la barra—. Uf, estoy sedienta. ¿Me invitas a una copa, Mark?

—Solo he venido a ver el ambiente.

—¿Eres de esos a los que solo le gusta mirar, eh?

—Si el espectáculo merece la pena, sí.

—Mis bailes privados son puro espectáculo. Lo dicen incluso los gays.

—No lo dudo, Betty. Pero tendrá que ser otro día.

—¿Por qué eres tan apático?

—Porque combina con el color de mis ojos.

—Venga, una copa y me largo. Hoy el *ambiente*, como tú lo llamas, está muy tranquilo. ¿Qué me dices?

Desvié la mirada hacia Giannis. Hablaba con un hombre calvo o quizá con la cabeza rapada. Demasiada penumbra para llegar a conclusiones. Cada uno con una cerveza en la mano. El hombre debía de ser con quien habló por móvil en casa de Feng. ¿Sería el comprador de Brysa?

—La verdad es que no tengo dinero para invitarte, Betty. Me quedé sin empleo hace seis meses.

—¿Y qué haces aquí gastando el dinero?

—Me invitaron.

—No me lo creo. Lo que pasa es que eres un tacaño de mierda.

El hombre con quien hablaba Giannis se levantó de pronto, lo cogió por las solapas de la chaqueta y lo levantó del asiento. Hubo un zarandeo. Después lo dejó caer como si fuera un papel sucio. Giannis, muy digno, se arregló la chaqueta. Nadie más que yo pareció darse cuenta del arrebato.

El hombre rapado se alejó con apremio entre clientes, chicas y las luces púrpuras. Era corpulento, bajito, con la nariz aguileña y vestía con una camisa hawaiana. No pude fijarme en más detalles de su aspecto porque Betty insistía en lo suyo.

—Toma mi segunda copa —le dije, cansado—. ¿Te enseño la cartera? Solo hay telarañas.

—Olvídame, idiota —dijo, y se marchó seguramente a por otro cliente solitario.

Dudé si seguir al hombre enrabietado o vigilar a Giannis. Era uno de esos dilemas insondables que a los que debe enfrentarse cualquier detective profesional, o a cualquiera que paguen por ser un detective apócrifo. Voy detrás del hombre enrabietado. Tengo un presentimiento, me dije. Dejé la copa sobre la barra y fui a por él.

Fue entonces cuando el asombro en las caras de los clientes me impulsó a alzar la vista, y mirar hacia el escenario. Frené en seco. De repente vi a una chica que no había visto antes. Toda ella era una esbelta figura que se movía al ritmo de la música. Las piernas, ágiles e interminables; los brazos, finos y alargados. Su cuerpo atraía miradas de deseo con la fuerza de un campo magnético, pero eso no resultaba lo más fascinante. Lo más fascinante era que su deslumbrante cara de rasgos suaves y perfectos recordaba a Brysa.

Por un momento me olvidé de mi nombre y de lo que hacía allí. Saqué el móvil del bolsillo y volví a mirar la foto que me había entregado Jun, incluso la agrandé aplicando el *zoom*. Eran como dos gotas de agua.

Me acerqué al escenario. El parecido incluía también el color rubio del cabello, aunque la robot lo llevaba más corto. La Brysa de carne y hueso se despojó del sujetador y lo lanzó hacia el público, pero yo no podía dejar de mirar su rostro. Era como ver a una persona resucitada. La escena tenía una cualidad sobrenatural que me embotaba la cabeza.

Aunque tardé en reaccionar, pude grabar con mi móvil los últimos instantes del número. Sobre billetes sucios y arrugados de diez dólares, la chica realizó una serie de movimientos pélvicos que arrancó roncos sonidos por parte del público. Entonces la música dejó de sonar de repente, y ella se despidió agitando la mano y lanzando besos al aire. Se oyeron silbidos y aplausos.

3

—¿Cómo se llama la chica que acaba de actuar? —pregunté al camarero.

—Piper Brooks.

—¿Hace cuánto tiempo que trabaja aquí?

—No lo sé —respondió, encogiéndose de hombros.

Apenas dudé sobre cuál sería mi siguiente acción. Rodeé el escenario y encontré una puerta que debía de conducir a los camerinos. La abrí con decisión. A mi izquierda observé el reverso de la cortina de purpurina, y a la derecha una escalerilla estrecha con un pasamanos que conducía al piso inferior. Me llegó un rumor de voces y ajetreo

Bajé. Los camerinos aparecieron al fondo, con varias mujeres cruzando de un lado y a otro, y otras sentadas frente a un espejo. Por un instante creí ver a Piper, pero un tipo musculoso de mi edad se interpuso. Tenía una nariz grande y aplastada como la de los boxeadores. Llevaba una camiseta negra y tan ajustada que parecía que había encogido en la lavadora.

—¿A dónde crees que vas? —me preguntó, indignado y levántadome una mano para que, a modo de señal de tráfico, me detuviese.

—Tengo que hablar con Piper.

—Me importa una mierda. A las chicas no se les molesta. Date la vuelta y lárgate antes de que me enfade.

—Escucha, no vengo a babear. Es solo un minuto.

—Ah, entonces sin problema. Por favor, adelante, caballero —dijo, sonriendo.

Ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Cambió de expresión a una fúnebre, dio un paso hacia mí y, a la velocidad de la luz, soltó un puñetazo que impactó en mi mandíbula. Me golpeé contra la pared. Sentí la mezcla de bilis y sangre en la punta de la lengua. Pero eso no fue lo único: oí un pitido interno.

—Te felicito —me dijo, con aire chulesco—. Otros hubieran caído al suelo. O estás en forma o yo he perdido facultades. Quién sabe. Pero vamos al meollo del asunto. ¿Quieres insistir en tu petición y llevarte el sopapo complementario, o prefieres marcharte con el rabo entre las piernas?

Aún con la cabeza dándome vueltas, saqué el móvil y busqué la foto de Brysa que me había facilitado Jun.

—Toma —dije, enseñando la pantalla—. Muéstrasela a Piper. Si no

quiere hablar conmigo, me iré.

Cogió el móvil con su manaza.

—¿Qué es esto, un muñeco que se parece a ella?

—*Una* robot que se parece a ella —corregí—. Tiene que saber que otros están haciendo dinero con su imagen.

El gorila me miró con desconfianza. En su minúsculo cerebro brotaba una solitaria idea. Chasqueó la lengua y ladeó la cabeza, como si el trato no le disgustara.

—No te muevas —ordenó.

Se fue y yo me quedé esperando, con la mandíbula dolorida. Una mujer entrada en carnes pasó a mi lado como una exhalación camino al escenario. Agitaba los brazos, tal vez para sacudirse el nerviosismo. Me invadió la curiosidad de asomarme y comprobar la reacción de ella al ver a su doble. ¿O quizá ella ya lo sabía?

El tipo regresó y me entregó el móvil.

—Enfrente del club —dijo—, en la otra acera, hay un restaurante. Espérala allí. Irá cuando pueda.

El restaurante se llamaba El rancho pequeño y servían comida mexicana. Las mesas eran gruesas y rectangulares, decoradas con un simple servilletero, y en lugar de sillas había viejos bancos de madera. La carta en inglés y español colgaba de la pared, ofreciendo precios asequibles y eso me hizo esbozar una sonrisa entrañable. Había una pareja de mediana edad comiendo con ansia. Me senté al fondo, en una esquina desde donde podía verse la entrada. Mi estómago rugió de hambre. Al poco, acudió la camarera para tomar mi pedido: unos tacos de pollo y una cerveza.

Me toqué la mandíbula. Continuaba en su sitio y era una excelente noticia. El caso Brysa había empezado con fuerza. Primero con la aparición de un matrimonio estrafalario buscando una robot sexual. Después Giannis, y después la doble de Brysa en el escenario de un club de *striptease*. Demasiados acontecimientos en tan escaso margen de tiempo. ¿Sabía Jun y Chen que Brysa existe en realidad? Quizá el motivo de la desaparición no se deba solo a una venganza de Feng, sino a algo más.

La pregunta que me interesaba ahora era ¿quién en Realistic Robotics había decidido darle a Brysa la cara de Piper? ¿O había sido fruto de la casualidad? Las facciones de Piper eran perfectas, susceptibles de ser captadas por la imaginación de un ingeniero calenturiento.

Regué mi estómago con un trago de cerveza. No estaba seguro de cómo reaccionaría yo si de repente me encontrara frente a mi doble en

formato robot. ¿Sentiría ira, vanidad, rechazo? ¿Las tres cosas? Los desdoblamientos son extraños porque nuestra identidad se redefine en los ojos de otra persona, que resulta ser uno mismo. Es un mito aceptado que todas las personas tienen un doble en alguna parte del mundo, pero lo que seguramente desconocía Piper era que iba a saber del suyo, que vivía en la misma ciudad vivía y que se trataría de una robot.

Consulté la hora. Eran casi cerca de las diez. Me preguntaba a qué hora vendría Piper cuando apareció. Saludó a la camarera por su nombre. Debía de frisar la treintena. Vestía con una cazadora de cuero, vaqueros rotos y botas. Colgaba un pequeño bolso de sus hombros. Le hice una seña con la mano. Supuse que el tipo de la puerta me había descrito. Se acercó con expresión dubitativa. Me presenté y estreché la mano al tiempo que la cubría. Noté la suavidad de su piel en la yema de mis dedos.

—¿Quieres tomar algo? —pregunté.

—No, gracias.

Al sonreír, su belleza adquirió otra dimensión si acaso aún más deslumbrante. Deseaba preguntar detalles de su vida, aunque podía resultar incómodo a las primeras de cambio.

—Kyle me ha enseñado una foto… —dijo, titubeante.

Saqué el móvil del bolsillo, seleccioné la fotografía y se la mostré. Piper fijó en la imagen sus brillantes ojos azules a la vez que se mordía los labios.

—¿La habías visto antes? —pregunté.

—No, es la primera vez —respondió con cierta preocupación—. ¿Puedo verla más de cerca?

Le dije que sí y le entregué el teléfono. Hizo *zoom* con los dedos para escrutar cada rasgo de su doble.

—Increíble. Es idéntica a mí.

Me entregó el teléfono y me miró, expectante. Era mi turno de despejar sus dudas.

—Es una robot sexual que se llama Brysa.

Los ojos de Piper se agrandaron. Las raíces de su cabello eran oscuras; un detalle sin importancia.

—¿Dónde se puede comprar? Tengo que verla con mis propios ojos. Si es verdad, le diré a mi agente que los demande.

—Es un prototipo. Aún no está en el mercado.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Sale en internet?

Tomé un trago de cerveza y sonreí.

—No, ha desaparecido y los dueños me han pedido que la encuentre.

—¿Quiénes son los dueños?

—Un matrimonio asiático. Bueno, en realidad, el marido es el

dueño. Está como loco por encontrarla.

—¿Eres detective?

—Sí —dije, mintiendo con descaro.

—No lo aparentas.

—¿Y qué aparento?

—Aún no lo he averiguado —dijo con una mirada desafiante.

El caso empezaba a ponerse interesante.

—Solo tenemos toda la noche —dije—. ¿Seguro que no quieres tomar algo?

—¿Cómo va la investigación?

—Ha empezado en el fondo de un armario y continúa en un club de *striptease*. ¿Conoces a una persona llamada Giannis Espósito?

Le enseñé la foto que había tomado del carné de conducir en casa de Feng.

—No lo he visto, aunque no me importaría. Me gustan mucho los italianos.

—¿Y a quién no?

—¿Es un sospechoso?

—Lo vi discutiendo con otro en el club.

—¿Te gustó mi número? —preguntó, apoyando la barbilla en la palma de la mano.

—Me dejaste con la boca abierta.

La pareja se levantó y se marchó a paso de tortuga, dejando un caos de platos, cubiertos y servilletas sucias. La camarera, con resignación, se acercó y empezó a recoger.

—Llevo un año trabajando de bailarina, pero es temporal. Estoy estudiando cine, quiero ser directora.

—El tópico dice que quieres ser actriz.

—Si me sale una oferta no voy a decir que no. Así será más facil dar el salto, como hizo Angelina Jolie.

—¿Has hecho algo que se pueda ver? —pregunté, y tomé otro sorbo de cerveza.

—Anuncios, varios cortos. Mi agente tiene poca experiencia pero se mueve bastante, y confía mucho en mí. Estoy pensando que me des tu número de teléfono. No conozco la ley, pero supongo que si presentamos una demanda nos hará falta información o testigos. ¿Sabes la dirección de la empresa o la busco?

—Búscala por internet —le dije mientras tecleaba mi número en su móvil—. Los dueños de Brysa conocen a gente de Realistic Robotics, tal vez puedan darte una cita para que hables con quien sea que mande. ¿Tienes mi número? Dame el tuyo y te paso la fotografía.

—¿Qué raro, no?

—¿El qué?

—Que te contraten para encontrar una muñeca sexual.

—Cuando escriba mis memorias este será un capítulo entero de ciencia-ficción.

—La gente crea vínculos psicológicos con los objetos, pero hay gente que se vuelve loca.

—No conozco al marido, pero por lo que me han dicho no aparenta ser ningún perturbado. Creo que es solo alguien que busca una vida cómoda.

—Tengo que marcharme —dijo, con brusquedad.

Me acerqué a la barra, pedí la cuenta y pagué. La camarera agradeció la propina y me deseó buenas noches. Me guardé el tique en el bolsillo del pantalón para presentarlo a Jun como gasto.

Piper me esperaba en la calle, con las manos en la cazadora. Era noche cerrada. Un coche de la policía pasó con la sirena a todo volumen. El club seguía abierto y aún restaban unas cuantas horas para el cierre. Grupos de hombres entraban y salían armando bullicio. Una fila de coches aguardaba su turno en el lavadero.

—Te mantendré al tanto de la investigación —dije, acercándome.

Ella se giró y su melena rubia flotó en el aire como en un anuncio de champú. Era difícil saber si triunfaría en el cine, pero sin duda tenía el poder de transformar a los hombres.

—Estaría bien.

Me agarró de la camisa con ambas manos y tiró hacia ella. Me besó. Larga y profundamente. La apreté contra mí.

—Te invitaría a mi apartamento pero una amiga se queda a dormir —dijo, casi en un susurro, después se apartó—. Nos vemos, Mark.

La vi alejarse mientras recuperaba el aliento.

4

Me planté en el barrio La mirada en una media hora larga, sin apretar demasiado el pedal del acelerador de mi moto. A pesar de que Josh ya se habría acostado, necesitaba desearle que pasara una buena noche, que soñara con los ángeles y toda esa parafernalia. No había avisado a Kim de que iría y eso fue un error.

Junto al coche de mi ex había otro, un Chrysler Voyager, de esos pensados para que familias numerosas paseen por el campo los fines de semana. Mi primer impulso fue pensar que el propietario fuera algún miembro de la familia de Kim, pero era extraño una visita a esa hora en mitad de la semana. Debía de tratarse de un amigo, de un nuevo amigo para ser exacto, un nuevo amigo que compartiese la cama con ella como buen amigo.

¿Cuánto tiempo había pasado desde el divorcio? Demasiado poco. Siempre es demasiado poco. Antes de llamar al timbre de la puerta por pura cortesía, ya que aún disponía de mi llave, me aproximé a la ventana. Había espiado más en un día que en toda mi vida. Cenaban en el salón al abrigo de la intimidad. Veía la espalda de Kim y la cara del otro. Era dramáticamente joven. No llegaría a la treintena, con cara de pillo. ¿De dónde había salido ese niñato? ¿De una aplicación para ligar o del trabajo? Sentí que ese niñato estaba ocupando mi sitio.

Llamé al timbre y esperé. Kim abrió la puerta y a través de la mosquitera vi sus ojos parpadeando de sorpresa, el brazo izquierdo sobre la cintura.

—¿Qué haces aquí?

—Yo también me alegro de verte.

—¿Qué quieres?

—Ver a Josh.

—¿A esta hora? Está dormido.

—Solo quiero arroparle, darle un beso en la frente y largarme con viento fresco.

—Tendrías que haber llamado, Mark.

—Ya es tarde para eso. Lo recordaré para la próxima vez.

—Tengo visita.

—Solo será un momento.

Kim se apartó con resignación y entré. Una luz cálida reinaba en el salón. En la mesa había copas de vino medio vacías, y un par de raciones del pastel de limón que tanto gustaba a Josh. Solo faltaba un violinista vestido de etiqueta para redondear el ambiente. Kim hizo las

presentaciones. Se llamaba Randy y cuando le estreché la mano la sentí más húmeda que una lavadora centrifugando. Vestía con una camiseta blanca y un chaleco.

—¿Qué estás estudiando? —le pregunté, con una ironía que no pasó desapercibida para Kim.

—¿Estudiando? No, no… —respondió con cierto nerviosismo—. Soy profesor en el colegio de Josh.

—Ah, perdona. Eres muy joven, ¿qué edad tienes?

—Veintiocho.

—Estupendo, en la flor de la vida, siempre abierto a nuevas experiencias —dije, mirando a Kim con una sonrisa de dentista.

—Bien, ya sabes dónde está el dormitorio —dijo Kim, clavándome un cuchillo con la mirada.

—No se me ha olvidado.

Josh dormía a oscuras, pero gracias a la luz del pasillo abundaba la claridad suficiente para moverme sin dificultad. Me senté en el borde de la cama. El murmullo de la pareja de tortolitos se oía lejano. La respiración sosegada de mi hijo me calmó. Sea lo que sea lo que estuviera soñando no le causaba inquietud.

Hijo, no voy a negarte que estoy dolido por ver a tu madre con otro, pero la vida sigue. Tarde o temprano iba a pasar. Si ese tío es un capullo contigo me lo dices y le hago una visita que parezca un accidente. ¿Cómo has pasado el día? En el colegio, ¿bien? Espero que hayas aprobado el examen de mates. Tú tienes que ser mejor que yo, ¿entendido? A diferencia de tu padre, irás a la universidad aunque tenga que atracar un banco. Nada de acabar en el porno como yo o de monitor en un gimnasio, que es lo más aburrido del mundo.

Le besé en la frente, le arropé y me marché en sigilo.

Un rato después llegué a la casita de la piscina con la ilusión de dormir hasta la tarde del día siguiente. Cerca de la entrada vi a Murray con su acostumbra seriedad. Con una mano mantenía la puerta abierta de un coche de alta gama, con la otra sostenía por el brazo a un señor de pelo canoso y barriga de vividor. Su tambaleo era un indicio evidente de intoxicación etílica. Vestía de esmoquin; el traje que tipos con dinero lucen en lugares creados para sacarles el máximo de dinero.

Se abrió una puerta del lado del conductor y salió un hombre algo más joven que el canoso. Estaba cubierto por un abrigo del grosor de una columna griega. Tenía el pelo corto y ensortijado. Se acercó con pasos de geisha.

—¿Se encuentra bien, Sr. Flynn? —dijo con una voz aguda como una gaita.

El tal Flynn emitió una serie de resoplidos y aspavientos a modo de respuesta. Se dejó caer sobre el asiento de atrás pero con los pies

fuera.

—¿Por qué no le ayuda? —le preguntó el joven a Murray.

—No es mi trabajo.

—Bueno, tampoco hay que ponerse así —dijo Flynn con una mirada opaca—.

—Vamos a casa —dijo el joven.

Flynn se negó haciendo un gesto con el dedo de una manera que no dejaba resquicio a la duda.

—¿Quiere ir a otro club?

El borracho asintió con la cabeza, pero se inclinó demasiado y cayó al suelo, desvanecido.

—¿Qué le pasa, Sr. Flynn? ¡Hay que llamar a una ambulancia! —exclamó el joven lacayo mirando a Murray.

—¿No ve que solo está borracho? —dije.

Entre Murray y yo lo metimos de nuevo en el coche. Pesaba una tonelada. La luz interna alumbró su cara. Era redonda, de mejillas sonrosadas. Me resultaba vagamente familiar. ¿Tal vez un político?

—Muchas gracias —dijo el joven, con calma.

—¿Su amigo siempre se pone así? —le pregunté.

—Muy rara vez —dijo, pero algo en el tono invitaba a un brindis de ironía.

Se subió al asiento del conductor, arrancó al motor y en apenas unos segundos las luces traseras del coche desaparecieron de nuestra vista. Le pregunté a Murray si podía tomarse un descanso para reponer fuerzas. Sin excesiva alegría, respondió que sí.

Minutos después nos encontrábamos sentados en las hamacas de la piscina, cuya agua aparecía iluminada suavemente por los focos interiores. A nuestras espaldas Los Ángeles se desplegaba como un manto de luces. De la casa llegaba el ruido de música y voces. Murray se sacó un puro del bolsillo interior de la camisa, después cogió un mechero del bolsillo de su pantalón, y lo encendió con solemnidad.

Había traído dos cervezas frías de la casita de la piscina, pero Murray no tocó la suya. No estaba seguro de qué hablar con él. Vivía cómodo en el silencio y me pareció bien. Por un momento el tabaco y el alcohol hablaron por nosotros. Éramos dos sombras en la noche. Después me decidí a romper el hielo.

—La cara del borrachuzo me sonaba —dije, y bebí un trago.

Murray soltó una bocanada de humo.

—Viene cada fin de mes —dijo—. Deja buenas propinas y usa Viagra para follar. Es lo que me han dicho las chicas.

El silencio volvió a instalarse.

—Estuve en la cárcel hace tiempo, pero solo de paso —dije.

—Sarah me lo contó.

—¿Tú también, no?

—Dos años, un mes, cuatro días y diecisiete minutos.

—¿Cómo fue?

—Preparé las declaraciones de impuestos de los presos y eso me ayudó a sobrevivir. El alcaide se enteró y me hizo su ayudante. A cambio de ayudarle a pagar menos, me puso al cargo de la biblioteca y me convertí en el más popular del trullo.

Lo miré fijamente.

—Ya, y después te escapaste a Ziuatanejo a construir barcas —dije, sabiendo que me estaba contando el argumento de una película.

—Ziuatanejo tiene las playas más bonitas del mundo. El agua es de color turquesa y la arena es blanca y suave. Las mujeres van en bikini todo el año. ¿Has estado?

—No, no me gusta viajar.

—¿Y eso?

—El único motivo de viajar es hacer fotografías para luego enseñarlas, o verlas años después para que no olvides que estuviste en esa playa, o viendo tal monumento, o esa plaza supuestamente histórica. Además, odio hacer la maleta.

Murray apretó las mandíbulas y me miró de reojo.

—He oído tonterías en mi vida, pero esta es la más grande.

—Pues has viajado poco. Sal afuera, Murray, hay todo un mundo esperándote. ¿A qué esperas?

—A tener algo más de pasta, por ejemplo.

—Puedes casarte con una mujer rica.

—Prefiero viajar solo. Me gusta hacer lo que me dé la gana en cada momento.

Me tumbé y crucé las piernas sobre la hamaca procurando no derramar la cerveza. En el cielo sombrío distinguí una única estrella. Por un momento fugaz me acordé de Piper y en el beso apasionado en mitad de la calle.

—Eres un lobo solitario —dije.

—¿Hay algún problema con eso?

—No, la ley lo permite —dije

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Asentí con la cabeza y bebí otro sorbo de cerveza.

—¿Hasta cuándo vas a vivir en la casita de la piscina?

Fue como recibir una colleja. Todos los días yo me preguntaba lo mismo.

—Me divorcié y estoy sin blanca. Tengo que empezar de cero. Supongo que también te reconstruiste de cero cuando saliste de la cárcel.

—No fue la primera vez. Cuando nací fue para reconstruirme de cero.

Soltó otra humareda mientras miraba al infinito.

—Tus frases lapidarias me dan risa —le dije.

—Por lo menos yo no vivo de prestado.

Los dos soltamos una risotada.

Disponía de unas horas antes de acudir a trabajar al gimnasio., así que desayuné, me vestí y fui en moto a la casa de Jun y Chen en el 932 de Figueroa Terrace. Había acordado que me pasaría para contarles cómo habían terminado las pesquisas de la pasada noche.

A decir verdad, tenía curiosidad por conocer a Chen, el hombre de la perversión robótica. Su manera de relacionarse con Brysa, tratarla como si fuera una mujer de carne y hueso, me producía la impresión de un hombre cuanto menos especial. A todos nos importa lo que opinen los demás sobre nosotros, pero Chen había traspasado el límite de una manera que me preguntaba si en realidad los locos éramos nosotros, es decir, el resto de la humanidad.

Figueroa Terrace terminaba en una pronunciada cuesta. La calzada era tan amplia que cabían dos autobuses escolares. Sobre la acera, una palmera, un poste eléctrico y una farola se repartían el protagonismo. Una fila de casas adosadas de color blanco se alzaba justo a lo largo de una suave curva. A simple vista parecían construcciones austeras de dos plantas, pero cada una lucía un buen número de ventanas, una balconada elegante y una chimenea emergiendo de un tejado rojizo.

Delante de la casa de Jun y Chen había aparcado un viejo descapotable que brillaba bajo el sol. Era un Ford Mustang del 64 de color verde. Supuse que Brysa y su compañera de fatigas, Summer, se habían sentado en los asientos de atrás en algún momento. Me bajé de la moto y subí por las escaleras. A la derecha una densa enredadera se expandía sobre maceteros gigantes de hormigón.

Llamé al timbre. Una mujer joven y latina abrió la puerta y me hizo pasar al vestíbulo. No me preguntó mi nombre, por lo que deduje que el matrimonio me había visto llegar.

—Enseguida viene la señora —dijo con timidez—. Si gusta pasar al salón…

Se lo agradecí con una sonrisa y me planté en medio de una estancia de techos altos, de donde colgaba una lámpara moderna, enorme como un campanario. Enseguida noté el frío del aire acondicionado. Unos grados más de temperatura no hubieran venido mal para que el ambiente fuera más acogedor.

—¿Gusta tomar algo?

—No, gracias.

Se retiró con discreción. Me quedé de pie echando una ojeada a mi alrededor. Una pareja de jarrones sobre una cómoda captó mi

atención. Eran voluminosos, pintados de color turquesa y con un falso aire a antigüedad milenaria.

—Traídos directamente de Tailandia —dijo Jun a mi espalda.

Cuando me giré estaba ahí, plantada al pie de la escalera de caracol. Al igual el día anterior vestía de blanco, aunque esta vez con una pieza única que le cubría hasta las rodillas. Llevaba el cabello recogido en un severo moño.

—Espero que sus papeles estén en regla —dije.

—Oh, no se preocupe por eso —dijo, sin captar la doble intención de la frase refiriéndose a su empleada—. Dijo que tenía novedades, ¿verdad?

—Una importante.

—Estupendo —dijo, frotándose las manos—. Acompáñeme, vamos a hablar con mi marido. Está deseando oírlas.

Subimos por una escalera de caracol de madera recién barnizada. Resultaba evidente que el matrimonio gozaba de una más que saneada cuenta corriente. La casa transmitía una pulcritud de sala quirúrgica, y el contraste con la casita de la piscina me produjo una discreta sonrisa.

Mientras caminaba detrás de Jun, me pregunté con qué se distraía en su tiempo libre. Me costaba imaginarla jugando a los dados, sino más bien involucrada en alguna actividad cultural o incluso de voluntaria en una ONG.

La segunda planta estaba completamente alfombrada. Había otro salón, más íntimo y con un televisor, el cual sería el principal y dejaban para las visitas el de abajo. Pasamos por delante de lo que deduje sería la puerta de su dormitorio, y llegamos a una habitación donde nos esperaba Chen.

Tendría unos cincuenta años, de ojos rasgados, pelo corto y sin canas aparentes. Llevaba un atuendo deportivo: polo color rosa chicle, pantalón corto y zapatillas. Su piel estaba bronceada y se veía lisa y sin arrugas. Uno de esos hombres a los que le gusta quitarse una década de encima, como si fuera una mota de polvo sobre los hombros.

Al verme sus ojos centellearon de ilusión. Nos recibió sentado en el borde de una cama invidual, con una revista sobre las piernas. Al lado había otra cama, con idéntico edredón y mesilla de noche, sobre la que yacía una muñeca de melena castaña. Supuse que sería Summer, la arrinconada por Brysa, la estrella emergente de la casa.

Medía algo más de metro y medio, con una cintura estrecha y un pecho exuberante. Vestía con un top y una falda corta y vaporosa de color vainilla. Los rasgos fríos de la cara me recordaron a un muñeco de cera. Solo conocía a Brysa por la fotografía, pero sin duda era mucho más atractiva y realista.

—Tenemos visita —dijo Chen a Summer, pero esta no abrió la boca.

—¿Habla?

—De momento yo no la he escuchado —dijo, encogiéndose de hombros.

—Claro que no habla —zanjó Jun.

Entre las dos camas había una ventana, y a cada lado una cortina de lunares que chirriaba con el resto de la decoración. Me imaginé a Chen reivindicando frente a su mujer el derecho de elegir una horrible cortina. Se veía la fachada del siguiente bloque de apartamentos y antes un parterre, donde los inquilinos dejaban que fornicasen sus mascotas.

—¿Esa es la cama de Brysa? —le pregunté a Chen.

—Así es. Todas las noches la acostaba y pasaba un tiempo con ella, hasta que el lunes desapareció.

—Alguien entró por la puerta y tranquilamente se la llevó —dijo Jun, que seguía de pie y con los brazos cruzados—. Con el adaptador de corriente incluido.

—Por eso sospechamos de Feng —dijo él—. ¿Trae novedades, Mark?

Chen invitó a que me sentara en la silla del escritorio. Les resumí mis pesquisas, la entrada al domicilio de su hermano y la inesperada aparición de Giannis, el italiano. No escatimé en detalles, poniendo en valor mi iniciativa y arrojo. Quería que pensaran en el dinero de mis honorarios como bien aprovechados.

Cuando llegó el momento de hablar del Imperium, me detuve un instante para escrutar sus caras antes de desvelarles mi encuentro con Piper. Pasaron del interés al más absoluto desconcierto y una parte de mí disfrutó, como en un pequeño orgasmo, con su reacción.

—Brysa… ¿es real? —preguntó Chen, confundido, rascándose el cuello.

Le dije el nombre de la bailarina y su sueño de ser directora de cine, pero lo más relevante era que ella ignoraba la existencia de una robot sexual con su cara.

—¿Tiene una foto o un vídeo de la chica? —preguntó Jun.

—Dentro del Imperium estaba muy oscuro, y cuando quedé con ella en el restaurante no pensé que fuera el momento idóneo.

—Es una verdadera pena —lamentó Jun.

—Podemos ir a verla esta misma noche —dije.

—Sí, pero ¿dónde está Brysa? Para eso le contratamos —dijo Chen —. ¿Tiene alguna pista más?

Se formó un silencio incómodo.

—No, pero me gustaría visitar Realistic Robots y preguntarles si sabían de la existencia de Piper. Quizá la desaparición de Brysa no sea

como venganza, sino como una manera de sacar dinero a costa de Realistic Robots.

—Ya veo… —dijo Chen, con la barbilla apoyada en la mano—. Creo que le podré arreglar una cita con ellos para mañana.

Me puse de pie como para dar finalizada la reunión. Jun me dijo que me acompañaba a la salida, así que estreché la mano blanda de Chen y seguí a su esposa por la escalera de caracol. En el vestíbulo, abrió un cajón y sacó un sobre, que me entregó con cierta desgana.

—Aquí tiene el extra prometido —me dijo, mirándome a los ojos con frialdad—. Ha sido muy hábil al sugerir un día más de investigación.

—No se lo voy a cobrar, Jun. Ahórrelo para comprar más jarrones.

Salí de la casa y subí a la moto. Con el dinero en el bolsillo, sentí una nueva energía recorriendo mi cuerpo. Arranqué el motor pero algo me empujó a alzar la vista hacia la casa. A través de la ventana vi a Chen mirándome con las manos en los bolsillos. Como si quisiera enviarme un mensaje que dijera cuidado conmigo. Nos quedamos así, durante unos largos segundos hasta que me largué calle abajo.

5

Cuando se hizo de noche me encontraba en la casita. Con el televisor mostrando un partido de los Rams, usaba mi móvil para recabar información por internet sobre la empresa Realistic Robots. Antes de cenar, Jun me había llamado diciendo que al día siguiente tenía una cita con ellos, así que me pareció una excelente idea acudir con los deberes hechos.

En la primera búsqueda encontré fotografías de Eva Jenkins, la presidenta y fundadora de la empresa. Era una mujer de unos cuarenta años, cabello ondulante de color azabache, con un aire gótico que me produjo un cosquilleo en el estómago. Hice clic en unos vídeos donde estaba ella junto a Brysa. En lo que parecía algo así como un taller, Jenkins le formulaba preguntas sencillas con objeto de entablar una conversación básica.

—¿Dónde vives? —preguntó.

Brysa estiró los labios ligeramente, esforzándose en mostrar una expresión cálida y natural. Las mejillas de plástico se plegaron en una única y ligera arruga. Quedé sorprendido. Me pareció un logro considerable, un soplo de vida.

—Vivo en el barrio industrial, en el 1855, en Los Ángeles. La mejor ciudad del mundo —añadió.

La voz sonaba aguda, femenina aunque con un deje mecánico y monótono. Se oyeron risas detrás de la cámara. Jenkins mostraba una sonrisa llena de arrogancia.

—¿Cuál es tu equipo favorito de baloncesto? —preguntó.

Brysa se demoró en responder un par de segundos.

—Los Lakers. Me encanta el baloncesto. ¿Y el tuyo?

—Los Clippers.

—No está mal.

Los siguientes vídeos ahondaban en el mismo tema, la capacidad de entablar un diálogo sencillo aunque frágil. Jenkins se esforzaba en presentar a Brysa no solo como una robot sensual, de pechos grandes y caderas estrechas, sino a una acompañante con el que mejorar la vida personal del cliente. Pensé en que quizá ahí radicaba el enamoramiento de Chen.

En otro de los vídeos, Jenkins afirmaba que de aquí a unos veinte años el Gobierno aceptaría legalmente la boda entre robots y humanos. El estigma de convivir con un robot desaparecería para que aquellos que lo desearan, no encontraran inconvenientes. ¿Si la gente vivía con mascotas, por qué no con un robot?, se preguntaba. Jenkins

parecía tan convencido en su visión que era como si viniera directa del futuro.

Me intrigó que una personalidad tan jugosa para los medios de comunicación no dispusiera de mucha más cobertura. Sin duda se debía a la finalidad evidente del invento. Para muchos el robot seguía siendo alguien al que pagar por obtener sexo, y esa prostitución seguía causando un rechazo generalizado en buena parte de la sociedad.

No obstante, si la robot funcionaba a la perfección estaríamos hablando de un negocio millonario. Cualquier empresa de la competencia vería con buenos ojos destripar el disco duro y conocer el secreto de su funcionamiento.

Conseguí llegar a otro fragmento de vídeo donde Jenkins hablaba sobre ella misma.

—Siempre me ha gustado ir a contracorriente. Mis padres querían que siguiera con el negocio familiar, pero el hacerme cargo de una tienda de fotografía no era precisamente mi sueño. Terminé Bellas Artes y me fui a Nueva York a labrarme una carrera como pintora, pero enseguida me di cuenta de lo pervertido del mercado, que no era arte, sino una forma respetable de ganar dinero a espuertas a costa del esfuerzo de los artistas. Los que de verdad ganan dinero son los marchantes, que se quedan con el setenta por ciento de las ventas. Un día me horroricé cuando me puse frente a un lienzo en blanco y me dije que debía pintar un cuadro valorado en diez mil dólares. Ahí fue cuando lo dejé, hice las maletas y volví a Los Ángeles para trabajar en el departamento artístico de Paramount.

—¿Fue ahí cuando se interesó por los robots? —preguntó una voz en off.

—Esa fue la semilla, porque trabajé en una serie para la televisión de zombis en la que tenía que construir maniquís para luego desmembrarlos. Aprendí mucho sobre anatomía.

El vídeo se terminó y seguí buscando por internet. Leyendo una noticia de Los Angeles Times descubrí que Jenkins no era la única dueña de la empresa, sino que junto a un tal Philip Green la fundaron nueve años atrás. Al contrario que de Jenkis, me costó encontrar fotografías de él.

De repente, oí un grito de mujer que me dejó paralizado. Enseguida dejé el móvil, apagué el televisor y agucé el oído durante unos segundos. Solo escuché el ruido del tráfico a lo lejos. Aun así, salí a la piscina e, intranquilo, miré hacia la mansión de donde pensé que había provenido el grito. Me llegaron voces airadas y deduje que algo estaba sucediendo. Eché una ojeada a la entrada pero no vi a Murray.

Quizá ya está dentro, pensé mientras caminaba en dirección a la casa.

Una vez en el interior, seguí el ruido cruzando el vestíbulo y

después recorrí un largo pasillo de la planta baja. Por la mente se me cruzaban infinidad de razones por las que una mujer gritaría en un prostíbulo. Llegué a una salita con un televisor gigante y un largo sofá que cubría la pared de enfrente.

Sarah y dos chicas estaban sentadas. Murray las miraba a cierta distancia, con los brazos cruzados, con expresión preocupada. Una de las chicas temblaba de arriba a abajo. Era negra, con el pelo corto y unos aretes en forma de rombos. La otra era una mujer menuda y llevaba unas gafas de pasta que le daba aspecto de profesora. A ambas las conocía de intercambiar saludos de cortesía.

Sarah abrazaba por el hombro a la chica presa del nerviosismo, cuyas manos sostenían un móvil. Su compañera la cogía del brazo como si buscara consolarla. Le decía, tranquila, tranquila.

—¿Qué ocurre? —pregunté a Sarah.

Mi amiga estaba tan embargada por la rabia que no pudo hablar. Miró a Murray, quien me explicó que Brenda había recibido un mensaje al móvil de uno de sus clientes habituales. «Si no vienes, te cortaré en pedacitos».

—Es del borrachuzo que anoche metimos en el coche —dijo.

—¿Flynn? ¿De qué me suena su cara?

—Es un empresario muy bien conectado con las esferas políticas —dijo Sarah, que había recobrado la serenidad.

—Es decir, acostumbrado a que todo el mundo le ponga la alfombra roja —dije.

Entró una tercera chica con un vaso de agua que entregó a Brenda. Se lo bebió de un trago.

—Aconsejo a mis chicas que no queden afuera con los clientes porque no es seguro —dijo Sarah—. Algunas me hacen caso y otras no. Brenda se negó y este imbécil no está acostumbrado a que le nieguen sus caprichos.

—¿Y si voy a la policía? —preguntó Brenda con angustia.

Agarraba el vaso con ambas manos. Estaba hecha un manojo de nervios.

—Si es tu decisión, yo te apoyaré, cariño —dijo Sarah—, pero es un hombre poderoso y su legión de abogados caerá sobre ti. Yo no podré protegerte.

—El número de teléfono supongo que será de prepago —dije—. Será difícil reunir pruebas sólidas.

—¿Dónde ha dicho que te reúnas con él? —preguntó Murray.

—En el puerto Marina del Rey, me dijo que tiene un barco cerca de la playa.

—¿Por qué no vamos a hablar con él? —pregunté.

Se formó un hondo silencio en el que todas las miradas convergieron en mí.

—Estaría bien persuadirle de que no es el camino correcto —insistí, intercambiando una mirada con Murray, que me entendió al vuelo.

Alrededor de las diez llegamos al puerto en el coche de Murray, una *pick-up* de la marca Dodge de segunda mano. Justo enfrente, más allá de las embarcaciones, las Marina Towers brillaban en la noche. Las facturas de luz debían de ser exorbitantes porque estaban como envueltas en un potente y llamativo azul eléctrico. El efecto lumínico era impresionante y me sentí hipnotizado al igual que una polilla.

A cada costado de la playa había dos aparcamientos, por lo que invertimos unos buenos veinte minutos en encontrar la matrícula del coche del empresario. Murray la recordaba, pues Flynn era un visitante a la mansión si bien no asiduo, al menos estacional.

Desconocíamos cuál era su yate, pero no resultaba descabellado pensar que sería uno de los más ostentosos. Al final de cada uno de los pantalanes, flotaban algunos que podían encajar en el perfil.

El hombre borracho y canoso con barriga de vividor que recordaba de la otra noche, había nacido en una familia opulenta. En los ochenta su padre fundó una empresa de minas a la que llamó Nickel; en los noventa se alió con China y parece que no le fue del todo mal, puesto que a partir de entonces ocupó siempre una posición muy elevada en el listado de los más pudientes del mundo. Después de su muerte, Flynn heredó el imperio basado no solo en metales sino en energías renovables. ¿Su mérito? Ser el primogénito.

Flynn fue lo suficiente avispado para dejar al mando de Nickel a una serie de personas competentes, y él se limitó a la sufrida tarea de disfrutar del lujo de su dinastía. Es una historia que se repite más a menudo de lo que pensamos.

El contraste con la vida de Brenda resultaba esclarecedor y doloroso. A pesar de que era una prostituta de lujo y gozaba de independencia, el inicio había sido duro, en la calle. Inmigrante y, con poco más de veinte años, madre de dos hijos, su marido la había abandonado a su suerte.

Cuando las facturas se acumularon un mes tras otro, no vio otra salida más que alquilar su cuerpo. Según me contó Sarah, Brenda recordaba esa etapa como «sus años oscuros» en los que fue robada, golpeada y violada. El cine porno la tentó, sin embargo, nunca dio el paso por el temor de que sus hijos descubrieran las películas al ser mayores.

Después de un tiempo considerable, encontramos el coche de alta gama de Flynn aparcado frente al pantalán número 44. Nos bajamos

para inspeccionar el área. Corría una brisa agradable cargada de salitre, y se oía el monótono tintineo del agua acariciando el casco de los veleros y yates. Solo había subido una vez a un barco. Fue para el rodaje de una película llamada «Pezón a la vista» y acabé mareado, y eso que nunca salimos del puerto.

Reparé en un solitario corredor y una pareja de mediana edad que paseaba más pendiente de su conversación que del entorno marino. Aquí y allá había bancos de piedra. Por el día los turistas y locales los usaban para resguardarse del sol gracias a la sombra de las palmeras. Ahora estaban más vacíos que una iglesia a la hora de un partido de fútbol.

Coloqué una mano sobre el capó y comprobé que estaba frío como un cadáver, por lo que deduje que Flynn llevaría ya un rato en su yate. Quizá incluso desde ahí envió el mensaje a Brenda.

Murray y yo trazamos un plan algo tosco, pero que merecía la pena intentar. Nos apoyamos en las ventanillas y zarandeamos el coche. En cuanto la alarma resonó en el aparcamiento, nos alejamos a paso ligero y nos sentamos en el banco más cercano al pantalán. Parecíamos dos jubilados sin nada qué hacer.

Guardamos silencio y esperamos acontecimientos. A lo lejos un velero de unos quince metros de eslora regresaba de algún viaje intrépido por el mundo. No conocía a mucha gente de mar, pero los escasos que había conocido siempre me parecieron personas que se sentían más cómodas en el agua que en tierra.

Me fijé en el yate que estaba atracado al final del pantalán. La palidez y el diseño aerodinámico me recordaron a un supositorio. Se veía robusto y caro, con ventanas oscuras y alargadas, y arriba, la cabina de mando. Calculé que debía de medir unos treinta metros de eslora.

La irritante alarma seguía amenizando la velada. Una figura misteriosa salió por la popa del yate, cruzó la pasarela y pisó el muelle. Observé de reojo las mandíbulas de Murray en tensión. También lo había visto. A medida que la figura se fue acercando con apremio hacia la puerta del pantalán, la luz de los postes fue revelando que era menudo y flaco. Debía de ser el ayudante o chófer o secretario que acompañaba a Flynn la noche anterior y que se puso al volante. Lo que confirmó que el supositorio pertenecía al empresario. ¿Estaría dentro?

El secretario abrió la puerta y se dirigió al coche. Pasó a unos metros de nosotros, pero no nos reconoció o la alarma captaba toda su atención. Supuse que comprobaría que el vehículo no hubiera sufrido ningún daño y que volvería pronto. En cuanto el pitido cesó Murray y yo nos preparamos para la función.

Cuando vimos al hombrecillo dentro nuestro campo de visión, nos

levantamos para seguirle. Me obligué a recordar que no teníamos nada en contra de él.

—Buenas noches —le dije.

Se giró hacia nosotros. Sus ojillos parpadearon, suspicaces. Miraron a izquierda y derecha. Tendría unos treinta años. Llevaba un atuendo muy juvenil. Sudadera con capucha, vaqueros y zapatillas. Sin el traje y la corbata perdía el aire de respetabilidad, pero eso nos pasa a todos. Se fijó en mí y después en Murray.

—¿Qué quieren? —preguntó, manteniendo una distancia de seguridad.

Sentí una mezcla contradictoria de sentimientos hacia el joven. Por un lado, el desprecio de ser el lacayo de un acosador y por otro, la compasión hacia un tipo que quizá no disponía de alternativa.

—Hablar con tu jefe —escupió Murray.

—¿Sobre qué tema?

—Es privado —dije.

A la hora de dialogar, la compenetración entre Murray y yo era tan buena que parecíamos un jodido dúo musical.

—Bajo ningún concepto van a hablar con él. Se lo puedo asegurar —dijo el secretario con cierto desprecio, dando un paso hacia atrás—. Márchense de aquí.

—Solo serán cinco minutos —insistí, y pensé que merecía la pena ser más abierto—. Es sobre el mensaje que ha enviado a Brenda.

—¿Brenda? No sé quién es ni me importa, y ahora dejen de molestar —dijo, y se giró dando por finalizada la amigable charla.

Saqué la artillería pesada.

—Tenemos fotos comprometedoras de tu jefe —dije, con el móvil en la mano—. ¿Las quieres ver?

—¿Fotos de qué tipo?

—Como Dios le trajo al mundo, desnudo, y jugando a las tacitas con Brenda.

Era mentira pero necesitábamos un cebo. El secretario dudó y entonces le tendí el móvil. Los segundos cayeron lentamente. Justo cuando dio un paso hacia delante y estiró la mano para cogerlo, Murray alargó su enorme brazo y lo agarró de la muñeca. Los ojillos del secretario se agrandaron como platos. No resultaba difícil saber lo que pasaba por su mente. «La cagué» o algo por estilo.

Mientras intentaba zafarse, metí la mano en el bolsillo de su pantalón y cogí la llave de la puerta. Intercambié una mirada triunfal con Murray.

—¡Dámela o llamaré a la policía! —exigió el joven.

—Gracias por recordarlo —dije.

Introduje la mano en el otro bolsillo y saqué su móvil. Lo tiré al agua por encima de la reja.

—¡Ese móvil vale más que tu sueldo de un mes! —exclamó el secretario.

—Pues ahora ya no vale nada. ¿Vamos? —le pregunté a Murray, quien asintió con la cabeza.

Le cogimos cada uno de un brazo.

—Escucha —dije al secretario—, solo vamos a hablar con él cinco minutos y nos vamos. Solo queremos hacerle llegar un mensaje. Nada de violencia. Solo palabras. Por cierto, si intentas escapar, te tiramos al agua. ¿Entendido?

El secretario asintió de mala gana.

Abrimos la puerta y los tres, muy juntos, recorrimos el muelle como si fuera el largo pasillo que conduce al altar de una iglesia.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando para tu jefe? —pregunté al secretario para romper el hielo.

—¿A ti qué te importa?

—Responde lo que te preguntan —ordenó Murray, apretando el antebrazo como si fuera un grillete.

El secretario hizo una mueca de dolor.

—Dos años —respondió, con desgana.

—¿Hay alguien más ahí dentro? —preguntó Murray, señalando el yate con la cabeza.

—No.

Visto de cerca, el supositorio náutico era aún más imponente. Subimos a bordo, cruzamos una especie de terraza bien amueblada y entramos en el salón. Olía a una mezcla de bronceador y alcohol.

—¡Flynn! —grité.

Esperamos alguna reacción pero no se produjo. Solo un silencio sepulcral.

—¿Dónde está? —pregunté al secretario.

El muy cretino se encogió de hombros.

Justo cuando iba a proponer a Murray que se quedara con el prisionero para que yo explorase el yate, oímos unos pasos que ascendían. La barriga de Flynn asomó por la escalerilla y cuando nos vio su decepción fue mayúscula. Negó con la cabeza y resopló como un niño al que se le niega un capricho. A pesar de que la noche refrescaba, llevaba puesto solo una finísima bata estampada de color rojo pasión. Nos miró con unos ojos saltones que transmitían un odio profundo.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —preguntó mirando al secretario, quien bajó la vista, avergonzado—. ¿Quiénes son ustedes?

—Venimos de parte de Sarah.

El secretario se escabulló de nosotros y se quedó de pie en un punto medio entre Flynn y nosotros.

—No conozco a ninguna Sarah. Largo de aquí ahora mismo. O

llamo a la policía —dijo Flynn.

—Claro que conoce a Sarah, anoche se emborrachó y hubo que sacarlo a rastras —dije.

—Ah —dijo, triunfante, como quien recuerda una fiesta memorable—. Sarah, claro, ¿qué quiere esa zorra?

Murray dio un paso al frente dispuesto a hacerle papilla, sin embargo, se detuvo de golpe. Flynn hizo un gesto rápido con el brazo. De repente, en la mano empuñaba una pistola de calibre 22 y le apuntaba a una distancia de unos tres metros.

—¿Ibas a alguna parte? —dijo Flynn con arrogancia.

Murray levantó las manos. Después me apuntó e hice lo mismo.

—Esta noche la vais a pasar entre rejas, muchachos.

—No le conviene que venga la policía. Le mostraremos el mensaje que le ha enviado a Brenda.

Flynn soltó una carcajada estridente y grosera.

—Pero si lo hice por ella. Está enamorada de mí.

—Déjela tranquila, Flynn —dije.

—Y no vuelva nunca más por la mansión —dijo Murray—. No es bienvenido.

Se oyó una detonación que retumbó en todo el puerto, y acto seguido, a nuestra espalda, la estruendosa rotura en añicos de un cristal. El secretario pegó un salto. Murray y yo, por instinto, bajamos la cabeza y flexionamos las rodillas. Flynn había disparado a una de las ventanas. Las esquirlas estaban desperdigadas por el suelo. Flynn, aún empuñando el arma, se mantenía inmóvil como una estatua.

—A mí nadie me dice lo que puedo hacer y lo que no. ¿Está claro?

—Claro como el agua —dije.

—Ahora iros a tomar por culo —dijo, haciendo un gesto con la pistola como quien aparta a un mosquito.

Murray y yo nos dimos la vuelta. Avanzamos hacia la pasarela envueltos en un pesado silencio. Intuí el cañón de la pistola apuntando a mi nuca. Solo respiré aliviado cuando pisamos el muelle y nos alejamos unos veinte metros. Aunque carecía de poderes telepáticos, imaginé que Murray lamentaba no haberse traído su pistola.

6

Al día siguiente, trabajé unas horas en el gimnasio. Lo más relevante de la jornada fue cuando una de las máquinas de cardio se apagó de repente. Desenchufé y enchufé pero aquello parecía muerto. Aguanté las quejas de los clientes y rellené el parte para la dirección. ¿Cuándo volvería a funcionar? Ah, misterio.

Después me dirigí a la sede de Realistic Robotics, ubicada en el edificio que antiguamente perteneció a Nabisco, la empresa que fabrica de galletas desde el siglo pasado. Fue construido en 1925, y en 2006, con nuevos dueños, se procedió a convertirlo en oficinas, para lo que se invirtió una millonaria cantidad de pasta.

El edificio tenía una fachada de ladrillos rojos y grandes ventanales. Conservaba el letrero original que anunciaba la fábrica, lo que transmitía un toque creativo y moderno, un anzuelo con el fin de impresionar a potenciales inquilinos.

Facilité mi nombre al portero y subí en el ascensor hasta la quinta planta. Me pregunté con qué actitud me recibiría Eva Jenkins, si es que me recibía ella. ¿Estaría abierta a compartir información conmigo? ¿Sabía que la cara de Brysa era demasiado parecida a la de Piper?

Las puertas del ascensor se abrieron y me encontré con un recepcionista, que me sonreía de una manera siniestra a diez metros de distancia. A su espalda, el logo de Realistic Robotics —ambas R superpuestas dentro de un rectángulo de esquinas suaves— colgaba de la pared. Le di mi nombre y pidió que me sentara en el sillón.

—Vendrán a buscarle, Sr. Cannon —añadió.

Obedecí como una mascota. Me entretuve observando el interior de la sede: espacios amplios, ordenadores de sobremesa, carteles de cine clásicos y futuristas, jóvenes con pintas alternativas…

Llamé a Sarah para interesarme por Brenda. La visita a Flynn me había dejado inquieto. Me contó que Brenda se sentía mejor gracias al ansiolítico recetado por un médico. A pesar de que era demasiado pronto para cantar victoria, hasta el momento no habían recibido noticias del acosador. Sarah confiaba en que el mensaje dado por nuestra parte había calado hondo. Yo no estoy muy seguro, le dije antes de colgar. Ese tío es imprevisible.

Al cabo de unos veinte minutos por fin apareció Jenkins.

—Disculpa la espera, Mark —dijo con un hablar reposado.

—No te preocupes. Estaba entretenido escribiendo mi testamento —dije, y me puse de pie.

Jenkins sonrió con seriedad. Era una mujer alta, con rasgos duros y angulosos. Llevaba un chaleco abierto de color ocre y una camiseta oscura de manga larga. Había algo en ella que invitaba a pensar en una falta de emoción.

La seguí a través de un pasillo central que dividía la oficina en dos. Ante mí se extendía un loft de unos trescientos metros cuadrados, techos altos, con un suelo de parqué que crujía a nuestro paso, unas gruesas columnas de ladrillos, sofás de excelentes materiales y con tapizados que combinaban con todo el espectro del arcoíris. Al fondo, me fijé en la puerta entreabierta de lo que parecía ser un amplio despacho con vistas a la ciudad.

—La Sra. Lin nos ha contado lo sucedido con Brysa —dijo ella—. Es un verdadero contratiempo para nosotros. ¿Tiene alguna pista?

—Estoy trabajando en ello. Acabo de empezar.

—Me consta que el Sr. Lin lo está pasando mal.

—Está muy unido a ella. Menos mal que tiene a Summer para consolarse.

El loft se dividía en varias estancias. En una de ellas reparé en una serie de cuerpos de plástico decapitados en fila, y sustentados en el aire por unos ganchos metálicos, como si fueran embutidos. Me estremecí. La visión resultaba grosera y morbosa. La mayoría eran cuerpos femeninos jóvenes, solo uno masculino. Estaban bien moldeados y fieles a la realidad hasta en el detalle de las uñas. Jenkins se fijó en mi reacción y sonrió con orgullo.

—Esto siempre impresiona a las visitas —dijo—. Acércate, toca, Mark, es silicona de la mejor calidad.

Ella se colocó a un lado de uno de los cuerpos. Obedecí. Dos voluptuosos pechos captaron mi atención. El tacto era suave, firme y fresco. Imaginé a Chen abrazado a Brysa en las frías noches de invierno.

—¿Cuánto tiempo se tarda en fabricar un muñeco de estos?

—Unos tres meses más o menos. Diseñar y construir el cuerpo es lo más sencillo del proceso. Lo complicado es el cerebro. Eso nos lleva más tiempo, pero con Brysa hemos dado un paso más allá. Hemos tardado seis meses menos y su rendimiento es alucinante.

Hablaba de la misma manera que los emprendedores tecnológicos de Silicon Valley, con expresiones manidas y una actitud impostada de quién se cree un referente.

—He visto los vídeos.

—Olvídate de eso. Eso es viejo, del año pasado. Eso era una versión primitiva. Ahora es mucho más real, una maravilla —dijo, y abrió los ojos para enfatizar sus palabras.

Una mesa de aluminio recorría las paredes. Pelucas, maquillajes, herramientas, ropa y cajas se amontonaban sobre ella. Cada cierto

tramo aparecía, entre el magma de los objetos, la pantalla de un ordenador portátil con el salvapantallas de la empresa.

—Sígueme, te voy a enseñar un prototipo con el que estamos trabajando. Brysa 1.0 es una maravilla, pero queremos mejorarla.

Seguí sus pasos y fue ahí cuando me percaté de que estaba descalza. La forma de sus pies era elegante y armónica, con un tobillo de piel suave y un talón de líneas delicadas, aunque lo más llamativo era que las uñas estaban pintadas de un excitante color negro.

Me detuve frente a una sala atraído por la curiosidad de una escena singular. Un empleado, cubeta en mano, rellenaba con un líquido blanco una silueta de cartón de un cuerpo humano sin cabeza. Los ganchos de metal, que sujetaban las dos mitades del cartón por los brazos, piernas y pecho, me recordó a una máquina de tortura. A su espalda, había más figuras esperando su turno.

—Aquí es donde fabricamos los cuerpos —dijo Jenkins, en el umbral de otra sala.

Un gran número de piernas, brazos y traseros colgaban de la pared. Otros dos empleados se dedicaban a pintar los cuerpos y pulir restos de silicona para que el cuerpo luciera en todo su esplendor. Alguno se giró para mirarme, pero enseguida continuó con su tarea. Me dio la impresión de que estaban acostumbrados a las visitas.

—¿Cuántos empleados sois?

—Ocho.

Salimos de la sala de los cuerpos para entrar en otra. Era más pequeña que las anteriores y con aspecto más de oficina, con varios escritorios. Incliné la cabeza para saludar a un chico y una chica, que con timidez despegaron la vista de la pantalla para decir hola.

Cuando reparé en Jenkins ya estaba junto al prototipo. La única diferencia con respecto a la Brysa de Chen era la vestimenta. La muñeca vestía con una camiseta de tirantes de color rosa y unos pantalones vaqueros muy cortos. Las piernas eran largas como toboganes.

Sentí florecer el deseo sexual, aunque me inhibí porque mi parte racional decía que solo estaba delante de un trozo de plástico. Qué sencillo resulta engañar a la raza humana, basta con una imagen falsa para que todo el organismo reaccione.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó Jenkins a la copia de Brysa.

—Bien, ¿y tú?

La robot respondió casi al instante, en contraste con el vídeo de YouTube en el que se retrasaba unos segundos. No era la única diferencia. La expresión facial parecía más auténtica, y los labios acompañaban fielmente a cada palabra, como si cada movimiento de la boca tuviera su razón de ser. Se trataba de un logro extraordinario. Entendí un poco mejor el amor incondicional de Chen por Brysa.

—Te presento a Mark Cannon.

Brysa se giró hacia mí y sonrió.

—Mark, encantada.

—Igualmente —dije, sin salir de mi asombro.

El suave timbre de su voz era perfecto.

—Me gusta tu camiseta, te sienta muy bien.

—Gracias —dije, mirando primero a la robot y luego a Jenkins, quien presenciaba el espectáculo complacido.

—En cada conversación aprende recibiendo un input de información. Es como un niño pequeño. Es alucinante. Al verla, la gente solo piensa en el sexo pero es una robot de compañía. Ese es nuestro sueño.

Con un gesto sencillo abrió la cabeza del robot para desvelar el engranaje. Brysa ni se inmutó, pero su aspecto se volvió algo sombrío. Su cerebro era un tejido de cables conectados a una placa base, que actuaba como el verdadero cerebro por donde el código binario se desplazaba como si fuera una red de neuronas. Es decir, un Frankenstein moderno.

—¿Qué es eso? —pregunté, señalando unos conectores diminutos de color negro.

—Son los cables del micrófono que se conecta a la placa base. Para mejorar los comandos de voz necesitamos oír lo que dicen los usuarios, y todo eso se guarda en nuestro servidor.

Jenkins señaló una pieza de plástico con forma rectangular con una chapa metálica. Estaba situada detrás de la nariz del muñeco.

—Sorprendente…

—Además, le hemos plantado un chip que hemos llamado Cristallo15 en honor al vidrio que se fabricaba en Venecia en la Edad Media. Su técnica era tan secreta que el estado veneciano se cargó a unos cuantos maestros para que no la desvelaran a otros países rivales.

—No estaba al tanto.

—Fue el inicio del espionaje industrial. Muy interesante. Te puedo dejar un par de libros si te interesa el asunto.

—Me gusta más la ficción —dije sin despegar la vista del cerebro de la muñeca—. ¿La Brysa de Chen es similar a este prototipo?

—Sí.

Uno de los empleados dijo algo, se levantó de su puesto y salió por la puerta con absoluta tranquilidad.

—¿Cómo es la relación con los empleados? —pregunté en voz baja.

—Están al tanto de todos los avances, si eso es lo que me preguntas. Los considero fundamentales para la empresa.

—¿Qué ocurrió con Philip Green?

Jenkins me hizo un ostentoso gesto con la mano para salir del taller. Le seguí hasta la sala de los cuerpos decapitados.

—Fundó la empresa conmigo, le debemos mucho, un gran ingeniero, pero se acabó cansando y lo dejó. Ahora vive de las rentas.

—¿Hace mucho?

—Un par de meses.

—¿Podrías darme la dirección para darme con él?

—Lo siento, Mark, pero eso es confidencial. En Realistic Robotics valoramos mucho la privacidad.

Le sonreí con diplomacia.

—No se preocupe, lo entiendo.

—¿Necesitas algo más? —preguntó mientras nos dirigíamos hacia la salida.

—El otro día, por casualidad, descubrí a una chica que tiene los mismos rasgos que Brysa. Os arriesgáis a una demanda.

—¿Piper, una bailarina del Imperium?

Jenkins vio la sorpresa en mis ojos.

—Sí —dije, titubeando.

—Está todo firmado.

—Pues ella dice que no sabe nada.

—Nosotros firmamos con su representante. Todo es legal.

Salí de Realistic Robots con la cabeza hecha un lío. Piper había dicho que ignoraba por completo la existencia de Brysa, ¿me había mentido? ¿o el representante se lo había ocultado a Piper? ¿o Jenkins me ha mentido?

El móvil vibró en el bolsillo. En la pantalla leí el nombre de Jun y descolgué.

—Mark, todo se ha complicado —dijo, con cierta urgencia.

—¿Qué ha pasado?

—Piden dinero por Brysa. La han secuestrado.

Llegué a casa de los Lin a primera hora de la tarde. La asistenta me condujo directamente hasta el salón de la planta superior. Allí me esperaban ambos. Chen, sentado en el sillón, consultando el móvil; y Jun, de pie y frotándose las manos. Chen llevaba la misma ropa que el día anterior, con ese polo color chicle que dañaba la vista. Jun, lucía un vestido ancho y sin mangas.

Me fijé en que encima del televisor había una serie de estantes largos que ocupaban toda la pared. Estaban llenos de objetos: álbumes de fotografías, libros, una cámara de vigilancia, plantas artificiales, etc.

Después de los saludos de rigor, planté el trasero en el sofá, cerca de Chen. Su mirada me transmitió una inusitada calma. Jun continuó de pie. Me ofrecieron tomar algo y esta vez pedí una cerveza. Tenía la

boca seca desde que salí de Realistic Robotics. La asistenta asintió y bajó por la escalera de caracol.

—Queremos que vea el mensaje —dijo Chen.

Jun se acercó a la estantería y abrió una cajita bañada en plata. Sacó un papel doblado que me entregó como si contuviera la fórmula de la Coca-cola. Era una fotocopia en blanco y negro, borrosa, de la cara de Brysa. Debajo, escrito en mayúsculas y con una letra estrecha y puntiaguda, decía:

Trae 50.000$ y devolveré a Brysa.

A continuación, las instrucciones y el lugar donde depositar el dinero. Habían dejado la amenaza para el final.

No llame a la policía o la destruiremos.

«Destruir» era el verbo apropiado para una robot.

—¿Cómo llegó? —pregunté.

—Por debajo de la puerta. Nos lo entregó Concha. Venía en un sobre con mi nombre —dijo Chen.

Le di la vuelta al papel. No había nada. Lo dejé sobre la mesa bajo la atenta mirada del matrimonio. Me quedé pensativo.

—¿Y bien? —preguntó Jun.

—Hay que denunciarlo a la policía —dije, como dando por sentado que se imponía el sentido común.

Jun miró a su marido como diciendo: ¿lo ves?

—No pienso denunciarlo —dijo él.

—¿Por qué? —pregunté, aunque supuse la respuesta.

—Porque pueden hacerle daño.

Una parte de mí deseaba zarandearlo y abofetearlo hasta que entendiera que Brysa no era un ser humano. Sin embargo, como me había repetido más de una vez, ¿quién era yo, una antigua leyenda del cine porno metido a detective, para juzgar a nadie?

Jun, frustrada, dejó caer los brazos sobre las caderas.

—Esto es demasiado, Chen.

—Me he matado trabajando durante treinta años para que no nos falte de nada, ahora merezco hacer lo que me dé la gana.

Ella negó con la cabeza, como dándolo por imposible.

—¿Estás dispuesto a correr el riesgo de perder el dinero y no recuperarla?

—¿Cuál es la alternativa? Quedan solo siete horas.

Miré mi reloj y confirmé lo que decía Chen.

—Pero ¿tiene el dinero en metálico?

—Sí.

—¿Todo?

—Sí —dijo, con absoluta convicción.

La conversación quedó interrumpida por el regreso de Concha, que llevaba una bandejita con la cerveza y una copa, que dejó sobre la mesa. Se lo agradecí y se retiró con discreción. Como soy un tipo de costumbres sencillas, bebí un largo sorbo a morro que me quitó las telarañas de la garganta.

—Por si acaso ocurre algo, iremos juntos a hacer la entrega —dije.

—Vale, me parece bien.

Miré a Jun, que entornó los ojos. No era la señal que esperaba, pero al menos no se opuso a que acompañara a su marido. Aún me quedaba algo más por añadir.

—Voy a visitar a Giannis, el italiano, en su casa, y preguntarle por Brysa. A ver cómo reacciona. Quizá consiga alguna pista.

—¿Giannis, ese amigo de mi hermano?

—De alguna forma fue él quien me llevó al club.

—¿Y vivía en la casa de Feng?

—Bueno, parece que sí. Se duchó, dejó su cartera en el vestíbulo… Y, claro, tiene las llaves.

Chen se rascó la cabeza, muy confundido.

—¿Es mi hermano gay? —preguntó, inclinándose hacia mí.

Me sorprendió tanto la pregunta que me quedé mudo un instante.

—No lo sé —respondí—. A lo mejor solo comparte la casa, o es un viejo amigo que viene a pasar unos días.

—Claro que es gay —dijo Jun—. Se le ha notado desde siempre.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—Pensé que era obvio.

Chen, conmovido por la revelación, parpadeó como si en su interior se estuvieran derribando los cimientos de la relación con su hermano. A pesar de que estaban distanciados, tal vez Chen aún guardaba un cariño fraternal.

—¿Cómo le fue en Realistic Robotics? —preguntó Jun, para cambiar de tema.

—Interesante. Eva Jenkins es todo un personaje, y me quedé asombrado por la manera de fabricar las robots. Mientras ella me lo contaba, pensé que había una posibilidad de que fuera la competencia quien robó a Brysa, pero con la nota de secuestro, todo cambia otra vez. Fue muy amable conmigo hasta que le pregunté por Philip Green, su socio.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Chen.

—No quiso decirme nada sobre él, solo que ya no trabajaba en Realistic.

—Sí, lo leí en la prensa. Fue hace unas dos semanas. Salió un

artículo muy extenso sobre él. Lo comparaban con el Steve Wozniak de Apple, algo así como el genio en la sombra, mientras que Jenkins era la visionaria. Pero en el artículo decía que se había ido para montar su empresa. Quiere fabricar un termostato digital.

—Vaya, robots, termostatos, aspiradores… se está preparando una auténtica guerra tecnológica, ¿eh? —dije, con ironía.

Pero lo que me hacía sospechar era que Green hubiera abandonado la empresa que ayudó a fundar, y que dos semanas después hubiera desaparecido Brysa. ¿Casualidad o consecuencia? Apunté en mi lista mental a otra persona con la que me gustaría parlotear. Enseguida caí en la cuenta de que necesitaba alguna manera de conseguir su dirección.

7

Gracias a que había fotografiado el carné de conducir de Giannis Espósito, había conseguido su domicilio y eso era un motivo de celebración por todo lo alto. Sin embargo, decidí posponerlo hasta que la cosa estuviera más calmada.

Llegué a Koreatown a lomos de mi Sportser y aparqué en la esquina del cruce de la calle Fedora con San Marino. Quería tener la moto cerca de mí, pero no a la vista del italiano.

El edificio de dos plantas era de hormigón y con aire carcelario. Las ventanas tenían ribetes negros en las ventanas, las cuales tenían rejas al igual que las plazas de garaje. Había un edificio similar justo al lado, y entre medias se adivinaba un largo pasillo de palmeras y arbustos resecos. La reja de entrada estaba abierta de par en par y eso me produjo una inmensa alegría.

Imaginé que los inquilinos serían un muestrario de diversidad cultural, ya que Koreatown siempre ha sido célebre por ese motivo. El reloj marcaba las seis y once de la tarde cuando me dirigí hacia la escalinata, mal pintada y con restos de cemento. Solo deseaba hacer una primera inspección para ver qué se cuece, como se suele decir.

No me costó encontrar el número de la puerta. 12B. Agucé el oído por si lograba captar algún ruido interior, pero solo escuché el tráfico de la calle. Merodeé un poco, descubrí que el apartamento hacía esquina y que la ventana tenía una mosquitera. A mi alrededor observé más portales, escaleras y ventanas. A pesar de que el aspecto de las fachadas era algo deprimente, no me hubiera importado ser el dueño de alguna de las viviendas.

Llamé a la puerta y me marché. Mientras me alejaba hacia la salida seguí sin escuchar ruido alguno. Podía significar que Giannis no estaba en casa. Planté mi puesto de vigilante al otro lado de la calle, en la entrada a un garaje subterráneo. Llamé a Kim ante la idea de que me esperaban unas largas horas de espera. Con cierta intención, le pregunté qué tal con su novio.

—Oh, venga, no empieces, Mark.

—Solo tengo curiosidad por saber si ya es mayor de edad.

—¿Qué es lo que quieres?

—Hablar con Josh, pero antes cuéntame un poco más de él.

Se detuvo un coche frente al edificio, pero no era el deportivo de Giannis. De la puerta del conductor, salió una señora mayor cargando bolsas del supermercado.

—Solo hemos tenido un par de citas. Tampoco lo sé todo.

—¿En qué trabaja?

—Es periodista, trabaja en un periódico local.

—De becario, seguro. ¿Ya te ha presentado a sus padres? —dije, apuntando directamente a dónde más dolía.

—Oye, ¿qué estás haciendo estos días? ¿Cómo te va en el gimnasio?

Siempre fue muy hábil para cambiar de tema.

—Bien, como siempre. He estado un poco más ajetreado de lo habitual, con muchos clientes pidiendo consultas para bajar peso. Pero no te vas a creer que hago en mis ratos libres.

—Me das miedo.

—Tengo un nuevo caso como detective.

—¿Cómo que un nuevo caso?

—Me han contratado para contratar a una robot sexual.

Kim dejó escapar un largo suspiro.

—Mark, ¿por qué te metes en esos líos? ¡Tú no eres detective, interpretaste a uno! ¿Vas con sombrero y gabardina? —preguntó, con sarcasmo.

—Anda, pásame a Josh.

No era la única que sabía cambiar de tema.

Mientras esperaba, vi a una pareja de adolescentes salir de los edificios. Cada uno llevaba un monopatín y vestían con ropa muy ceñida. Alcé la vista. El cielo empezaba a teñirse de rojo como antesala de la noche.

Josh se puso al teléfono. Fue reconfortante hablar sobre las excelentes notas que había sacado en matemáticas. Me alegró de que fuera un niño con un brillante futuro por delante. Yo, a mis seis años, me escondía de mi padre para que no me atizara con crueldad por cualquier estupidez.

Después de colgar, empecé a rumiar sobre mi visita a Realistic Robotics. Si sumamos la reacción de Eva Jenkins cuando mencioné el nombre de Philip Green, y le añadimos que dejara la empresa poco antes de que desapareciera Brysa, obtenemos como resultado una mosca detrás de la oreja.

Pero sin rastro del ingeniero en las redes sociales, ¿cómo conseguir su teléfono o la dirección de su casa? Si pudiera acceder a la base de datos de Realistic… ¿Y su nueva empresa, esa en la que diseña un termostato digital? Saqué el móvil. No me llevó más de cinco minutos encontrar la web de su empresa y después la dirección. Estaba en Long Beach. En un ordenador de recursos humanos se almacenaban sus datos de contacto. ¿Cómo acceder sin tener que empuñar un arma?

A causa de que Kim se burlase de mi nuevo empleo, me vino la imagen de un detective con sombrero y gabardina. Una idea enlazó con otra. Se me ocurrió que sería genial si me disfrazaba de policía y

exigía la información a la empresa. Era una idea descabellada, pero ¿por qué no podría funcionar?

Llamé a un viejo amigo de mi época en el cine. Andy Cranston. Fue el encargado de vestuario de muchas de mis películas. Es cierto que en la industria en la que me había movido, con los protagonistas siempre desnudos, la ropa era lo de menos. Andy se las fue arreglando para progresar en su carrera, y lo último que supe de él era que trabajaba en una empresa de vestuario muy solicitada por las productoras de cine convencional.

—Hola, Andy. Soy Mark.

—¡Mark! ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás?

Su entusiasmo era contagioso. Sentí ganas de abrazar al primero que se cruzara en mi camino.

—¿Cómo está Natalie?

—Con una barriga enorme. Esperamos nuestro segundo hijo.

—Enhorabuena. Tenemos que cuidar bien de los pequeños. Van a pagar nuestras pensiones…

Soltó una risita.

—Escucha, Andy. Ya sé que hace tiempo que no hablamos, pero necesito un favor con urgencia. Necesito un vestuario.

—¿Has vuelto al cine?

—No exactamente, pero te lo explicaré en persona.

—Vaya, qué misterio —dijo, con tono jocoso—. Está bien, Mark, pásate mañana por la oficina. Te envío la dirección al móvil.

Colgué y me quedé vigilando los dos bloques de apartamentos. Transcurrió un rato largo y tedioso hasta que empezó a anochecer. El cielo se convirtió en un lienzo de tonos sangrantes. Entonces decidí que era el momento de entrar en el apartamento. Si no lo conseguía, se me ocurrió que podía llamar a Murray para buscar *inspiración criminal*.

Mark, este va a ser tu primer allanamiento de morada en toda regla. El de Feng no cuenta porque tenía la llave. Será un momento inolvidable que compartirás con los compañeros del asilo cuando seas un anciano venerable.

Pasé junto a los portales hasta llegar a la esquina del apartamento de Giannis. Cobijado por las sombras, eché una mirada fugaz a mi alrededor. Ninguna ventana me miraba de forma acusadora. Ya en el callejón, saqué las llaves de la moto y rasgué la mosquitera con el filo de una de ellas. Me costó más tiempo de lo que pensé en un principio, incluso llegué a notar una gota de sudor en la frente, pero después de varios intentos levanté una esquina de la que pude tirar.

Apoyándome en el alféizar, no sin esfuerzo, me introduje en el apartamento con el corazón a mil revoluciones.

Era pequeño, con todo a mano, el saloncito con la cocina al fondo,

el dormitorio y el cuarto de baño. La decoración era rancia, con muebles que parecían desafiar el tiempo y con un olor a alfombra que provocaba náusea. Un detalle me llamó la atención. Sobre el sofá reposaba un libro, una biografía de Warren Buffet, el magnate de las inversiones. ¿Giannis buscaba consejos para invertir su patrimonio?

La cama del dormitorio era de tamaño individual. Estaba cubierto por un edredón demasiado grande y que rebosaba sobre el suelo. Abrí el armario esperando encontrar a Brysa, pero solo había una tabla de planchar, maletas apiladas y un traje colgando. No, parecía que estaba secuestrada en otro lugar.

No había fotografías personales ni libros, ni siquiera un lamentable televisor. En los armarios de la cocina había rollos de papel y una lata de alubias; en el interior de la nevera un tomate se pudría sin remedio. Resultaba difícil extraer una idea de quién era Giannis Espósito con solo unos minutos en su apartamento.

Volví al dormitorio porque recordé que había olvidado registrar algo importante: la mesilla de noche. Tenía dos cajones. En el primero había pañuelos, unas bolas anales y una vagina de bolsillo. Era evidente que al italiano no le gustaba aburrirse en la cama.

En el segundo, encontré una camiseta doblada en la que se veía parcialmente un logo que enseguida me resultó familiar. Realistic Robotics. La desdoblé. Ahí estaban las dos R estampadas dentro de un rectángulo de esquinas suavizadas.

¿Por qué guardaría Giannis esta camiseta? ¿Qué relación hay entre él y la empresa de Eva Jenkins?

Sentí que estaba tirando de un hilo en medio de la oscuridad.

Salí de allí por el mismo sitio por el que entré. Cuando abandonaba el callejón oí un grito a mi espalda. Algo así como ¡Eh! Me giré. A una distancia de unos veinte metros, un hombre calvo y con bigote se acercaba con cara de pedir explicaciones.

Empecé a correr como si mi vida dependiera de ello.

Esa misma noche regresé al Imperium. Piper no respondía a mis mensajes, y tenía la necesidad de volver a verla, como si supiera que el ansia de encontrar a Brysa se desvanecería cuando hablara con ella. Si, según Jenkins, Piper había sido la inspiración para crear a Brysa; para mí, Brysa había sido el motivo para la aparición de Piper. Sí, era algo jodido y perverso.

Esta vez dejé la moto en el aparcamiento del club y entré después de pagar mi entrada. Sonaba *Sweet Child O'Mine* justo en el momento del guitarreo salvaje de Slash, y ese ritmo atronador me sacudió por dentro como una descarga eléctrica.

En el escenario había dos chicas bailando, pero ninguna era Piper. Me dio la impresión de que había más gente y llegar hasta la barra se convirtió en una odisea. Aún bajo el trauma de los cócteles aguados, decidí pedirme otra bebida. El camarero era el mismo con la cara de funeral de la otra vez. No malgasté una sonrisa, así que le pedí dos cervezas.

—¿Trabaja hoy Piper? —le pregunté al oído debido al ruido.

—Yo solo sirvo bebidas, tío.

Ante ese despliegue de amabilidad, me acodé en la barra y esperé a que me abordaran. El público vitoreaba a las bailarinas que se contorsionaban sobre un lecho de billetes. Los haces de luz púrpura se movían frenéticos por todas partes. Expandí la mirada por si acaso encontraba entre las caras lujuriosas de la multitud a Giannis o al hombre calvo con el que discutía, pero no los vi.

Una chica se materializó a un palmo de mí. Era alta y espigada, y lucía un bikini rojo.

—Hola, guapo.

—¿Cómo te llamas?

—Amber, ¿y tú?

—Mark.

Mientras tomaba un sorbo de cerveza, me llegó una oleada intensa de perfume dulzón. Me giré para pedir al camarero una copa de champaña y dejé sobre la barra la tarjeta de crédito para que se cobrara.

—Amber, ¿conoces a Piper?

—Claro que sí.

—La otra noche comimos juntos en El rancho pequeño. Me comentó que su sueño es dedicarse al cine. Tengo que hablar con ella. ¿Dónde la puedo encontrar?

Frunció los labios en un gesto de desconfianza. El camarero dejó la copa y ella la miró sin excesivo interés. Puse mi nombre completo en Google en el móvil, apreté el buscador y le mostré varias fotografías de mi época como actor. Esperaba que con eso me ganara su confianza.

—Creo que le escuché que decía que iba a la bolera de Highland Park con unos amigos.

Se lo agradecí y me marché del Imperium no sin antes beberme hasta el último trago de la cerveza. La segunda la dejé sobre la barra para que cualquiera se beneficiara.

En el aparcamiento, me puse el casco y arranqué la moto. Sorteando el tráfico por la 110, llegué a la bolera en un cuarto de hora. Enseguida la fachada, como de un viejo almacén, me resultó familiar. Me vinieron a la memoria imágenes de Bob y yo tomando copas sin cesar en una barra. Eran los tiempos dorados, cuando la

ciudad estaba a nuestros pies. Bob, mi viejo amigo y mentor, me rodeaba por los hombros y con un profundo aliento a vodka me contaba, entre risitas, los chismes de la industria del cine. Me entraron ganas de vomitar al recordarle. Anna y Vera están mucho mejor sin ti. Ojalá que te estés pudriendo en el infierno, Bob.

El sonido de la pesada bola rodando por el parqué, el impacto contra los bolos, y la música rock de fondo, me rodearon nada más entrar. El Highland Park no era una bolera cualquiera, sino una que deseaba reflejar en la decoración que tenía un encanto irresistible.

Del techo con vigas metálicas, colgaban una serie de hileras de lámparas que flotaban sobre las pistas. Una de las paredes estaba llena de banderas conmemorativas de antiguos campeonatos. Al otro lado, había una suerte de tribunas de dos plantas desde donde se podía beber y observar el juego como espectador. Lo más elegante sin duda eran los sillones chester, donde los jugadores esperaban su turno bebiendo y charlando.

Pedí una cerveza y me senté en una de las mesas para aquellos que solo desean observar. Enseguida reparé en Piper, que estaba sentada junto a otras personas, atenta al juego. Llevaba un polo de manga larga y unos vaqueros ceñidos, con el cabello recogido en una coleta. A veces consultaba el móvil, a veces bebía agua de un botellín y conversaba con animosidad con su grupo. Me pregunté si sería gente del Imperium. Se movía como una bailarina, hacía gráciles y divertidas reverencias, con una elegancia innata.

Cuando fue el turno de lanzar la bola, se lo tomó con seriedad. Cogió la bola y, entre gritos de ánimo, se colocó en el borde de la pista, se concentró por un instante, dio unos pasos atrás y la lanzó dejándola caer, aunque un poco antes de tiempo. La bola rodó limpiamente hasta que impactó en los bolos. Levantó el puño y dio unos saltitos de alegría.

Después de unos veinte minutos, Piper y otra amiga tomaron el camino hacia los servicios. Me acerqué y la llamé por su nombre. Ella se giró y sonrió al verme.

—Vaya, a quién tenemos por aquí. El gran detective.

Fui al grano. La amiga me miraba como si la hubiera interrumpido durante el gran viaje de su vida.

—Piper, tenemos que hablar. Es importante.

Ella dejó escapar un ligero suspiro.

—Ahora no puedo.

—¿Cuándo?

Se lo pensó un instante.

—Dame tu móvil —dijo, con un gesto imperativo de la mano.

Lo saqué del bolsillo, lo desbloqueé y se lo entregué. Ella vio la fotografía del fondo del escritorio. Era Josh. La había tomado un día

del año pasado que lo llevamos a Long Beach para que disfrutara de una carrera de automóviles.

—¿Es tu hijo?

—Sí.

Marcó su número de teléfono con una enigmática sonrisa.

—Hazme una llamada perdida —dijo, guiñándome un ojo.

—Te di mi número hace dos noches.

—¿Ah, sí? Pues lo perdí.

Me quedé pensando a qué estaba jugando Piper.

8

Regresé a la mansión para hablar con Sarah acerca del estado de salud de Brenda. Me dijo que se encontraba bien, pero se había tomado unos días para decidir si continuar en la profesión o buscarse un trabajo convencional.

—¿Crees que volverá? —pregunté.

—No lo sé, Mark. La mayoría vuelve. Se acostumbran a un estilo de vida, ya sabes.

Estábamos sentados en su inmensa cocina tomando whisky. Era una jornada calmada y solo había un par de clientes. Le pregunté a Sarah cuánto tiempo seguiría trabajando como madame, y me respondió que aún le quedaba un año más. Que últimamente le rondaba la idea de mudarse a Montecarlo y liarse con un guaperas francés mucho más joven. Por si acaso ya estaba aprendiendo el idioma. Brindamos para que su cumpliera su sueño más húmedo.

—¿Cómo va el caso de la robot desaparecida? —preguntó.

—Complicándose cada vez más. A veces no sé lo que hago, la verdad, pero voy hacia delante aunque sea en zigzag.

—Cuando te presenté a Jun, supuse que sería una tontería, una manera fácil de ganar dinero. Pensé que te vendría bien.

—Si lo resuelvo me monto una agencia de detectives, ¿qué te parece? El rótulo diría «Cannon, hasta el fondo de cada asunto».

—También podía ser el eslogan de mi empresa.

—Las mujeres siempre pensando en lo mismo.

—Si es que los hombres tienen una fama muy injusta, ¿verdad? —dijo, con ironía.

Ambos reímos como dos adolescentes. Después, me eché otro trago de whisky.

—¿Echas de menos tu época de actriz?

Sarah se quedó pensativa.

—No, para nada. Tuve claro desde el principio que era una manera de ganar mucho dinero y rápido, que sería por poco tiempo. Siempre he tenido una mentalidad de empresaria, incluso desde pequeña. Era la típica que vendía limonadas en la puerta de casa.

—Recuerdo que en un rodaje te vi consultando una hoja de cálculo como si fuera el periódico del día.

—Claro, hay que llevar al día los ingresos y los gastos. Si le preguntas a la gente cuánta gana al mes entre ingresos y gastos, muy pocos lo saben. Ojo, hablo de la cantidad exacta, no una idea general.

Recordé que en el registro del apartamento de Giannis descubrí el

libro de Warren Buffett. Pensé que si Sarah y el italiano se conocieran sería un flechazo en toda regla. Fue en ese momento cuando vibró el móvil y leí el mensaje de Piper con su dirección. Avenida El Centro, 1450. Apartamento A1.

—Tengo que irme —dije.

—¿Algo grave?

—No, digamos que una cita.

Veinte minutos más tarde, aparqué frente a su apartamento. Eran algo así como las doce de la noche y el edificio estaba sumido en sombras, salvo el portal que era iluminado por una luz exigua. Sobre la acera habían plantado una fila de esbeltas palmeras, que eran más altas que el edificio y eso me resultó gracioso.

Llamé al portero automático. Miré a mi alrededor. No había ni un alma. Atisbé farolas entre la oscuridad pero no estaban encendidas. Supuse que alguien había saboteado los fusibles. Oí el chisporroteo eléctrico y abrí la puerta.

Noté una cierta desesperación por ver a Piper. Hablar con ella sobre Robotics no era más que una excusa y era inútil engañarme. Subí por el ascensor y busqué la puerta por un pasillo iluminado. Cuando la encontré, estaba entornada. Entré y me vi invadido por la penumbra.

—¿Hola? —dije.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la escasa luz, avancé paso a paso hacia lo que pareció el salón. Resultaba asombroso tanta quietud, incluso me pregunté si estaba en mitad de un sueño. Olía a perfume. El destello de la luna entraba por las ventanas. Los muebles eran sombras que lo invadían todo.

Las cortinas se movían ligeramente a causa de la brisa que se colaba a través de la terraza. Al acercarme, la perspectiva se amplió y descubrí a alguien de espaldas mirando hacia la calle. El cabello, largo y rubio, revoloteaba con desidia. Supuse que era Piper y me dirigí hacia ella.

—¿Siempre recibes así a las visitas? —le pregunté.

Ella se giró de perfil y sonrió. Llevaba la misma ropa que en la bolera y estaba descalza, aunque eso no lo supe hasta más tarde.

—Ah, ¿eres tú?

—¿A quién esperabas?

Solo entonces supe que le gustaba desconcertarme.

Nos miramos, sus ojos oscuros, intuyendo que las palabras sobraban. Le aparté un mechón de la cara y acaricié su mejilla con la yema de los dedos. ¿Tenía delante a Brysa o Piper? Las facciones eran tan similares que parecían gemelas. Solo cuando sonreía podía atisbar la diferencia, pues su expresión era más natural.

La besé largamente. Sabía a barra de labios y sal. Anilló sus manos

en torno a mi cuello. Entonces la cogí por la cintura y la aprisioné contra la pared. De reojo veía la calle a una considerable altura.

Me costaba respirar. El deseo me estrangulaba.

Le bajé los vaqueros de un tirón hasta las rodillas. Soltó un respingo que me pareció excitante. Palpé sus caderas y cuando noté las bragas, se las rasgué con ansia y las dejé caer por ahí. Estábamos ocultos. Nadie podía vernos.

Le di la vuelta y sus manos se apoyaron sobre la pared. Ella se quedó de perfil, mirando las entrañas de la ciudad. Me bajé la cremallera, los pantalones y los calzoncillos y, sin preámbulos, la penetré. Ella gimió y arqueó la espalda. Introduje las manos por debajo de la blusa, notando su piel suave y tibia. Después desabroché el sujetador y colmé mis manos con sus pechos.

Un movimiento fugaz en el salón me distrajo, como una sombra desplazándose de izquierda a derecha. Cuando afiné la vista distinguí los rasgos de la cara de una persona detrás de la cortina. Solté un respingo.

—¿Quién hay ahí? —pregunté.

Piper me dio una respuesta que me dejó noqueado.

—Es Rose, mi hermanastra. Le gusta mirar.

A través de la ventana me pareció una figura espectral, menuda y estática. Alejada en apariencia a su espectacular hermana. Cerré los ojos y me esforcé en abstraerme de la familia de Piper. No era un mojigato, pero hubiera agradecido que la información se me facilitara por adelantado, para así ponerme a tono.

Me dediqué unos segundos para volver al estado de lujuria en el que me encontraba antes de conocer el árbol genealógico de Piper, pero me costó. Mis movimientos parecían precisamente los de un robot.

—Vamos a mi cuarto —dijo Piper, subiéndose los pantalones.

Me subí los míos y, cogidos de la mano, la seguí a través del salón, donde su hermanastra ya no estaba, había desaparecido.

—Deja la puerta abierta —ordenó Piper.

No pregunté el motivo porque me pareció obvio. Nos tumbamos en la cama y fue como empezar de nuevo, aunque esta vez ella parecía más cálida, como si quisiera compensarme por el susto. Me besuqueó el cuello y el lóbulo mientras que con su mano exploraba mi cuerpo con afán.

Oí un ruido leve a mi espalda, y deduje que Rose nos observaba desde el umbral de la puerta. Esta vez lo usé a mi favor y algo dentro de mí hizo clic, como cuando en mi época de actor de cine para adultos, antes de rodar me concienciaba de que formaba parte activa de un espectáculo. De alguna forma dejé de ser yo aquella noche, y recuperé a alguien del pasado que consideraba perdido para siempre.

Actué con frenesí, exhibiéndome en cada embiste, un animal indómito; asegurándome de que su hermanastra disponía de un buen ángulo de visión. Recuerdo que giré el cuello y la miré buscando una conexión, como si ella fuera la cámara y buscara complacerla. Rose estaba con un dedo en la boca, con los hombros encogidos y los ojos anclados en algún punto entre Piper y yo.

Al terminar, nos quedamos tumbados sobre la cama recuperando el aliento. Ella, de espaldas; yo, bocarriba. Su hermana se había ido y me alegré de que estuviéramos a solas. Le acaricié el vientre desnudo pero ella no se inmutó.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—Puedes irte —respondió, hecha un ovillo.

Hirió mis sentimientos pero sobreviviría. Recogí mi ropa y me vestí en silencio. Antes de irme me senté en el borde de la cama, desde donde podía verle la cara.

—Piper, he estado esta tarde en la sede Realistic Robotics.

—¿Y? —preguntó, con los ojos cerrados, como si deseara invocar al sueño.

—Ellos dicen que firmaron un contrato con tu agente para obtener permiso para usar tu imagen.

—Pues será verdad.

—Me dijiste que tu agente te lo habría dicho.

—Confío en mi agente.

—¿Seguro?

—Claro, es mi padre.

Al día siguiente, lo primero que hice después de levantarme fue llamar a Jun.

—¿Tiene Chen el dinero en metálico?

—Sí.

—A las once estoy en vuestra casa.

Dije adiós y colgué. Abrí el cajón de mi mesilla de noche y cogí la vieja Mauser, oculta bajo una tonelada de calcetines y calzoncillos. Quizá fuera necesaria para la noche. A saber con quiénes nos íbamos a enfrentar.

Coloqué la pistola sobre la palma de mi mano y admiré el cañón, el gatillo, la empuñadura. Enseguida me vino el recuerdo de mi padre. Una semana antes de morir mi hermana me llamó. Yo aún vivía con Kim, que se acababa de quedar embarazada de Josh.

En la habitación del hospital, nos encontrábamos solo mi padre y yo. La última vez que le había visto era un hombre alto y recio, pero postrado en la cama, bajo la luz macilenta de la lámpara, parecía una

sombra de lo que fue. Estaba demacrado, huesudo y respiraba con dificultad. Ya no podía hacerme daño y, sin embargo, me causaba desasosiego estar cerca de él. Procuré no tocarle en todo momento.

Abrió los párpados con pesadez. Sus ojos eran dos focos débiles de luz incolora. Le llevó un instante darse cuenta de quién tenía delante. Esbozó una forzada sonrisa.

—Mark… —dijo.

—Hola —dije, incapaz de pronunciar la palabra «padre».

—¿Has cumplido los mandamientos de Dios?

Le miré con desprecio y le dije: No, ninguno. Tosió. Me fijé en que había un vaso de agua sobre una mesita, pero no se lo acerqué.

—Me han dicho que vas a ser padre, ¿es eso cierto?

Asentí con la cabeza.

—La tarea que Dios nos encomienda a los padres es muy ingrata… Espero que me entiendas cuando te sientas desbordado… Lo hice lo mejor que pude.

Me hubiera gustado contarle qué hice con mi vida cuando hui de casa, cuando hui de sus castigos inhumanos y me encontré de bruces con la vida. Jamás hubo alguien tan solo como yo en aquellos primeros meses en Los Ángeles.

—Seré mucho mejor padre que tú —dije.

Su mano tocó la mía y sentí un estremecimiento.

—Eso lo decidirá el Señor.

—No existe. Todo es mentira. Es un invento para sentir que importas a alguien. Los no creyentes pagan a un psicólogo. Los creyentes van a misa.

Negó con la cabeza lentamente, como reprobando mis creencias.

—Ojalá hubiéramos tenido esta conversación mucho antes… ahora no tengo fuerzas. Solo puedo decir… Te perdono, hijo.

Costaba discernir la frontera entre el hombre militar y el religioso. Era como un todo de una oscuridad que acabaría sepultada bajo tierra, llevándose el mal que impartió a su alrededor.

—Nunca he necesitado tu perdón.

—Entonces, ¿para qué has venido?

—Para verte morir.

En su mirada atisbé un centelleo de miedo. Murmuró para sí mismo, como si estuviera rezando. Descubrí que una parte de mí sentía lástima por ese pobre hombre.

Una hora después, murió.

Volví a guardar la Mauser en el cajón. No era el momento de resucitar viejos fantasmas.

La mañana continuó con la falta de normalidad desde que acepté el caso de encontrar a Brysa. Después de desayunar, me dirigí al norte, al Valle de San Fernando donde me esperaba Andy Cranston, el técnico

de vestuario. Trabajaba en Wardrobe Company, una de las empresas pioneras de Hollywood en alquilar vestuario y accesorios a los estudios. Desde vestidos del Renacimiento hasta chaquetas de cuero con hebillas, pasando por zapatos de claqué o collares de los años veinte.

Mientras esperaba en el vestíbulo, recordé que durante el descanso de un rodaje nos escapamos a Tijuana, nos pusimos hasta arriba de drogas y acabamos desnudos en la playa. Esa juerga fue memorable porque le costó el divorcio de su primera mujer, una bibliotecaria llena de tatuajes.

Había cambiado mucho desde la última vez que vi a Andy, seis años atrás. Parecía más viejo, con unas ojeras pronunciadas y una papada considerable. Lo que continuaba inalterable era su horrible gusto por los jerséis de rombos, como si aún estuviera vigente la moda de los noventa.

Después de saludarnos y contar cómo nos trataba la vida, anduvimos por las entrañas de un hangar con interminables pasillos recargados de ropa de todas los tallas, colores y textura. A Andy le acababan de ascender, y se mostraba ilusionado por contar con un salario estable que llevar a casa.

Si quería su ayuda debía ser sincero, así que le conté en qué andaba metido. Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Detective? Fuiste famoso por ser uno, y ahora te has convertido en uno de verdad. Me parece una pasada, tío.

—No soy un detective exactamente. Solo que… me han liado —dije, encogiéndome de hombros.

—¿Y qué necesitas de mí?

—Tengo que conseguir la dirección de un tipo para hacerle unas preguntas sobre su anterior trabajo, pero es una persona muy discreta. He pensado en meterme en su empresa como policía y exigir la información con alguna excusa. Por eso me hace falta un vestuario que sea creíble, no eso que venden en las tiendas de disfraces.

—¡Buf! ¡Te puede caer una buena, Mark!

—Lo sé, pero no voy a atracar un banco. Solo quiero una dirección. Así de simple.

Andy se pasó la mano por el cuello repetidas veces. Con la mirada en el limbo, parecía reflexionar arduamente. Después, asintió para sí mismo en una suerte de diálogo interno. Por un instante pensé que las noches interminables de juerga le habían pasado factura al cerebro.

—No puedo darte un vestuario de policía de Los Ángeles porque esos necesitan de un permiso especial —dijo, con un mohín de disgusto—, pero me estoy acordando de que el año pasado nos contrataron para una peli de atracos. Y uno de los personajes se disfrazaba para conseguir la dirección del director del banco. ¿La has

visto? Se llama… Bueno, ahora no me acuerdo del título, es malísima, pero creo que puede servir.

—¿El qué puede servirme? Andy, no voy a ir con una pistola, aunque sea falsa.

Andy rompió en una carcajada que hizo temblar la papada.

—No, hombre, no. Me refiero a que te puedes disfrazar de inspector de trabajo y pedir revisar contratos y cosas así. Tengo todas las piezas de vestuario.

—Pero ¿no vale con un traje?

—Bah, la credibilidad de una persona pasa por su caracterización. Es importante llevar una camisa blanca con mangas cortas, pantalones de pinzas, gafas, bolígrafo en el bolsillo, un maletín. Sobre todo tengo un accesorio ideal. Un carné muy parecido al original, se nota que es falso, pero si lo enseñas rápido puede colar.

—Me gusta cómo suena el plan.

—Pero solo hay un inconveniente.

—Lo sabía —dije, frustrado.

—Necesitas a otra persona.

—¿No puedo ir solo?

—En la película iba una pareja, parece más creíble. ¿Conoces a alguien lo suficientemente loco para acompañarte?

9

Murray y yo nos presentamos a última hora del mediodía en la calle Solano, en Long Beach. Llevábamos ya puestos los disfraces de inspectores laborales: camisa a cuadros, pantalones de algodón, mocasines y maletín de cuero. La ropa se veía usada pero no demasiado, por lo que aumentaba el grado de autenticidad.

A Murray, el atuendo le venía algo apretado; la camisa parecía a punto de estallar, por eso sugerí que cruzara los brazos para evitar sospechas.

A diferencia de Realistic Robotics, la empresa de Philip Green estaba en una segunda planta, en un edificio de hormigón que era más ancho que alto. Del portal sobresalía un toldo verde sobre la acera, como un toque de elegancia en medio del páramo de asfalto.

Subimos las escaleras hasta el primer piso. La razón por la que Murray me acompañaba residía no solo en sus ganas de aventuras, sino también en la promesa de gratificarlo con un par de billetes de cien dólares.

Llegamos a la recepción donde una cabecita con auriculares asomaba por encima del mostrador. La recepcionista, a través de unas gafas de culo de botella, nos miró extrañados.

—Bienvenidos a Nest. ¿En qué les puedo ayudar?

—Necesitamos hablar con Recursos Humanos —dije con aplomo.

—¿Cuál es el motivo? —preguntó, ladeando la cabeza.

—Somos inspectores de trabajo y hemos recibido una denuncia anónima. ¿Dónde está el dueño?

—Imagino que en su casa.

—Avise al encargado, por favor.

La recepcionista se recolocó las gafas y se rascó el cuello en actitud pensativa. Nos pidió que esperásemos y llamó por teléfono. No había un lugar donde sentarse, así que nos quedamos de pie. Murray apretaba las mandíbulas, lo que daba a entender la incomodidad que sentía con el disfraz.

A los pocos minutos, llegó un tipo bajito, de nariz puntiaguda y con sudor en la frente.

—¿Algún problema? —nos preguntó.

Le enseñamos en un abrir y cerrar los ojos las credenciales proporcionadas por mi amigo Andy, en las que habíamos pegado las fotografías de nuestras caras. Murray se llamaba Dennis Roberts y yo, Cameron Lehane.

—Tenemos que hacer una inspección fiscal. Nos hará falta un

despacho tranquilo para trabajar, y las cuentas y contratos de todo el personal.

El tipo resopló.

—Escuche —le dije—. Queremos terminar cuanto antes, así que denos la documentación, hacemos el reporte y nos largamos. ¿Qué le parece?

Después de una media hora revisando papeles, aún no habíamos encontrado la dirección. Para sacudirme el nerviosismo de encima, me levanté a por un botellín de agua en la máquina expendedora de la zona de descanso, y aproveché para husmear un poco.

Me dio la sensación de pasear por un estudio de arquitectura o diseño. Solo veía ordenadores de sobremesa en fila, y a personas maduras concentradas en las pantallas. Flotaba un silencio monástico. Me resultó desconcertante que se necesiten tantas personas para crear un simple termostato.

Cuando giré para volver sobre mis pasos, solté un respingo. El tipo sudoroso me miraba fijamente.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—He estado revisando el archivo y ya estuvieron aquí hace un año.

—Es la primera vez que piso esta empresa.

—Me refiero a que ya han examinado nuestras cuentas.

—¿Y qué? Las comprobaremos las veces que hagan falta.

El tipo reparó en la botella de agua. Por un momento pensé que iba a reprenderme por ser propiedad de la empresa.

—¿Por qué no me dicen lo que están buscando? Así ahorrarán tiempo.

Me encantaría, pero sería una mala idea, pensé.

—No se lo puedo decir, ¿vale? —dije, dándole una palmada en el hombro para dar finalizada la conversación.

—Si la denuncia anónima viene de Realistic Robotics, que sepan que el dueño de Nest, el Sr. Green y la Sra. Jenkins están enemistados.

Era una información que ya suponía. Me hubiera gustado indagar más, pero eso significaba poner en peligro mi tapadera.

—El Sr. Green y ella trabajaron juntos en Realistic Robotics —añadió.

—¿Y eso qué tiene que ver con nuestro trabajo aquí?

—Para que no se dejen manipular.

Bebí un sorbo de agua fresca y cerré con calma la tapa.

—¿De qué nos está acusando?

—De nada, nada —dijo, dando un paso atrás, con la piel brillante por el sudor.

Una vez que salimos de Nest con la dirección de Green en mi poder, nos metimos en el primer bar a nuestro alcance para volver a ser Murray y Mark. Desabotonamos las camisas y sentimos al instante

que el aire corría libremente por los pulmones. Recuerdo la cerveza refrescando mi garganta como si estuviera bajo una cascada en pleno corazón de la selva.

—¿Qué vas a hacer con la información? —me preguntó Murray, al cabo de unos minutos.

—Hablar con Green sobre Realistic Robotics. Quiero saber los trapos sucios de esa empresa. Hay algo extraño en la forma en la que el cofundador de la empresa se marchó. Y quiero saber qué papel tiene Giannis Espósito en todo esto. Él sabe dónde está Brysa, y pienso que está detrás del secuestro.

Murray, en un gesto ambiguo, arqueó las cejas.

—¿Por qué no vamos y le presionamos con unos buenos puñetazos en el estómago para que nos lo cuente todo?

Esbocé una parca sonrisa.

—Me gusta tu estilo, Murray, pero eso podría asustarle y perder a Brysa para siempre. Recuperar la muñeca es el objetivo.

Seguimos bebiendo. Por suerte, al ser mi día libre en el gimnasio, disponía de más tiempo para jugar a ser detective. Mientras Murray pedía más cerveza, llamé a Jun para preguntarle si había alguna novedad sobre el secuestro. Me respondió que no y entonces le dije que estaría en su casa a eso de las diez para acompañar a Chen a entregar el dinero, un poco antes de lo previsto. Le conté que había logrado la dirección de Philip Green y que tenía pensado hablar con él, aunque no pareció muy entusiasmada.

Al colgar, me quedé pensando en Jun. Al principio se mostraba interesada en recuperar a Brysa cuando el sospechoso era su cuñado. Sin embargo, ahora que la cosa no estaba tan clara, cada vez más parecía menos interesada. ¿Era posible que su motivación para encontrar a la robot era en realidad la inquina hacia Feng? Jun parecía una mujer decidida, fría y práctica; tal vez la respuesta era afirmativa.

Consulté el reloj. Era mediodía. Le envié un mensaje a Kim diciendo que por la noche me pasaría por casa para acostar a Josh. Supuse que si avisaba con antelación no podría objeciones, y así fue. La imaginé alertando a su novio de que tendría visita y que la visitara ya a casa, para así marcharse antes de que yo llegara. Me alegraba de que ella pasara página de nuestro matrimonio, sin embargo, una parte de mí se sentía jodido.

Murray llegó con dos jarras de cerveza coronadas por una maravillosa capa de espuma. Era la primera vez que le veía sonreír. Olía a tabaco, por lo que deduje que se había fumado un puro en la calle para saciar el ansia.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —le pregunté.

—¿Por qué? —dijo, frunciendo el ceño.

—Por si me quieres acompañar a hacer una visita a Philip Green.

Al norte de la ciudad, muy cerca del cruce de la 110 con la 101, se alzaba un edificio de cinco plantas enorme como un trasatlántico. Y que recibía por nombre Apartamentos Da Vinci. Ofrecían alquileres, según leí en internet. Algo en su arquitectura transmitía una cierta arrogancia, quizá porque la fachada era alta como un torreón y te empequeñecía cuando alzabas la vista. Se abría en dos alas bien diferenciadas, repletas de ventanas y terrazas con balaustradas. En el centro, una plaza decorada con palmeras y una suerte de falo de piedra de la que brotaban chorritos de agua.

A primera hora de la tarde, Murray y yo entramos en el vestíbulo y nos acercamos a la recepción. El suelo era de mármol brillante, el mobiliario de diseño y los cuadros, abstractos, me recordaron a los dibujos de mi hijo. En la web había apuntado los nombres de Dennis Roberts y Cameron Lehane para el recorrido por el interior del edificio, junto a otras personas que necesitaban satisfacer su curiosidad antes de decidirse a alquilar.

Solté los pseudónimos a los recepcionistas y mostramos las identificaciones falsas. Aún llevábamos puestos los disfraces de inspectores, aunque sin corbata y con el cuello más desahogado. Era un grupito de seis o siete personas. La idea era perderme un momento durante el recorrido para hablar con Green. Dispondría de tiempo suficiente, ya que, además de enseñar un apartamento disponible, Da Vinci albergaba una serie de instalaciones como un campo de baloncesto, gimnasio, piscina, aparcamiento, etc.

Sumando todo, calculé que contaba con unos veinte minutos. Murray permanecería en el grupo para avisarme si ocurría algo fuera de lo esperado, y facilitar una coartada por si acaso preguntaban por mí.

Mientras esperábamos a que se iniciara el recorrido, Murray y yo debatimos la forma de abordar a Philip Green, puesto que costaba creer que respondería libremente a mis preguntas. Finalmente, descarté el uso de armas, pero no el de la violencia.

—Ya es la hora —dijo Murray, al ver cómo se arremolinaba un grupo de personas frente al mostrador de recepción.

Una joven vestida como una azafata de vuelo nos fue guiando a través de un largo pasillo, mientras nos deleitaba sobre la historia del edificio, aunque yo no prestaba demasiada atención. Me concentré en leer los rótulos que señalaban la dirección de los apartamentos. Durante unos diez o quince minutos nos fue llevando de un lugar a otro, hasta que decidí que había llegado el momento de

independizarme, así que me despedí de Murray con un discreto codazo.

Subí dos plantas por las escaleras y en el pasillo descolgué un extintor. Me alegré de que las medidas de seguridad del edificio fueran excelentes. Busqué el número del apartamento no sin cierta dificultad, pues en algún momento pensé que me encontraba en el laberíntico hotel abandonado de la película El resplandor, además de que el reloj corría en mi contra.

Llegué al apartamento y dediqué un instante, cuatro o cinco segundos máximo, a imaginar lo que sucedería a continuación. Después miré a la izquierda: nadie; a la derecha: nadie. Llamé a la puerta. Toc, toc, toc. Volví a mirar a derecha e izquierda. Murray y los demás debían de estar visitando la piscina o la cancha de baloncesto.

Oí pasos acercándose y apreté el puño alrededor de la manilla del extintor.

—¿Quién es? —preguntó una voz aceitosa.

—Me llamo Dennis. Vengo de parte de Realistic Robotics. Traigo una carta certificada de Eva Jenkins.

Green no se lo pensó demasiado. Nada más abrir la puerta, apunté la boquilla hacia él y apreté el gatillo. El hombre puso una cara de absoluto desconcierto, pero no le dio tiempo a más. La espuma blanca salió a borbotones envolviendo su cara. Cubriéndose con las manos, retrocedió y cayó de espaldas. Aproveché para entrar.

Se trataba de un apartamento sucio, con una gruesa capa de polvo cubriéndolo todo. Había libros por todas partes, incluso en los sitios más insospechados, como debajo de una mesa o formando una columna en un rincón. Casi parecía que me encontraba en una tienda de libros usados. Se me pegó a la ropa un olor rancio del que costaría desprenderme.

Green se sentía a gusto en su hogar. Vestía con una bata de seda y debajo únicamente su cuerpo rechoncho y peludo en ropa interior. Con desesperación, intentaba quitarse la espuma de la cara. Me senté sobre su barriga con las piernas a los costados y empezó a forcejear.

—Si no te estás quieto, te doy otra ración —dije, apuntándole con la boquilla.

—¿Qué es lo quiere? —preguntó, horrorizado.

—Tranquilícese. No voy a hacerle daño. Solo quiero respuestas. En cuanto las consiga me iré.

Tosió con fuerza.

—¿Dónde está Brysa?

—¿Qué, dónde está Brysa, la robot? —preguntó, aturdido.

Asentí con cara de pocos amigos.

—¡No lo sé! ¡Ya no trabajo en Realistic! ¿Ha desaparecido?

—La han secuestrado.

—¿Secuestrado? ¿Quiénes?

—Alguien que sabía que estaba bajo el cuidado de Chen. Le han pedido una buena suma de dinero para devolverla.

—¿Y por eso usted está aquí? ¿Pienso que yo la tengo?

—¿Conoce a un tal Giannis Espósito?

—Sí, sí —dijo, titubeante.

—¿Qué relación tiene con Realistic?

Tosió con fuerza. Algún resto de espuma se habría alojado en la garganta.

—Es el ayudante personal de Eva.

—¿Desde cuándo?

—Hace un año más o menos.

—¿Por qué iba el ayudante a robar a Brysa? No tiene mucho sentido. Brysa es propiedad de Realistic.

—Realistic ahora mismo es una gran mentira. Está en la bancarrota. Brysa es un fiasco. No se va a comercializar tal como está.

—¿Por qué?

—El procesador se calienta mucho, el diseño térmico es nefasto. La batería corre el riesgo de dilatarse y explotar.

—El prototipo de Chen funciona sin problema.

—Será el entorno. Tendrá configurado el aire acondicionado de la casa a una temperatura baja.

—Yo he visto con mis propios ojos cómo funciona Brysa. ¿Me estás mintiendo?

—¡No! —exclamó, espantado—. Lo que hace inviable económicamente fabricar más Brysas es el precio del silicio, con el que se fabrica el Cristallo15. El silicio se ha disparado de precio. Ahora cuesta una millonada. Si la fabrican con un procesador más antiguo será una muñeca más, sin nada especial. Nadie la querrá. Eva lo apostó todo a Brysa 1.0 pero ha llevado a Realistic a la ruina. Lo que pasa es que es demasiado orgullosa para admitirlo.

El móvil me vibró en el bolsillo repetidas veces. Ni siquiera me hizo falta comprobar quién me llamaba. Era el aviso de Murray. Debía marcharme ya. Cogí a Green de las solapas de la bata y cara a cara le prometí que si le contaba a alguien mi visita volvería con otro extintor.

10

Por segunda vez en el día, Murray y yo nos tomamos unas cervezas en el primer bar que se cruzó en nuestro camino. Era como si nos gustara beber y, en los descansos, investigar. Sentados a la barra, celebramos con un brindis nuestro segundo golpe. Éramos ya unos auténticos profesionales. Le entregué la mitad del dinero que me había dado Jun. Se lo había ganado. Lo guardó en el bolsillo de su pantalón y me guiñó un ojo.

—Parece que el misterio se va despejando poco a poco —dije—. Eva y Giannis son los secuestradores de Brysa. Esta noche van a recibir el dinero de Chen. ¿Qué te parece?

—Que el mundo está jodido.

—Estoy de acuerdo, pero ¿dónde estará Brysa? ¿En la casa de Eva?

—Parece el lugar más seguro. ¿Quién sospecharía que está en su casa?

—¿Cómo vamos a entrar? ¿Se te ocurre alguna manera?

—Primero tendremos que averiguar su dirección. Quizá cuando vaya a recoger el dinero podemos seguirla.

—Me parece una buena idea, pero no creo que sea tan fácil. Van a extremar precauciones. Y lo que es peor, no tiene pinta que lleven a Brysa con ellos. La dejarán en un sitio seguro. Se trata de una extorsión en toda regla, si les pillan acabarán en la cárcel.

—Puedo vigilar el lugar de la entrega por si aparece a alguien.

Sopesé la idea, pero la descarté. Chen quería a Brysa y si hacía algo que pusiera en riesgo a la robot me cortaría el cuello. Además, ya no me quedaba dinero para pagarle.

—¿Cómo es esa Eva Jenkins? —preguntó.

—De mi edad, muy atractiva. Por lo que ha contado Green es una vendehúmos, eso sí, una vendehúmos con mucho morbo. No sé cómo será la relación con Giannis. ¿Se habrán liado? Eso de liarte con tu ayudante casi siempre sale mal.

—Sí, acaba en matrimonio.

Seguramente, a causa del alcohol nos reímos con exageración ante la perversa ocurrencia. Aproveché para indagar algo más sobre Murray. Como ya me creía todo un investigador, no había quién me parase.

—¿Has estado casado, Murray?

—Solo cinco veces.

Bebí otro sorbo de cerveza para no caer desmayado.

—Claro, conociste a mucha gente cuando fuiste músico —dije,

comprensivo.

—No, nada de eso —dijo, con los ojos rojos—. Me casé con la misma mujer. Quizá haya una sexta vez. Nunca se sabe.

—Cinco veces es todo un récord.

—A la cuarta vez nos olvidamos de la luna de miel. Seguimos la rutina de los recién casados —Miró alrededor con ansia—. ¿Se podrá fumar aquí?

Después de despedirnos, me fui con la moto a un cine del barrio El mirador para echarme una siesta, y bajar unos grados la intensidad del alcohol que fluía por mis venas. Compré una entrada al azar y entré en la primera sala que captó mi atención. Resultó que se trataba de una de terror ya comenzada, pero no me causó espanto alguno porque enseguida el sueño me venció.

Cuando salí del cine empezaba a anochecer. El sol se ocultaba dejando un reguero de luces rojizas sobre el cielo. La luna ya había tomado posiciones para comandar la noche. Los coches se apresuraban para después de una jornada eterna en el trabajo, llegar a la casa y ver la televisión.

Kim me abrió la puerta con una cálida sonrisa. Nada más entrar, Josh, embutido en un pijama de superhéroe, llegó corriendo y se abalanzó sobre mí para que lo cargara como un saco de patatas. El sonido de su risa fue un alivio instantáneo a casi todos mis problemas.

Fuimos al dormitorio y lo metí en la cama. Me pidió que leyera un cuento, pero cuando fui a por un libro de la estantería, me dijo que esos no, que mamá ya se los ha leído. El pequeño bastardo pidió uno inédito en su vida. Improvisé uno en el que un hombre debía encontrar un robot en una gran ciudad. Josh pareció vagamente interesado. El hombre estaba perdido pero era tenaz y, junto a un nuevo amiguito, iban preguntando casa por casa dónde estaba el robot. La bruja era una mujer que vivía en un castillo muy, muy grande. Josh cayó dormido como un tronco justo en lo más interesante. Le di un beso en la frente y le deseé buenas noches.

En el salón, Kim me preguntó si había cenado. Le dije que no y me recalentó en el microondas un trozo de pizza margarita. Además, me ofreció una cerveza que no pude rechazar. Ella se quedó sentada en el sofá con los brazos cruzados, dirigiéndome una mirada que conocía bien. Una mezcla de nostalgia y desconcierto. Nos habíamos amado hasta lo más profundo de nuestro ser y ahora casi éramos dos desconocidos. No dejaba de ser extraño e incómodo. Las mujeres son las que más pronto se enamoran, y también las que antes se desenamoran. Sin embargo, a los hombres nos cuesta más tiempo todo.

—Estoy agotada —dijo—. Llevo trabajando desde la cinco de la mañana.

—¿Quieres que me quede con Josh este fin de semana?

—No lo he dicho por eso.

—Lo sé, pero me gustará llevármelo a la casita.

Ella hizo una mueca de disgusto. Le desagradaba el negocio de Sarah y que su hijo se viera afectado de alguna manera.

—Me lo llevo de acampada.

—Es muy pequeño, ¿no crees?

—Al parque de atracciones de la Universal. Un día entero. Este sábado.

—Me está costando llegar a fin de mes, Mark. Algo de dinero no me vendría mal.

A Kim nunca le supuso un considerable esfuerzo ir al grano. Bebí un sorbo de cerveza antes de defenderme.

—Hago lo que puedo.

—¿No puedes hacer más horas en el gimnasio?

—Es un trabajo horrible. No quiero hacer más.

—Josh necesita zapatillas nuevas, y lo han invitado a un cumpleaños y tengo que comprar un regalo.

Metí la mano en el bolsillo del pantalón y saqué los últimos billetes que me quedaban. Menos de la mitad de lo que me había entregado Jun por mis servicios como detective. Los dejé sobre la mesa.

—¿Sigues con eso de la investigación?

—Me pagan. Es un trabajo, Kim.

—Y después, ¿qué?

—No lo sé. Lo que tengo claro es que no quiero volver al cine. Esa etapa ya se terminó. Ya surgirá algo.

—Ya surgirá algo —repitió, entornando los ojos.

—Me reinventaré. Puedo hacerlo aunque tú no lo creas.

—Te equivocas. Creo en ti, Mark. Lo que pasa es que siempre has querido una palmadita en la espalda. Por eso te tiraste a esa fulana que besaba el suelo que pisabas.

Aquel había sido mi grave momento de debilidad. Una profesora de yoga que habíamos empleado temporalmente para hacer una sustitución, en el gimnasio del que éramos propietarios. Cualquiera hubiera cometido ese error. Una mujer atractiva, de piel oscura y exótica, con un cuerpo que se estiraba con una facilidad pasmosa, capaz de posturas inverosímiles. Se llamaba Cherokee. ¿Cómo olvidar un nombre así?

Kim nos pilló en la sauna, practicando la postura del perro. Ella no reaccionó con gritos o insultos o lanzando objetos, sino mucho peor: rompió a llorar. Nunca había visto a un adulto llorar de esa manera tan desgarradora. Parecía imposible consolarla. Sin lugar a dudas, fue uno de los peores momentos de mi vida. Recurrí a las fórmulas habituales «no significa nada para mí», «fue sola una vez», pero

aquello solo sirvió para ahondar en mi patetismo.

A eso de las once llegué a casa de los Lin. Esta vez no me abrió la puerta la criada, sino Chen.

—¿Le han seguido? —me preguntó con claros signos de nerviosismo.

—No.

—Bien, pase, pase.

Me llamó la atención la penumbra reinante. La única luz del salón provenía de una lámpara de pie cerca de la ventana. Summer, la otra robot, permanecía sentada como una muñeca de cera. No sé por qué, pero tuve la impresión de que ella no echaba de menos a Brysa.

—¿Tiene el dinero? —le pregunté.

Respondió señalando una bolsa tipo riñonera de color negro, que estaba sobre la mesa del centro. Como aún nos quedaban unos minutos para salir, nos sentamos.

—¿Quiere tomar algo?

—No, gracias.

Alargó el brazo hacia una mesita auxiliar y cogió un vaso de cristal que supuse contenía alcohol. Se había servido una ración generosa.

—¿Dónde está Jun?

—Arriba, viendo la televisión. Nos desea suerte en nuestra pequeña aventura.

—De eso quería hablarle.

—¿Por qué? —preguntó, mirándome como si fuera un aguafiestas.

—Yo no entregaría el dinero.

—¿A qué viene eso?

Le conté mi visita a Philip Green. Lo que me había revelado sobre Brysa y la situación financiera de Realistic Robotics.

—Chen, no la van a devolver. Es una trampa para sacarle dinero.

Guardó silencio mientras fijaba la vista en el fondo del vaso. Después alzó la vista y giró la cabeza hacia mí.

—Anoche soñé con Brysa —dijo, como si fuese la revelación del siglo—. Viajábamos en autobús por Buenos Aires. No sé por qué Buenos Aires, la verdad. Nunca he deseado estar allí. Bueno, ella está pegada a la ventanilla; yo, en el pasillo. En el pasillo hay un hombre de pie. Está impartiendo un seminario sobre ventas, creo recordar. Al finalizar regala unas bolsas deportivas a todos. A Brysa le gusta mucho la suya. Y ahí se acaba el sueño.

—¿Y qué me quiere decir con eso? —pregunté, encogiéndome de hombros.

—Que tengo una intuición. Brysa va a volver conmigo.

—Como quiera, es su dinero.

—¿Cuál es la alternativa? ¿Esperar a que llame a la puerta?

Sin que Chen se percatara, una mosca se posó en el blanco del ojo derecho de Summer. Como era de esperar, no parpadeó, por lo que el insecto se movió con libertad por la pupila y la esclerótica, lo que me causó un estremecimiento por toda la espina dorsal.

—No, apretar las tuercas a Giannis. Él sabe dónde está. Debió acercarse a su hermano desde el principio para saber sus rutinas y las de Jun. Parece un tipo sin escrúpulos.

—Me imagino que también será un tipo listo. Si no aparezco con el dinero, temo que le haga algo a Brysa.

—¿Puedo ayudar? —preguntó una voz.

Chen y yo miramos hacia la escalera. Un hombre asiático bajaba apoyándose en el pasamanos. Tenía el cabello largo recogido en una coleta y unas cejas tupidas. Vestía una chaqueta vaquera bajo una camiseta blanca. Había algo en sus facciones que me recordaba a Chen, por lo que deduje que era Feng, el hermano pródigo.

Chen hizo las presentaciones y al estrechar su mano noté una cierta flacidez, al parecer una característica de la familia. Recordé lo que dijo Jun sobre él, que era la oveja negra de los Lin. Quizá fuera suposiciones mías, pero atisbé en su mirada un hondo rencor hacía mí. Chen o Jun debían de haberle dicho que entré en su domicilio y que expuse su relación con Giannis.

Feng se sentó lo más alejado posible de mí.

—¿Cómo conoció a Giannis? —pregunté.

—En una discoteca de Laguna Beach, The Green Room. ¿La conoce?

Negué con la cabeza.

—Voy mucho por allí. Me gusta la música que pinchan, una mezcla de los ochenta y los noventa. Además, no está muy lleno, así que es fácil pillar una mesa. Una noche empezamos a hablar sobre un grupo de los noventa, Spacehog, que solo había tenido un éxito y que había sido una pena. Nos intercambiamos los teléfonos. Después, todo fue muy rápido —dijo, con seriedad— y casi sin darme cuenta ya tenía la llave de mi casa. Es una persona muy persuasiva.

—¿Fue alguna vez a su apartamento?

—No, dijo que era muy ruidoso. La verdad, yo tampoco insistí mucho. Me gusta estar en mi casa. Salgo poco.

—¿Sigue con él?

—Lleva desde el lunes sin verlo —respondió Chen, clavándome la mirada.

—Mi hermano me ha dicho Giannis trabaja para Realistic Robotics —dijo Feng—. ¿Es cierto?

—Es el ayudante de la fundadora, Eva Jenkins —dije.

—Maldito bastardo —dijo Feng, refiriéndose a Giannis—. ¿Sabe dónde está? Me gustaría decirle cuatro cosas.

—Ojalá lo supiera. Tengo la impresión de que es un buscavidas, con lo que quiero decir que puede estar en cualquier parte tramando algo.

Chen miró su reloj de pulsera.

—Es hora de irnos, Mark —dijo, poniéndose en pie.

—Yo también voy —dijo Feng.

Miré hacia Chen. Él tenía la última palabra.

—Ni hablar. Esto es cosa mía —dijo, tajante.

—Como hermano mayor das asco —dijo, entornando los ojos—. Me quedaré cuidando de tu mujer, que buena falta le hace.

Chen respiró hondamente, como reprimiendo el impulso de propinarle un puñetazo. Yo había tenido más suerte que Chen con los hermanos. Mi hermana Emma era la dulzura personificada. Cogió la riñonera y nos encaminamos hacia la entrada, bajo la severa mirada de Feng.

—Vamos en su coche —le dije.

Nos subimos al viejo y descapotable Mustang del 64. Si queríamos pasar desapercibidos, no era el coche adecuado.

11

Desde Elysian Park se contemplaba el estadio de los Dodgers como una isla de luz en medio del paisaje de hormigón de la ciudad. Era noche de partido, y a lo lejos se oía en oleadas el júbilo infatigable del público.

Entramos con el descapotable por Stadium Way y torcimos en Angels Point para rodear la academia de policía. Chen conducía con la lentitud exasperante de un viejecito. Rodeamos el pequeño campo de béisbol, donde los niños del barrio juegan entre semana sus partidos bajo la atenta mirada paternal. Parecía engullido por la oscuridad, aunque si uno agudizaba la vista se observaban las líneas delimitando el campo. Pensé en Josh y en que pronto alcanzaría la edad para jugar, y entonces me estrenaría en la grada como un padre más animando a su retoño.

Detuvimos el coche. A nuestro alrededor el parque estaba arropado de sombras. Durante el día se pueden contemplar senderos de tierra, eucaliptos, aguacates y pendientes encrespadas, pero ahora solo se distinguía alguna que otra farola alumbrando con timidez.

Sin duda, los secuestradores habían elegido este lugar a propósito. Las instrucciones decían que se depositara el dinero en el tercer árbol paralelo al campo de béisbol, en un agujero del tronco.

—Espere, voy a echar un vistazo —dije, y me bajé.

Oí mis pasos crujiendo sobre la hierba cuando me dirigí hacia el árbol. Miré alrededor. Me encontraba como en un planeta inhóspito, oscuro y silencioso. No tenía muy claro qué pretendía merodeando por el parque. Quizá asegurarme de que era el sitio correcto y no aparecía nadie indebido.

El ruido del motor de un coche atrajo mi atención. Al girarme descubrí dos faros que avanzaban suavemente atravesando la noche. Era imposible distinguir el interior. Quizá solo habría un conductor, tal vez el conductor y el acompañante. No le quité ojo de encima. La distancia que recorrió hasta que llegó a la altura del Mustang me pareció eterna. Por un momento, dio la impresión de que se detendría, pero no fue así, siguió su camino rodeando el parque hasta que se perdió de vista, engullido por la penumbra.

Nos están vigilando, pensé.

Regresé sobre mis pasos, abrí la puerta del Mustang y le dije a Chen que saliera. Ambos anduvimos hacia el árbol en completo silencio. Chen llevaba la riñonera agarrada como si llevara un billete de lotería premiado. Algo en él, quizá la baja estatura y los hombros

caídos, hizo que me pareciera un hombrecillo que cargaba con algún trauma de la infancia. En realidad, no se aferraba al dinero sino a una esperanza remota de que devolvieran a Brysa. Había algo perturbador y frustrante en ver a un hombre dirigirse hacia el abismo.

—¿Aquí? —preguntó cuando llegamos al árbol, cuyo tronco era ancho y reseco.

Asentí y señalé el agujero. Chen dejó la riñonera con cierta desconfianza, y después echó una ojeada al entorno aguardando a que sucediera algo. Sin embargo, no iba a suceder nada porque los secuestradores estarían a la espera de que nos fuéramos para salir de su escondrijo.

Regresamos al Mustang envueltos en una sensación de impotencia. Una vez sentados nos miramos el uno al otro.

—¿Y ahora qué? —preguntó Chen.

Me rasqué la barbilla. Las horas transcurrirían lentas y soporíferas hasta que los secuestradores contactaran con Chen. Si es que lo hacían, claro.

—Vamos al Imperium —dije—. Quiero que conozca a Brysa.

Entramos en el Imperium y en la barra intercambiamos las entradas por bebidas. Chen se pidió dos vodka con Malibú y yo dos cervezas. Empezaba a habituarme a disfrutar de dos bebidas al mismo tiempo. Nos dirigimos a una mesa no muy lejos del escenario, donde una chica bailaba sin despertar excesivo entusiasmo. Quizá por ello había un ambiente desangelado. Sus movimientos eran algo rígidos y deduje que sería su primera actuación.

El camarero me había dicho que Piper actuaría dentro de un rato, sin especificar cuándo. Chen consultaba con frecuencia el móvil por si su mujer llamaba con alguna novedad.

—Será mejor que me vaya a casa —dijo.

—Relájese, acabamos de llegar —Sugerí con un gesto de desdén con la mano—. Le vendrá bien despejar la mente.

—¿Cree que ya habrán cogido el dinero?

Calculé que había pasado una media hora desde que nos fuimos de Elysian Park.

—Probablemente.

—Con suerte esta noche Brysa está en casa.

Acudió una chica latina a sentarse con nosotros, pero antes de que nos saludara le hice un gesto negativo con la cabeza. No era el mejor momento para socializar. La cara tensa de Chen acentuaba las arrugas de su frente. Deseaba que Brysa volviera a sus brazos de mi cliente, así recobraría la calma.

—¿Conoce a más gente como usted? Quiero decir que le guste la compañía de robots sexuales.

—No, y no me gustaría —dijo, entornando los ojos—, pero una vez vino una periodista a la casa para hacerme una entrevista.

—¿De qué periódico?

—Los Ángeles Weekly.

—¿Y qué le dijo?

—Primero que no, pero fue muy insistente y al final cedí. Me prometió que no iba a juzgarme y al final fue así. Tengo el artículo guardado.

Desbloqueó su móvil, localizó el archivo y me lo entregó para que lo leyera. La fotografía que lo encabezaba se había tomado en el salón de su casa, y en ella aparecía con Summer. Chen lucía una sonrisa que deseaba mostrar a un hombre sin complejos y feliz.

La periodista comenzaba describiendo a pinceladas su vida aparentemente convencional. Su edad, su profesión y su matrimonio. Después, que sus intereses sexuales eran poco habituales. Convivía con Summer, una muñeca con enormes pechos de silicona que aparentaba tener dieciocho años, y con la que tenía coitos con regularidad.

Cuando leí el nombre de Jun aumentó mi interés. La periodista, consciente de lo inusual de su actitud permisiva hacia los gustos de su marido, le preguntaba el motivo. Admitió que había descuidado sus obligaciones maritales debido a la enfermedad terminal de su hermana, y que prefería que se buscara una muñeca y no una persona de carne y hueso. «Fue honesto conmigo desde el principio y eso fue la clave de que aceptara, aunque a veces he tenido dudas», decía Jun.

El artículo terminaba hablando sobre el auge de los robots sexuales, y del coste cada vez más elevado debido al aumento de las prestaciones y el desarrollo de la personalidad. Le devolví al móvil sin saber muy bien qué pensar.

—No hago nada malo —dijo, y bebió un trago de cerveza.

La música terminó y chica del escenario se fue entre aplausos tibios.

—¿Y cómo se lo tomaron sus hijos?

—No me hablaron durante un tiempo, ahora sí, aunque no es lo mismo que antes. Cuando eres padre primero te miran como a un dios, pero después te repudian como si fueran mejores que tú. Estoy deseando que se conviertan en padres para que sepan lo jodido que es. ¿Tiene hijos?

—Uno de cinco.

—Aún le queda unos cuantos años hasta que sientan por usted una mezcla de cariño y decepción. Aproveche y pase el tiempo con él, todo el que pueda. Porque si no, después será demasiado tarde.

La canción *Cum on feel the noize* de Slade empezó a sonar y

miramos hacia el escenario. Allí estaba Piper como si fuera la única mujer del mundo. Se colgó de la barra y empezaron los gestos sensuales, la liberación del delirio. Chen se quedó inmóvil con la copa en la mano, abducido por la fantasía de que era Brysa y no Piper quien bailaba. En su mente, ya la había recuperado. Se trataba de una especie de resurrección, como si aquella noche de alcohol y música la robot hubiera adquirido una identidad humana. Chen susurró algo breve que no entendí, aunque supuse que diría algo así como «es ella, es ella, Brysa».

En ese instante, algo me llamó la atención. El hombre calvo de las camisas hawainas entró en el club. Estaba solo. Sorteó a un grupo de personas y llegó a la barra, donde el camarero le sirvió una copa. Se la bebió de un trago. Mientras le servía otra, el hombre miró de reojo el escenario aunque no pareció interesado. Esparció la mirada por entre el público exaltado y esbozó una sonrisa astuta.

Me levanté y fui a por una de las chicas que se paseaban en bikini. La cogí de la mano y le pregunté señalando al calvo.

—¿Quién es ese de ahí?

La chica se puso de puntillas.

—El padre de Piper, creo que se llama Harry. Viene mucho por aquí. Es un encanto.

Le agradecí la información y volví junto a Chen que seguía inmóvil como una estalactita. La mente empezó a bullirme. Recordé que Piper me dijo que su padre era también su agente. ¿Cuál era el vínculo entre el padre de Piper y Giannis? ¿De qué discutían aquella noche? Seguí observando a Harry. Tenía una sonrisa animal. Acodado en la barra miraba a su alrededor como si fuera el dueño del Imperium. Costaba crear que un tapón, calvo y de gusto hortera, hubiera contribuido a traer al mundo a una belleza explosiva como Piper.

Alguien del público, seguramente borracho, intentó subir al escenario, pero enseguida fue detenido por un tipo corpulento de seguridad, quien lo acompañó hasta la salida como si fuera un bulto molesto. Piper continuaba exhibiendo al ritmo de la música rock su voluptuoso cuerpo, cada vez con menos ropa. Me vinieron recuerdos ardientes del sexo con ella, el sabor eléctrico de sus besos, las manos acariciendo sus pechos y el intenso olor a almizcle. La mirada furtiva de su hermanastra lo volvía todo adictivo y excitante.

Chen inclinó la cabeza para hablarme al oído.

—Quiero conocerla. ¿Es posible?

Le dije que sí, aunque no estaba del todo seguro. Le envié un mensaje a Piper a su móvil diciendo que nos viéramos en El rancho pequeño. Esperaba que lo leyese después de la actuación.

12

Una vez que salimos del Imperium y entramos en el restaurante, fue como si el peso de la realidad cayera sobre los hombros de Chen. Se olvidó de Piper por completo. Recordó la falta de noticias sobre Brysa y le entraron los nervios.

—¡Tenemos que volver! —exclamó Chen, sin importar que los escasos clientes nos mirasen.

—Baja la voz —dije, con un gesto imperioso de las manos—. ¿Adónde?

—¡Al parque! ¡Tengo que ver si el dinero sigue ahí! ¡A lo mejor no era el lugar, nos equivocamos!

—Ese era el lugar. Las indicaciones eran claras.

—¡Pues volvamos a mi casa!

—Eso no va a hacer que la traigan antes.

Se echó para atrás, abatido. Negó con la cabeza y miró hacia otro lado. Miró la pantalla del móvil por enésima vez. La joven camarera trajo mi cerveza. Chen no había querido nada. Nos preguntó si queríamos algo más, le dije que no y volvió a la barra. Chen llamó a su mujer y habló con ella apenas unos minutos. En la casa no había pasado nada reseñable.

—¿No querías conocer a Piper? —pregunté, como si recordara a un niño la visita de su héroe favorito.

—¿Quién es Piper?

—La stripper.

—Ah, ella —dijo, como si se refiriera a alguien que había conocido el mes pasado—. No, no quiero conocerla. Vámonos, Mark.

Se puso de pie. Su cara reflejaba tensión.

—Pero si me has dicho que…

—Da igual. Venga, vámonos.

—No, tengo preguntas que hacerle a Piper.

—Ya se las harás otro día. ¿Vienes o te quedas?

—Me quedo. Ya buscaré la manera de volver a tu casa para coger la moto.

En ese instante entró Piper y todo cambió. Llevaba una chaqueta vaquera abotonada a juego con los pantalones, y se había recogido el cabello en un moño, con mechones aquí y allá. Sobre el hombro le colgaba un bolso enorme y distinto al de la última vez. Sonrió de aquella forma que sonríen las mujeres que se saben atractivas, como si posaran para una cámara.

La besé en la mejilla y guiado por un impulso extraño miré detrás

de ella, hacia la puerta, esperando ver a su hermanastra, espiándome. La presenté a Chen, que se volvió a sentar, manso como un cordero. Le pregunté a Piper si quería tomar algo y dijo que sí, una botella de agua mineral con gas. La camarera, que la había oído, asintió con la cabeza.

—Enhorabuena por el espectáculo. Ha sido muy sexy —dije, para romper el hielo.

—Lo tengo dominado, es el mismo todas las noches —dijo, y noté un cierto cansancio en el tono de su voz.

Chen no dejaba de mirarla, aún asombrado por el parecido. Pensé que Piper empezaría a sentirse incómoda, pero dijo algo que me desconcentró.

—Ahí viene mi padre —dijo, haciéndole un gesto a través de la ventana—. Le he dicho lo que me contaste sobre que había una robot con mi cara y dice que él no ha firmado nada con ninguna empresa.

—Eva Jenkins dice todo lo contrario.

El padre de Piper entró en el restaurante y al vernos arrugó el entrecejo. Su calva brillaba por el efecto de la luz fluorescente del techo. Era menudo, corpulento y caminaba con un aire simiesco. Llevaba una camisa hawaiana con dibujos estampados de palmeras y unos pantalones militares, combinación que demostraba su falta de buen gusto. A Chen y a mí nos dedicó una mirada dura, de esas esculpidas en granito.

Su hija nos presentó y estrechamos su mano peluda de dedos gruesos. Piper me señaló como la persona que informó de la existencia del doble robótico.

—¿Quiénes son ustedes? —nos preguntó.

—Chen, que cuida de Brysa, me ha contratado para encontrarla.

—¿Es usted una especie de detective o qué?

—Más o menos.

—¿Qué quiere decir?

—Soy un amigo de la familia y no necesita saber más.

La camarera llegó con la bebida para Piper. Preguntó a Harvey si quería pedir algo y respondió que vendría bien a su garganta un chupito de tequila Don Pedro. Estudié su cara intentando descubrir el parecido entre el padre y la hija, pero no encontré ningún rasgo.

—¿Tienen alguna foto de ese robot? —preguntó Harvey.

—Es *una* robot —corrigió Chen.

—Lo que sea.

Chen mostró la pantalla del móvil y Harvey chasqueó la lengua.

—La dueña de la empresa, Eva Jenkins, dice que firmó un contrato con el agente de Piper para usar su imagen —dije.

—Eso es una sucia mentira —dijo él, señalándome con el dedo—. Yo no he firmado nada.

—Es lo que ella me ha dicho.

Harvey se giró hacia su hija, que bebía el agua con una pajita. Chen, concentrado en Piper, la miraba fijamente.

—Yo me encargo de esto —dijo Harvey—. Pienso plantarme allí y pedirles una pasta para que no les demande.

—Vale —dijo su hija.

—¿Cómo se llama la empresa? —preguntó, mirándome.

—Realistic Robotics.

Le trajeron el tequila, se lo bebió de un trago y soltó el vaso sobre la mesa con un golpe seco.

—Bien, ¿algo más?

—¿Eres su agente para todos los trabajos? —preguntó Chen.

—¿Por qué?

—Nada, por curiosidad.

Harvey sacó del bolsillo de su camisa una tarjeta de visita que entregó a Chen. Se veía arrugada y con una mancha de café. «Harvey Brooks. Representante». Debajo, un correo electrónico y un número de móvil. Me pregunté si su hija era su único cliente, aunque fue un pensamiento fugaz porque enseguida intuí que había llegado mi momento de actuar.

Saqué mi móvil y le enseñé la fotografía de Feng que me había facilitado June.

—¿Conoce a esta persona?

Harvey entornó los ojos.

—Espera, que me pongo las gafas —dijo, mientras sacaba las gafas del mismo bolsillo de la camisa y se las ponía—. No, no lo he visto en mi vida. ¿Quién es?

—Es el hermano de Chen —dije, estudiando su expresión—. Quiero enseñarle otra.

En mi galería de fotos busqué la del carné de conducir de Giannis Espósito. Le había visto discutir con Harvey en el Imperium la noche que seguí al italiano. Cuando se la mostrara, ¿diría la verdad o le crecería la nariz como a Pinocho?

Se inclinó sobre la mesa. Escrutó el rostro del italiano de facciones perfectas. Piper también se fijó.

—No lo he visto en mi vida.

Harvey mentía. ¿Por qué?

Chen y yo regresamos al Elysian Park. A lo lejos, las luces del estadio de los Dodgers estaban apagadas. La luna nos miraba entre jirones de nubes oscuras. Habían transcurrido unas dos horas desde que dejamos el dinero. Ni un triste mensaje de los secuestradores. Detuvimos el

Mustang en el mismo lugar, cerca del campo de béisbol.

—¿Ve a alguien? —preguntó Chen.

Le respondí que no.

Bajamos y en silencio nos dirigimos hacia el árbol. Chen solo quería satisfacer la curiosidad de saber si el dinero seguía ahí. Deseaba tener constancia de que él había cumplido su parte del trato, y de que si no recuperaba a Brysa se debía al incumplimiento de los secuestradores.

Antes, durante el viaje desde El rancho pequeño hasta el parque, Chen había mostrado interés en conocer el motivo por el que el padre de Piper nos había mentido.

—¿Cuál puede ser la relación entre Giannis y Harvey? —preguntó.

—Quitarle a Brysa y pedir un rescate por ella, por ejemplo. Por eso no interesa que se sepa que se conocen. Encaja con que Piper ignora que su padre ha firmado el contrato que dice Eva Jenkins.

—Conspiradores. Nunca debí de enamorarme de una muñeca.

—Ahora es un poco tarde para lamentaciones.

Sobre la irregular hierba del parque Elysian nuestros pasos sonaron cautelosos. Olía a tierra, madera vieja y soplaba una brisa helada. Yo iba detrás de Chen como si fuera su guardaespaldas. Recordé la noche en la que acompañé a mi mentor, Bob, a la cantera a entregar el dinero al usurero. Parecía que la gente por alguna extraña razón confiaba en mí, un antiguo actor de cine para adultos reconvertido en detective amateur. Pensé que no podían existir dos mundos tan distintos. El cine, que siempre es mentira y fuegos artificiales, y la vida, donde todo es real y cruel.

La respiración de Chen sonaba cada vez más pesada a medida que nos acercábamos al jodido árbol. Como a miles de kilómetros, más allá del parque, oí la sirena de una ambulancia. Los Ángeles palpitaba a nuestro alrededor; una ciudad sombría y amenazante.

Chen metió la mano en el agujero del tronco y palpó el interior.

—No está —dijo, con cierta desilusión.

Era el sitio correcto, el que indicaron los secuestradores. Ahora solo quedaba regresar a casa de Chen y esperar, aunque en mi fuero interno sospechaba que Brysa seguiría retenida. Era la gallina de los huevos de oro. Entonces ocurrió algo inesperado.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Chen.

—¿De qué habla? No oigo nada.

—Haga el favor, calle y escuche.

Agucé el oído. A los pocos segundos me llegó el murmullo de un motor. ¿Era de un coche? Provenía del sur, del lugar opuesto donde habíamos dejado el Ford Mustang. Sin embargo, resultaba difícil saber el sitio con exactitud porque, entre las sombras y la vegetación, nuestra visión estaba limitada.

—Quizá sean ellos y estén dejando a Brysa —dijo Chen.

Apenas si intuía la expresión de su cara, sumida en la penumbra. La imaginé llena de esperanza.

—La dejarían en casa, supongo —dije, después tomé una decisión —. Iré a echar un vistazo. Quédese aquí, o mejor vaya a por el coche.

Dirigí mis pasos hacia el sonido del motor. Avanzaba con calma, atento a cualquier movimiento inesperado. Me giré para comprobar que Chen volvía sobre sus pasos y así era, veía su silueta distanciarse cada vez más. Cogería el coche y se acercaría por el camino asfaltado, rodeando el campo de béisbol.

No sé por qué pero me acordé de Piper. Tenía una conversación pendiente con ella. Sentí la obligación de hacerle ver que su padre estaba ganando dinero a su costa. Ella lo rechazaría, por supuesto. Si una hija no puede confiar en su padre, entonces el mundo carece de sentido. Mi padre también había sido un cabrón, aunque llevaba tiempo muerto, y eso hacía que pensara en él sin tanta furia, como en un recuerdo estático y rancio.

La visión de una luz roja me hizo acelerar el pulso. Seguí caminando. Eran las luces de posición de un coche. Estaba detenido a unos cincuenta metros. Había demasiada oscuridad para distinguir el modelo, pero se intuía grande y contaminante. Un ligero humo salía del tubo de escape. ¿Son los secuestradores? ¿Cuentan el dinero antes de marcharse? ¿O son ciudadanos anónimos y corrientes, no sé, escuchando la radio?

En un país dónde primero se dispara y después se pregunta, impuse la cautela. El maletero era lo suficientemente grande para que cupiese Brysa y todas sus hermanas. Miré hacia atrás. El Ford Mustang de Chen avanzaba con parsimonia para recogerme. De repente, el coche que tenía delante de mí amagó con moverse, pero se detuvo bruscamente, como si hubieran acelerado y enseguida pisado el freno hasta el fondo.

—¿Qué mierda está pasando? —murmuré.

Dudaba qué hacer. Si acercarme o todo lo contrario. Entonces la puerta del conductor se abrió por completo. Se produjo un momento lleno de incertidumbre. Atisbé la luz del salpicadero. El cuerpo de un hombre cayó al suelo con un golpe seco y después, nada, quietud, silencio.

Corrí y me agaché junto al cuerpo. Una abundante mancha de sangre a la altura del vientre teñía la camisa. No tenía pulso. La cara me resultó conocida. Era Giannis Espósito. Y estaba muerto.

Un impulso bestial me hizo que dejara a un lado las condolencias y me pusiera a registrar el coche. Decidí que no iba a llamar a la policía y quedarme esperando a que me interrogasen. A mí o a Chen. El tiempo corría en nuestra contra. Quizá a alguien le diese por pasear al

perro a esa hora y prefería evitar que me viera junto al cadáver.

Nada más empezar me llevé el premio gordo. El móvil colgaba sobre una de las rejillas del aire, sostenido por un soporte magnético. Ahí guardará todos sus secretos, el muy canalla. Por supuesto, la pantalla estaba bloqueada con un código numérico. ¿Por qué las cosas iban a resultar sencillas para Mark?

Las muertes violentas son inesperadas y un problema para la sociedad, sin embargo, a veces encierran una sorpresa agradable. Acerqué el móvil a la cara del difunto y, gracias a que sus ojos estaban siniestramente abiertos, la pantalla se abrió de piernas como una meretriz del barrio rojo de Ámsterdam.

Mi primer impulso fue comprobar el registro de llamadas. En «Recientes» leí varios nombres, aunque que me eran desconocidos. Carlos. Fontanero. Pizzería. Eran llamadas emitidas o recibidas a lo largo del día. Ninguna a última hora de la tarde o por la noche.

Salí de la aplicación y volví a la pantalla de inicio. ¿Dónde más podía husmear? Descubrí que el icono de «Mensajes», en la primera fila, lucía el numerito tres en rojo: la cantidad de mensajes recibidos.

La abrí con ansia pensando que surgiría algún nombre conocido. Eché una ojeada a Giannis. Permanecía inmóvil y eso era una buena señal. La sangre ya había empezado a teñir la calzada. Algo más lejos, Chen se había acercado lo suficiente para plantarme en su coche en dos zancadas. Sentí la tensión de que en cualquier momento oiría las sirenas de la policía. Si me veían, no tendría escapatoria.

El primer mensaje decía: *Nos vemos en el Elysian en una hora*. Cuando quise averiguar el nombre del remitente, ocurrió una desgracia más. La pantalla del móvil se volvió negra como el carbón. Apreté varios botones a la desesperada pero sin éxito. Entonces apareció el logo del fabricante del aparato y después desapareció. ¿Se estaba reiniciando?

—¿Qué ha pasado?

Alcé la vista. Chen se había bajado del coche y miraba el cadáver con asombro. Mientras tanto el móvil seguía empeñado en no funcionar. Lo mandé al carajo y de paso a toda la tecnología absurda que nos invade. Cuando el teléfono fijo dominaba el mundo la vida era más sencilla.

—¡Vámonos! —le dije en dirección al Ford Mustang con un gesto imperativo de la mano.

—¿Está muerto? ¡Hay que llamar a la policía!

—No, guardamos demasiado secretos.

13

Después de recoger mi moto en casa de Chen fui directo a la casita de la piscina. Necesitaba un refugio para olvidarme de todo. Nos despedimos acordando no decir nada a Jun sobre el cadáver. Quizá en otro tiempo hubiera llamado a la policía desde una cabina pública de forma anónima para que recogieran al muerto. Sin embargo, en la actualidad la proliferación de móviles había ocasionado que estuvieran en extinción. Las cabinas solo podían encontrarse en estaciones de tren, aeropuertos o en los vestíbulos de hoteles, lugares vigilados por cámaras y, por lo tanto, susceptibles de grabarme. Giannis Espósito no merecía el riesgo.

Sería la una o las dos de la mañana cuando crucé el portal de la mansión. Accedí a la piscina a través del sendero de piedra. La imagen de la cara del italiano muerto me taladraba la cabeza. La situación había dado un giro hacia el lado oscuro, y yo en ese momento ignoraba cuál sería mi siguiente paso.

Me metí en la ducha, y permanecí unos generosos veinte minutos para satisfacción de las arcas de la compañía del agua. Las gotas calientes corrían por mi cuerpo, mientras frotaba con jabón para quitarme de encima el olor fétido, que solo existía en mi imaginación, del cadáver de Giannis. Yo era la última persona que lo había visto con un gramo de vida y no sabía cómo sentirme.

Me sequé con lentitud. Imaginé que la policía ya habría descubierto el cuerpo, que habrían delimitado el perímetro, y que después de identificarlo darían una patada a la puerta de su apartamento y lo registrarían. Se preguntarían qué hacía ese tipejo en el parque Elysian a esa hora.

En el dormitorio, me cambié y pensé que debía de deshacerme de toda la ropa, incluido el calzado, por si acaso cargaba con el ADN del difunto. La metí en una bolsa de basura y, vestido con una sudadera con capucha, amparado en las sombras de la noche, salí a la calle en busca de un contenedor lo más alejado de la mansión.

Cuando regresé a la casita, encontré a un niño dormido en el sofá. Tendría unos tres años y era negro. Por un momento creí que me había equivocado de casa y me había colado en la de algún vecino. Me acerqué en sigilo para comprobar que no era un muñeco o un robot, o ambas cosas. El niño estaba tumbado y enfundado en el pijama. Se le oía respirar con una calma ancestral. ¿Quién lo había dejado ahí?

Oí unos pasos en el pasillo, acercándose.

—Ahí estás —dijo Sarah—. Murray te vio salir hace un rato, pero

no sabíamos adónde habías ido.

—A hacer un pequeño recado.

Sarah cogió al pequeño en brazos, que no se inmutó. Seguía en un mundo onírico rico en peluches y golosinas. La imagen maternal de Sarah me enterneció, como si de repente se revelara una identidad secreta.

—Es el hijo de Brenda.

Lo que la convertía en una mujer aún más vulnerable en manos de Flynn.

—¿Cómo está ella?

—Sigue asustada. Ese cerdo de Tom Flynn no la deja en paz. Hay que tomar medidas. Le he dicho que se puede quedar unos días aquí. Estará más tranquila que en su casa.

—¿Qué quieres decir con que no la deja en paz?

—La sigue. Hay un coche aparcado todo el rato en frente de su casa. Ese enfermo está obsesionado.

—¿Y esta es la solución, dejarla aquí?

—¿Se te ocurre una mejor? Porque hablar con él no ha servido —dijo, y atisbé un centelleo de reprobación en su mirada.

Brenda apareció en el salón y me sonrió con tristeza. Sus ojeras eran profundas. Llevaba una bata de algodón similar a las que ofrecen en los hoteles. Se acercó a Sarah con pasos pequeños y sin hacer ruido, como si temiera despertar a su hijo.

—He leído otro comentario en el foro. Tiene pinta que es él —dijo Brenda, recibiendo a su pequeño en brazos—. Si quieres verlo está mi móvil, en el bolsillo.

Sarah lo cogió y lo giró hacia ella para desbloquear la pantalla con la cara. Después lo leyó en silencio. Al terminar, suspiró y se masajeó las sienes. Me senté a su lado y le pregunté qué ocurría.

—Existe un foro en internet donde los puteros puntúan a las chicas. Brenda piensa que Tom Flynn está detrás de uno de los usuarios, porque sus comentarios son crueles. Los clientes los leen y no quiere saber nada de Brenda.

—Y son mentira —añadió Brenda, enfadada.

Con su permiso, Sarah me enseñó el foro. Estaba dividido por estados y ciudades, así era más fácil localizar la información sobre cualquier chica. Leí los comentarios de un usuario llamado BigTower17 y se me revolvió el estómago. Mediante una plantilla desglosaba el encuentro sexual en diferentes epígrafes (la tarifa, resumen de la cita, si lo hacía con condón o sin, el nivel de implicación, si fingía o no, y la pregunta final: si volvería a contratarla). Sumando todas las respuestas se deducía que Brenda era una pésima profesional.

—¿Puedes replicar? —pregunté.

—No. Esos imbéciles pueden decir lo que quieran y no pasa nada.

Sarah dejó el móvil sobre la mesa. Se levantó y empezó a dar vueltas, frotándose las manos. No recordaba haberla visto tan preocupada.

—Lo único que se me ocurre —dijo ella, después de unos minutos—, es que te mudes a otro estado y uses otro nombre y, si puedes, cambies de aspecto, así nadie te reconocerá.

—Pero ¿adónde vamos a ir? —preguntó, como si le hubiera caído el mundo encima.

—No lo sé, ya lo veremos. Lo importante es que tu hijo y tú estéis seguros. Ese idiota puede ser capaz de cualquier cosa.

Cuando sonó la irritante alarma del móvil, ya llevaba despierto un rato. No me había resultado sencillo conciliar el sueño. Los sucesos de la noche anterior me habían dejado el cuerpo rígido y la mente espesa. Apoyé la espalda sobre el cabecero, y me quedé un instante mirando como un idiota la luz que entraba por la ventana. Supuse que habría dormido unas tres o cuatro horas.

No me apetecía trabajar en el gimnasio. Cualquier empleo de cara al público te obliga a llevar un antifaz y ese día mi ánimo flaqueaba. La muerte de Giannis no me afectaba, ya que aun sin conocerlo me pareció un imbécil; pero sí apoderarme del móvil, desbloquearlo con su cara sin remordimiento y salir pitando sin avisar a la policía. La parte vil y rastrera que anidaba en mí había emergido de repente y me notaba sucio de arriba a abajo.

Salí de la cama y me duché hasta que el vapor se convirtió en una densa niebla. Al regresar al dormitorio, reparé en varias llamadas perdidas de Jun. ¿Qué quería? Apreté el botón de rellamada. Se me ocurrió pensar que habían recuperado a Brysa, y que Chen y ella se sentían tan felices que me invitaban a una comilona para celebrarlo. Sin embargo, nada más lejos de la realidad.

—Chen está borracho como una cuba en un bar de mala muerte —dijo nada más descolgar—. ¿Le importaría recogerlo antes de que se meta en un buen lío? Yo no puedo.

—¿Borracho? ¿A esta hora?

—Me ha llamado para decirme que está en un bar del Hollywood, el Ever. No sabe cómo ha llegado. Gracias por su colaboración. Buenos días.

Oí un impertinente clic.

—¿Oiga?

La hija de puta había colgado.

Cuando pisé el salón me encontré con Brenda y su retoño, que

gateaba por el suelo como un robot aspirador. Ella reflejaba, con una mirada lánguida, una apatía considerable. Vestía con la misma ropa que la noche anterior: un top negro, unos vaqueros azul marino de marca y unos botines.

—¿Has dormido bien? —le pregunté.

—Más o menos, pero ahora me duele mucho la cabeza —dijo, sin despegar la vista del niño.

—Voy a salir. ¿Necesitas algo, una aspirina?

—Estamos bien. Se me pasará.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Sobre qué?

—Si quedarte en Los Ángeles o marcharte.

En el sillón, cambió de postura.

—Le estoy dando vueltas. Quizá no me venga mal un cambio de aires, pero no lo sé. Tengo que pensarlo.

Me despedí de ella, crucé la piscina y me subí a la Sportster rumbo al Ever. Mi estómago rugía de hambre, pero sabía que si me detenía a comer una hamburguesa con queso no la iba a disfrutar. Detestaba comer a toda prisa, sin saborear con calma el glutamato. Me imaginé a Chen tumbado sobre la barra, inconsciente, y emergió en mí un lado protector que necesitaba entrar en acción cuanto antes.

Una vez que lo entregara en su casa, sería un hombre libre. ¿Qué hace un hombre con su libertad? Nada del otro mundo. Llamar a Piper, quedar con ella, advertirla de que algo turbio flota a su alrededor.

El Ever estaba situado en una esquina haciendo chaflán y la fachada era de un amarillo macilento. El diseño del letrero, justo encima de la puerta, parecía encargado a un colegio para recaudar fondos. Crucé la calle y avancé rodeando unas obras justo en mitad de la acera. Al entrar, me saludó el rancio olor de la cerveza. Una mujer joven con tirantes y una camiseta blanca limpiaba un vaso, con la misma alegría que un reo ante la silla eléctrica. La saludé con un gesto seco de la cabeza y una sonrisa marca de la casa Mark Cannon, pero no se inmutó.

—¿Ha visto a un hombre asiático? —le pregunté.

—En la tele presentando el tiempo.

—No sabía que era un bar de comedia —dije, y la dejé ahí, rumiando la réplica.

A pesar de que la clientela era escasa, noté miradas penetrantes sobre mí. En medio de un aire caliente que me recordó el que corre por el metro, rodeé las mesas circulares y sillas. Apestaba a tabaco y me pregunté cómo había llegado Chen a acabar en un lugar así.

En un rincón, en medio de una espesa humarada, divisé a Chen, sentado a la mesa con la cabeza hundida entre los brazos. Llevaba uno

de sus polos de color chillón, fiel a su moda de pasar desapercibido. Estaba rodeado de dos tipos, uno con pelo largo y grasiento, y otro con pelo rizado pero que ya clareaba por la coronilla. El primero le enseñaba al otro algo en el móvil, que sonreía de una manera tontorrona.

—¡Chen! —exclamé.

Levantó la cabeza con lentitud y me miró como en medio de una ensoñación. Sus mejillas arreboladas parecían dos luces decorando un árbol navideño. Ambos tipejos endurecieron las mandíbulas, ya que había perturbado su calma interior.

—¿Qué coño quieres? —me preguntó el del pelo largo y grasiento. Llevaba un chaleco arrugado y barato.

—Me llevo a mi amigo —respondí, mientras tiraba del brazo de Chen para que se levantara, algo que le costaba por su estado de embriaguez.

—De eso nada —dijo, el del pelo largo, poniéndose en pie—. Aún nos tiene que pagar unas cuantas rondas más.

—También es nuestro amigo y los amigos pagan rondas —dijo el otro, también de pie.

Sobre la mesa había un nutrido grupo de botellas vacías. Estudié la expresión de los gorilas, y llegué a la conclusión de que andaban necesitados de un buen abrazo. Como para darme la razón, cada uno cogió una botella y la decapitó con estrépito sobre el borde, de tal forma que fue como si blandieran dos navajas. A medio metro de distancia de la mesa, Chen seguía en estado comatoso.

—¿Algún problema? —preguntó con arrogancia el que llevaba la voz cantante.

Bien, es hora de empezar la negociación, pensé. De un manotazo tiré unas cuantas botellas al suelo que se rompieron en añicos. Aprovechando la momentánea confusión, me giré a la izquierda hacia el del pelo rizado y con la mano derecha bien abierta, los cinco dedos separados a más no poder, en un movimiento veloz como un rayo, le agarré los cojones y apreté.

El tipo aulló de dolor. Entonces solté el paquete y al encogerse en un gesto de protección con ambas manos, lo empujé con el cuerpo para caer al suelo golpeándose con una silla.

—¡Johnny! —dijo el del pelo largo, estupefacto ante la primera baja del equipo nada más empezar.

Con los ojos desbordantes de rabia y aún esgrimiendo la cerveza como si fuera el arma definitiva, avanzó hacia mí gruñendo y enseñando los dientes, negros por la nicotina y la vida disoluta. Flexioné las rodillas, preparado para el asalto, cuando el tipo pasó cerca de Chen, que empezaba a despertarse, y este le zancadilleó. Si fue una casualidad fruto de una reacción espontánea de la pierna, o un

movimiento de samurái nunca lo sabré. El caso es que el del pelo largo se dio de bruces contra el suelo, poblado de colillas y covid-19. Para rematar la faena, le regalé un puntapié en las costillas a todas luces innecesario, pero fue algo así como la firma del artista de un cuadro, prescindible y a la vez necesaria.

Coloqué el brazo de Chen sobre mis hombros, lo sostuve por la cintura y enfilamos hacia la salida, tiroteados con los insultos de la camarera.

—¿Dónde está el coche? —le pregunté, una vez que respiramos el aire exterior que, aunque siempre contaminado, fue bien recibido.

Chen parpadeó, miró hacia la izquierda, después hacia la derecha y finalmente se encogió de hombros. ¿Había venido en coche? Descarté llevarle en la moto porque no deseaba que se cayera al suelo y se abriera la cabeza, por lo que pensé que un taxi sería lo apropiado. Sin embargo, ningún taxista con sentido común se prestaría a una carrera con un borracho, por lo que nos alejamos una manzana del Ever y dejé que se sentara sobre la acera, apoyándose en la fachada de un bar de vinos.

Vamos a casa, Mark… Brysa me está esperando, dijo, delirando, y de pronto se echó a llorar. Era un hombre superado por las circunstancias. No pude evitar sentir lástima por él, aunque no estaba muy seguro de por qué, por su obsesión enfermiza o por su corazón destrozado.

Durante el viaje en taxi, apoyó con melancolía la cabeza sobre la ventanilla y se mantuvo en silencio, la mirada perdida en el paisaje sin vida de edificios y calles muy similares entre sí. En realidad, no era más que un niño y yo era su niñera. Recibí una llamada que interrumpió mis pensamientos existenciales. Leí la pantalla: Nora. Mi jefa del gimnasio. Me apreté los machos y descolgué.

—¿Se puede saber dónde coño te metes? —preguntó con una voz cargada de óxido—. Hace una hora que deberías estar aquí currando como un cabrón.

—No he podido. Tengo problemas personales.

—¡Me importa una mierda!

La imaginé en el cuartucho que tenía por despacho, siempre oliendo a sudor, y con una ventana que no se abría desde el siglo pasado. Hablaba tan alto que todo el gimnasio la estaría oyendo.

—Te compensaré. Haré un turno doble mañana.

—¡Y una mierda! ¡Despedido!

—Venga, Nora. Solo porque falto un día. ¿Es eso justo?

—¡Quiero gente responsable y trabajadora y no holgazanes! ¡Y quiero que devuelvas el uniforme mañana mismo!

Colgué siendo ya un número más en la cola de los desempleados. No es que ambicionara ser el manager del gimnasio, pero al menos el

puesto me generaba un dinero para mis gastos. En cuanto dejara a Chen en su casa, me pondría con el Word a actualizar mi curriculum. Me sentí frustrado por saltar de un trabajo a otro; desprovisto de estabilidad alguna con la que enfrentarme al futuro. A mis cuarenta y tres años sentía que me quedaba escaso margen para la maniobra. Basta ya de pensar con el miembro, Mark. Tienes un hijo que un día se mirará en ti, ¿y qué verá?

Reconocí la calle de Chen, Figueroa Terrace, así que me giré para avisarle.

—Ya estamos llegando a casa.

Chen se removió en el asiento y miró hacia delante. Parecía recuperado aunque sus ojeras indicaban que seguía resacoso. Sin embargo, algo fuera de lo común debió de ver porque de repente se movió, inquieto.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

En frente de la casa había un coche de la policía. Chen y yo intercambios una mirada tensa.

—Aparque ahí mismo —le ordené al taxista.

—Tal vez sea una coincidencia —musitó Chen, nervioso.

—Vamos a averiguarlo —dije—. Págale.

—¿Eh?

—Que pagues la carrera.

—Ah, sí, claro. ¿Cuánto es? —preguntó, inclinándose hacia delante.

—Setenta y cinco pavos.

Me bajé primero y estudié el coche patrulla. No había nadie en su interior, lo que significaba que se encontraban en alguna vivienda, seguramente la del matrimonio Lin. El barrio se mantenía en calma, como si fuera habitual que la autoridad visitara a un vecino para tomar un poleomenta.

Chen bajó y, tambaleante, subió la escalerilla mientras el taxi se alejaba dejándonos a nuestra suerte.

—Relájate, seguro que no es nada grave —dije a Chen, tomándole del brazo.

La puerta se abrió y vi a dos policías, un hombre y una mujer, que escoltaban a Feng, quien, esposado, mantenía una expresión displicente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Chen, pálido como un fantasma.

—Que se lo cuente su esposa —respondió la policía sin mirarle.

Metieron a Feng en el coche, se subieron y se marcharon cuesta abajo.

14

Cuando Jun nos vio cruzar el umbral de la puerta, corrió a abrazarse a Chen como si llevara desaparecido un lustro. Esa muestra de cariño y desesperación me dejó estupefacto. Hasta entonces la había considerado como una mujer estricta y gélida, y ahora se desvelaba como todo lo contrario, alguien con una angustia en su interior que necesitaba ser expresada. Aquella expresión de cariño y consuelo acabó de despertar a Chen, quien con el ceño fruncido se esforzó en abrazar con consistencia a su esposa, mientras tomaba conciencia de la situación y recuperaba algo de la dignidad perdida en la mesa del Ever.

Caminaron hasta el salón, en silencio. Por un momento pensé que habría tenido lugar una escena violenta entre Feng y los policías, pero el mobiliario permanecía inalterable en su orden sofisticado y pulcro.

—¿Y Concha? —preguntó Chen.

—La mandé a hacer la compra hace una hora. Estará a punto de volver.

Se sentaron en el sofá y Chen la cogió de la mano. Jun me miró y bajó la cabeza, como avergonzada de exponer su vulnerabilidad.

—Cuéntame qué ha sucedido.

Jun dejó escapar un largo suspiro. Después, sonrió y negó con la cabeza, sin duda incrédula ante el hecho de presenciar cómo la policía se llevó a su cuñado.

Fue todo muy rápido, empezó diciendo. Lo que contó fue que Feng y ella estaban viendo la televisión cuando llamaron a la puerta. Jun fue a abrir y se llevó la mano al corazón al ver a una pareja de policías. Le preguntaron si conocía a Feng. Ella dijo que sí. Después le preguntaron si sabía dónde estaba. Ella, titubeando, respondió que estaba en el salón. Preguntaron si podían hablar con él y respondió que sí. Justo cuando entraron, Feng bajaba alertado por la conversación.

Le preguntaron si conocía a Giannis Espósito y respondió que sí. ¿De qué? Es mi amigo. ¿Cómo lo conoció? En una fiesta de cannabis. ¿Hace cuánto? Unos meses, pero no pienso responder a más preguntas hasta que me digan qué ha pasado. Giannis Espósito está muerto. ¿Qué? Imposible. ¿Dónde estuvo anoche entre las diez y doce? En casa. ¿Solo? No es asunto suyo.

Jun contó que la policía le dijo que les acompañara a comisaría o lo detenían en ese momento. Feng les gritó y después les escupió en la cara. Sí, les escupió y ellos se abalanzaron sobre él y le pusieron las

esposas.

Cuando terminó su breve relato, se produjo un instante de silencio en el que los tres no sabíamos qué añadir. Recordé que Feng nos había contado a Chen y a mí que conoció a Giannis en una discoteca. ¿A quién mintió, a nosotros o a la policía?

—Hay que llamar a la abogada —dijo Chen, al fin.

Jun se masajeó la sien.

—Mejor le llamo yo, pero antes me voy a tomar una aspirina —dijo, y se marchó a la cocina.

Chen se frotó las manos en los pantalones, nervioso, y se puso de pie, frustrado. Caminó hasta la ventana y, con los brazos en jarras, suspiró contemplando el jardín. Entonces se giró hacia mí:

—¿Cómo se ha podido enredar todo tanto?

—No eres el único que se hace esa pregunta.

Me levanté para contemplar también el jardín, a un metro de Chen. Era amplio, con el césped bien cuidado y rodeado por impenetrables setos. Daban ganas de pasear descalzo y sentir la primavera en la planta del pie.

—No lo entiendo. ¿Se conocieron en una fiesta de cannabis? —preguntó Chen—. Pero ¿no dijo que fue en una discoteca?

—Sí, lo dijo.

—Pero ¿existen esas fiestas?

—Hace muchos años, cuando era ilegal para uso recreacional, fui a una. Son un puñado de flipados haciendo listados de cuáles son las mejores películas sobre la marihuana. Siempre gana *Miedo y asco en Las Vegas*.

—No la he visto.

—¿Crees que tu hermano es capaz de asesinar a alguien? —pregunté a bocajarro.

La historia de la civilización estaba llena de criminales con apariencia de osos amorosos. En realidad, dos hermanos nunca se acaban de conocer en profundidad. Chen se dejó caer en el sofá. Le vi envejecido.

—Lo dudo. Siempre fue la oveja negra de la familia, un alma descarriada metida en peleas y cosas así, pero de ahí a matar a alguien. Si lo hizo fue en un arrebato o un accidente. Lo dudo, pero yo no pondría la mano en el fuego por nadie.

—Ni siquiera por tu hermano.

—Así es —dijo, encogiéndose de hombros.

—Supongo que quién mató a Giannis tiene a Brysa.

—Y el dinero.

—El mensaje que leí en el móvil no creo que sea del asesino, porque si no sería imbécil. La policía rastrearía el número enseguida, a no ser que fuera un número de prepago.

—Encrontarían la tienda dónde se vendió y buscarían en las cámaras de seguridad alguna imagen. Lo he visto en la tele.

—Tengo una idea. Voy a hablar con el padre de Piper. No sé si le mintió a su hija con lo del contrato con Robotics, pero me da mala espina.

—¿Para qué quieres hablar con él?

—Quiero saber si está implicado en todo este lío con Giannis. Recuerda que les vi discutir en el Imperium.

Jun regresó de la cocina. Había recuperado la rígida compostura tan propia de ella. Se dirigió a su marido.

—La abogada dice que va para la comisaría ahora mismo.

—Espero que le ayude.

—Deberíamos ir nosotros también.

Chen resopló.

—Me siento como una mierda, estoy destrozado.

La idea de Chen en una comisaría me pareció pésima, dado que había estado en la escena del crimen, pero, claro, Jun lo ignoraba.

—Es tu hermano —dijo ella, como si no fuera necesario decir nada más.

Chen cerró los ojos y descansó la cabeza sobre el mullido respaldo del sofá. Respiró como si fuera un moribundo. En sus venas aún corría abundante alcohol.

—Como quieras —dijo, con gran esfuerzo—, pero antes necesito pegarme una ducha y echarme un rato.

Contuve el aliento por unos segundos. Después miré a Chen para que se percatara de mi preocupación por que fuera a la comisaría, pero me ignoró.

Sin nada más que añadir, me despedí de ellos y, con el estómago rugiendo de hambre, subí a la moto y emprendí la marcha hacia el apartamento de Piper. Pensé en Feng y empecé a especular. Giannis tenía pinta de ser un follador nato. Feng, enamorado hasta la médula. Quizá rompió con Feng porque ya no era útil para sus planes, y él no pudo superarlo.

Antes de dejarme caer por el apartamento de Piper, efectué una parada en casa de Kim para ver a Josh. Quería saciar el mono de instinto paternal. Nada especial, levantarlo en volandas, unas cosquillas por aquí, una risita por allá. En un mundo cruel repleto de frustraciones, mi hijo se había convertido en una burbuja en donde el tiempo y el espacio se suspendían.

Al verme en la puerta, Kim esbozó una sonrisa tan fría que hubieran podido contratarla de inmediato en una funeraria. Me dijo

que habían invitado a Josh a un cumpleaños y que ya llegaban tarde. Me hubiera cambiado en ese instante por él. Vivir una tarde disoluta a base de refrescos y chucherías, olvidarse del pasado y del futuro, y solo centrarse en el presente es lo que distingue en realidad a un niño de un adulto. Si ya de adulto no eres capaz de rescatar con frecuencia al niño que llevas dentro, caerás en la red de la industria de los cursos de meditación.

Mientras Kim esperaba en el coche, dispuse de unos minutos a solas con Josh bajo la advertencia de que no podía ni despeinarlo ni desarreglar su indumentaria, en la cual ella había invertido una eternidad para que luciera en la fiesta. Lo cogí en brazos y le pregunté cómo estaba. Me dijo que bien, y que mamá le había comprado un pijama. Le pedí que se portara bien y le obsequié con una breve dosis de cosquillas en la axila. Su risa me quitó un par de años de encima.

—Este mes me retrasaré un poco con la pensión —le dije, cuando le devolví a Josh.

—Mark. ¿Qué ha pasado?

Me apoyé sobre la puerta del coche. Ella estaba sentada frente al volante.

—Me fui del gimnasio.

—¿Y eso?

—No es un lugar serio para trabajar.

Kim se encogió de hombros.

—Tú sabrás —dijo, decepcionada—. ¿Tienes un plan?

Tomé aire.

—Aún es pronto para contarlo. Cuando esté maduro te lo contaré —dije, improvisando.

Ella esbozó una tierna sonrisa.

—Confío en ti, Mark.

Los vi alejarse. Me despedí de Josh agitando la mano.

Unos minutos después aparqué la moto delante del portal de Piper. Le había llamado desde la casa de Kim, pero no había contestado. Aun así, me dije que debía hablar con ella para hacerle unas preguntas y advertirle de que las cosas se habían precipitado. Había que andarse con ojo.

Llamé al telefonillo. Dije que era Mark, abrieron y entré. Un minuto después llamaba a la puerta del apartamento. Me abrió Rose, la hermana *voyeur*. La luz del pasillo iluminaba su cara. Era una criatura menuda de hombros caídos y cintura abultada. Llevaba el cabello recogido en un moño bibliotecario. Sus ojos eran grandes e inquisitivos.

—¿Quién eres? —preguntó, dibujando una sonrisa tan cálida como un verano en el Polo Norte.

—Aunque esté vestido me conoces de sobra —dije, entrando con

brusquedad.

Me planté en medio del salón. Piper no estaba. Bajo el efecto de la luz del atardecer que entraba a raudales por la terraza, parecía más amplio de lo que recordaba. Reparé en un portátil abierto sobre el sofá de cuero. La hermana debía de estar metida en internet cuando llamé al timbre.

En el camino al dormitorio, me encontré a Piper en el baño. Se maquillaba. Llevaba el cabello rizado, chaqueta de cuero y unos vaqueros que se ajustaban al contorno de los muslos como un guante. Me invadió el aroma a recién duchada. La miré a través del espejo. No pude evitar apoyarme en el marco y sonreír como un Casanova rancio.

—Me están esperando —dijo, mientras se rizaba las pestañas.

—¿Sabes que han asesinado a Giannis Espósito, verdad?

Se detuvo y me miró como si le hablara en chino.

—¿A quién?

—Tu padre lo conoce. Trabajaba para Realistic Robotics y estaba metido en algo muy sucio.

—Ah, no lo sabía —dijo, y continuó con el siguiente ojo.

Cabreado, la cogí del brazo.

—¡Escúchame, Piper, esto no es un juego! ¡Es peligroso! ¿Me entiendes?

Se zafó de mí.

—¿Te piensas que porque hemos follado una puta vez te da derecho a preocuparte? ¿Quién te crees que eres? ¡Déjame tranquila!

—¡Joder, solo te pido que tengas cuidado!

—¡Muy bien! ¿Algo más quiere el señor?

Alcé las manos en son de paz y di un paso atrás.

—¿Vas a trabajar? —le pregunté.

—No pienso decirte ni de coña adónde voy a ir esta noche.

—No es lo que te he preguntado.

Guardó el rizador en el frasco, se acercó a mí y me cerró la puerta en las narices. La rabia corrió por mis venas como la cerveza en una taberna irlandesa, abundante y descontrolada. Tragué saliva y maldije la idea de hablar con ella para prevenirla. Justo cuando me marchaba del apartamento la oí a través de la puerta, dirigiéndose a mí.

—¡Ya te llamaré cuando quiera follarte otra vez!

15

Hacia las once de la noche llegué al Imperium. Era hora de hablar con Harvey y apretarle las tuercas. Giannis había sido asesinado y me preguntaba qué opinión tendría al respecto. Brysa no estaba ni el apartamento de Feng, ni el de Giannis. Faltaba por registrar donde fuera que viviese Harvey y también Eva.

¿La muerte del italiano me ayudaría a recuperar a Brysa? Lo ignoraba. Quizá la robot ya estuviese desmontada en un sucio trastero, pero al menos debía seguir molestando hasta encontrarla. Intuí que había algo más que recuperar a una robot sexual. A Chen lo había transformado por completo hasta situarlo al borde del delirio, Giannis estaba en el otro barrio, y a mí su parecido con Piper empezaba a afectarme.

Justo la noche anterior había sufrido una pesadilla. Me encontraba flotando en lo más profundo de un mar o un lago, rodeado de una inmensa oscuridad. Intuí que algo inminente y grave estaba a punto de ocurrirme, y noté mi cuerpo tenso. Por extraño que parezca, aguantaba la respiración manteniendo los ojos abiertos sin problema. De repente, sentí un frío abismal. Estaba congelado de los pies a la cabeza. Sin motivo aparente, me giré y fue entonces cuando la vi acercarse. No pude distinguir si era Brysa o Piper. Solo que estaba desnuda. Su melena rubia y larga ondeaba delante de mí. La miré y descubrí con espanto que le faltaba un ojo. En su lugar había un agujero tan negro como el fondo de una cueva.

Me acodé en la barra. El ambiente era un tanto desangelado, se veían demasiadas mesas vacías y las chicas formaban corrillos donde reinaba la apatía. La cara del camarero no me resultaba familiar, pero sí su indiferencia. Tardó en atenderme un siglo. Le pedí una cerveza y me sirvió las dos de una vez.

Sonaba una canción soporífera, probablemente de la primera década de los dos mil. La época en la que la música se fue a la mierda. En el escenario, una negra entrada en carnes bailaba con efusión. A decir verdad, me sorprendieron sus movimientos; de una gran plasticidad que reflejaban una fluida relación entre la barra y su cuerpo. Por un momento, de tan absorto que estaba, me olvidé de la razón por la que había acudido al Imperium.

—¿Has visto a Harvey? —le pregunté al camarero.

—¿A quién? —preguntó con cara de asco.

—Al padre de Piper.

—No lo conozco.

Cabreado por la inutilidad del camarero, me mudé a una de las mesas. En las películas, los camareros son siempre un pozo de gozosa información, sin embargo, en la vida real detestan su trabajo. No habían pasado ni dos tragos de birra por mi garganta, cuando una chica morena y con un bikini blanco se sentó frente a mí. Tenía un tatuaje en el brazo del logo del Imperium.

—Sé quién eres —dijo, guiñándome un ojo—. Mi ex solía ponerme pelis tuyas para que me entonara.

—¿Y funcionaba?

—No mucho —dijo con un mohín de disgusto—. Me llamo Amber. ¿Me invitas a una copa?

Asentí. Ella se pidió una copa de champaña del más caro. Me fijé en un lunar cerca de la comisura de los labios, que pertenecían a una sonrisa ancha y radiante. Su nariz era alargada, sus ojos marrones y las cejas finas y alargadas. Todo ello y su mentón afilado me recordó a una actriz llamada Gina Gherson, célebre por interpretar a la rival de la protagonista de *Showgirls*. Sí, había algo de esa actriz en Amber.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

—Unos seis meses. Y tú, ¿dejaste el cine?

—Me casé, tuve un niño y monté un gimnasio que fracasó.

—¿Y qué pasó con todo el dinero que ganaste?

—Se perdió en la noche.

—Sé de lo que hablas, yo tampoco creo en el ahorro —dijo, y cruzó las piernas—. La economía ha de fluir. Es la base de este país.

—Esa es la filosofía de lo veinte a los cuarenta años. Después tu cuerpo no es el mismo y cambias de mentalidad.

—Quieres decir que llegan las responsabilidades.

—¿Eres madre?

—No, y no pienso serlo.

—¿Por qué?

—No lo sé —respondió, y después tomó un sorbo de champaña—. Bueno, sí lo sé, me falta vocación. Ni siquiera tengo una mascota.

—Una mascota puede darte mucho cariño.

—No me gusta la gente que tiene perros. Es como si necesitaran ser dueños de algo. Es peligroso. La gente puede ponerse rollo obsesivo, ya sabes. ¿Por qué la manía de ejercer control sobre algo o alguien?

—También puedes comprar una tortuga —dije, esforzándome por no sonar irónico.

Me hubiera encantado seguir conversando, pero el tiempo apremiaba, así que le pregunté por Harvey.

—Lo he visto hace unas horas. Bajó a los camerinos y nos invitó a la bolera. Estaba muy cariñoso, como siempre.

¿Harvey, cariñoso? Pero si tiene pinta de un bull-dog francés, pensé.

—¿Y qué pasó después?

—Ninguna de las chicas quiso ir. Harvey insistió, dijo que él invitaba y que se lo pasarían en grande, pero dio igual. A nadie le apeteció.

—¿Es normal que el tío este invite a todo el mundo?

—Qué va, está tieso.

Alrededor de una media hora después aparqué la moto frente a la bolera de Highland. Quizá después de todo me encuentre a Piper, pensé. No me hubiese importado, aunque preferí la oportunidad de conversar a solas con Harvey. Tenía claro que él sabía dónde estaba Brysa. Dediqué unos minutos a reflexionar sobre qué actitud adoptar, si la de un hombre cordial o un listillo.

Me llegaba el bullicio de las conversaciones, música y los bolos rodando por la pista. Me acordé de Feng y lo imaginé aún en la comisaría, respondiendo a las preguntas en una sala de interrogatorios. Era el sospechoso número uno de la policía, lo que significaba que el mensaje al móvil que había leído en el coche podía haberlo enviado él.

Entré en la bolera y busqué a Harvey con la mirada. No lo encontré. Fui al servicio por si acaso estaba entablando una conversación con el urinario. Me encontré a varios tipejos pero ninguno era Harvey. Aproveché para mirarme al espejo. Siempre me han suscitado curiosidad. Según la luz, me veo diferente cada vez que veo mi reflejo. Recuerdo una vez que no me reconocí y tuve miedo.

Me atusé el cabello y descubrí con espanto una cana. Llevaba toda la mañana sufriendo una molestia en el omoplato, un gesto brusco al levantarme de la cama. ¡Qué mal estaba envejeciendo! Y aún me quedaban décadas por delante. Ya notaba la falta de resuello al subir las escaleras. Me entraron ganas de descargar mis mierdas con un psicólogo. Solo había ido una vez en mi vida, después del divorcio de Kim. Se me escapó una lágrima que cruzó el ancho mundo de mi mejilla. Entonces recordé una enseñanza del bastardo de mi padre: si lloras en público, nunca seques las lágrimas porque pensarán que te avergüenzas.

Al salir, vi a Harvey en la barra, al parecer su hábitat natural. Se encontraba parloteando con una mujer de una edad similar a la suya. De vez en cuando soltaba una risa estruendosa y le tocaba el brazo para que ella se habituara a su contacto. Esperé con impaciencia hasta que el numerito finalizara, pues debía respetar las necesidades de Harvey. Pasados unos minutos, ella garabateó algo en una servilleta, se la entregó y se fue. Aproveché el subidón de autoestima para acercarme.

—Enhorabuena, Harvey —dije, muy serio.

Me miró con extrañeza, como si no recordara quién era yo. Se

guardó la servilleta en el pantalón del bolsillo.

—Tengo que hablar contigo —dije.

—¿Sobre qué?

—Giannis Espósito.

Puso cara de corte de digestión.

—Olvídame, idiota —dijo.

Hizo el ademán de alejarse, pero yo le persuadí con una sucia mentira.

—Tengo el contrato que firmaste con Realistic por la cesión de derechos de la imagen de tu hija, a sus espaldas. Seguro que si se lo doy lo encuentra interesante.

Tomó aire y me dedicó una mirada llena de odio.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Dónde está Brysa?

—No lo sé, ni me importa.

—Dame algo de información, o le entrego el contrato a tu hija. ¿Quién la robó de casa de los Lin?

—Me lo ofrecieron, pero me negué en redondo. Tenía información sobre la casa, muy buena información pero pasé del tema. No quiero líos.

—¿Dónde estabas anoche cuando mataron al italiano?

—En casa de Piper y Rose. Oye, me tienes harto con tus preguntas, ¿quién te crees que eres, la policía?

—¿Quieres que te diga quién soy, eh?

—Vete a la mierda.

—Soy el tipo que quiere una parte del dinero que ganaste del secuestro de la jodida robot.

Su cara se puso lívida, como si hubiera visto un muerto.

—Estás completamente loco.

—Han detenido a Feng, ¿lo sabías?

—¿Quién coño es?

—El novio de Giannis, por eso Feng sabe mucho —dije, mirándole fijamente—. O me das una parte o voy a la policía a decirle lo que sé de ti.

—Tengo coartada, ya te lo he dicho.

—La policía no es estúpida, sospechará. Todo ese dinero que estás dilapidando como si no hubiera un mañana… Encontrarán una conexión entre el italiano y tú, el Imperium, llamadas, mensajes, yo qué sé… Además, un tipo como tú, ¿quizá con antecedentes penales? La policía se frotará las manos contigo. Eres carne de prisión.

Apretó las mandíbulas y miró a su alrededor. Su única neurona pensaba a una velocidad endiablada.

—Está bien, dame unos días para reunir algo de dinero.

Harvey me pareció tan adorable que casi le pellizco los mofletes.

—¡Y una mierda! Vamos a tu casa. Ahora.

Nos encontrábamos al sur del centro de Los Ángeles, no muy lejos de las Torres Watts. Harvey detuvo su coche, un Saab rojo convertible de segunda mano, con pinta de haber dado un par de vueltas al mundo. Vivía en la casa más fea que había visto en mi vida. Era un cubo de dos plantas que me recordó a un hangar, construido sobre una base de grava y a su alrededor solo se veía una solemne oscuridad.

—¿Vives a lo grande, eh? —pregunté, supurando ironía.

Me miró de perfil mientras sacaba las llaves del contacto.

—¿Dónde vives tú, listillo?

En la casita de una piscina propiedad de una vieja amiga, pensé. Todos tenemos un talón de Aquiles.

Abrió la puerta y se bajó del coche. Estaba a punto de hacer lo mismo cuando un pensamiento me paralizó, como si sintiera la obligación de escucharme a mí mismo.

Una voz interior me preguntó que qué cojones hacía ahí.

Harvey podía ser un asesino y yo iba a entrar en la boca del lobo. ¿Cómo había llegado a esta situación? La única respuesta que parecía certera aquella noche era que ansiaba apoderarme del dinero de Chen. Así de crudo. Cincuenta mil dólares era una cifra que seducía a cualquiera. No iba a convertir a nadie en millonario, pero al menos generaba una corriente de súbita alegría como pocas experiencias en la vida.

En mi caso, ayudaría a salir del hoyo existencial en el que me encontraba pagando el alquiler de un apartamento, y saldando las cuentas pendientes con Kim. En cuanto al remordimiento de sustraer un dinero que pertenecía a Chen, me ayudaba a sentirme menos culpable pensar que para él era calderilla. La verdadera pregunta era ¿merecía la pena el riesgo de meterse solo en esa casa siniestra?

Valoré mis opciones. En caso de pelea, Harvey no era un alfeñique, se conservaba bien para su edad, pero había bebido. Durante el trayecto hacia su casa, otros conductores le habían pitado por invadir el carril en el mismo sentido. Su reacción, lenta y torpe, demostraba un precario dominio de sí mismo, lo que significaba una ventaja adicional para mí. No obstante, extremar la precaución siempre es una buena política, así que, por si acaso, envié un mensaje al móvil de Murray con mi localización. En caso de que desapareciera, al menos la policía dispondría de una pista para encontrar al culpable.

Con los dedos en la manija de la puerta del coche, tomé aire y suspiré. Antes de abrir, me recordé a mí mismo que si Harvey empuñaba un arma, me marcharía sin oponer resistencia. La vida era

jodida, pero no tanto para perderla a lo tonto.

Por fin, bajé del coche. Por un lateral de la fachada, descubrí tres ventanas estrechas y alargadas, y dos tuberías verticales. Supe enseguida que el arquitecto de la casa debía de ser invidente.

—¿Vives solo? —pregunté.

—Sí, mis hijas se independizaron hace ya tiempo.

Eché un vistazo a mi espalda. A lo lejos atisbé un poste eléctrico y más casas espantosas, entre las que sobresalía un cartel publicitario de un tipo con traje vendiendo algún servicio legal que nadie requeriría.

—¿Dónde coño está la entrada? —gruñí.

Harvey, en silencio, caminó hacia uno de los garajes, metió una llave y tiró la puerta hacia arriba con un crujido metálico. Se encendió una lucecita de emergencia del techo que alumbró el caos más absoluto. Estantes atiborrados de cajas de cartón deterioradas, monitores con la pantalla rota, libros a montones, e incluso ropa doblada de cualquier manera. Apenas se distinguía el suelo, atiborrado de mesas y sillas. Distinguí también un par de neumáticos de tractor.

Me hizo un gesto para que pasara yo el primero, pero le devolví otro para que se ahorrara la cortesía, así que le seguí a través de la jungla de la anarquía. Me llegó un olor rancio a comida caliente. Subimos unas pequeñas escaleras, y llegamos a un pasillo largo y con una alfombra beige con los bordes ennegrecidos. Era fina y estaba decorada con signos estrafalarios en varios colores. A todas luces, un toque de diseño femenino y me pregunté qué tipo de mujer se habría casado con Harvey.

Imaginé que la pudo haber conocido en el instituto, que su primera cita fue en una hamburguesería y que perdieron su virginidad en la tercera, en el coche de sus padres. Ninguno fue a la universidad y ambos se volcaron en encontrar un oficio digno que permitiera comprar una casa. Por eso, Harvey probó infinidad de trabajos: ¿guardia de seguridad? ¿cocinero? ¿mecánico? Se habrían casado jóvenes y con la desaprobación paterna.

Por la edad de Piper, les costó tener hijos, quizá porque el semen de Harvey era de baja calidad, pero lo lograron. Después de criarlas, se divorciaron por puro hastío. Ahora Harvey la echa de menos y no soporta que se folle a otro, quien además puede ser un amigo común.

Mientras caminaba detrás de él, me fijé en su cuello grueso y en los pliegues de la piel que se veían profundos como surcos.

—Siempre he tenido curiosidad, ¿cómo llegaste a ser representante de tu hija? —le pregunté para distraerlo de tenderme una trampa, consciente de que los hombres no podemos gestionar dos asuntos a la vez.

Su voz resonó por las paredes que, en algunas áreas, rogaban por una mano de pintura. Pasamos por delante de varias puertas que

estaban cerradas.

—De pequeña, yo llevaba a Piper a los concursos de belleza. Y si había que coger el coche y meterse cien, doscientas, trescientas millas o lo que fuese, se hacía y punto.

Se detuvo y, mostrando su perfil, me miró.

—Yo siempre creí en ella —dijo señalándose el pecho, después reanudó la marcha—. ¿Me comprendes? Cuando tuve seis o siete años la llevé a castings de anuncios y la cogieron en muchísimos. Yo estudiaba el guion con ella. A veces con su madre, pero no muchas. Ella estaba más pendiente de Rose, la verdad, quizá porque fue su primera hija.

Se detuvo de repente, oí el clic de un interruptor, la cocina se iluminó y más allá, el salón. El fregadero estaba lleno de platos y sartenes, sumidos en un líquido nauseabundo. El entarimado crujió a nuestro paso. Reparé en unas escaleras con barandilla que debían de conducir a la segunda planta, seguramente otro museo de los horrores del diseño.

—Cogió una rabieta muy grande, pero que muy grande —continuó—, cuando le dijeron que no servía para ser actriz, pero podía ser bailarina o modelo o lo que cojones quisiera. Ahora quiere ser directora de cine, y será una muy buena.

Harvey ya se encontraba en el salón, enmoquetado y con un sofá de piel colocado frente a un televisor enorme. Había hojas de periódicos de Los Angeles Times por el suelo, aquí y allá, en las que las fotografías mostraban a jugadores de béisbol, así que deduje que sería un fan. En una pared colgaba una diana con varios dardos clavados en el centro, y justo enfrente, al otro lado, las tres ventanas estrechas que había visto afuera. Un piso ideal para los solteros maduros. Me pregunté si Giannis conocía la vivienda. Tal vez urdieron el robo de Brysa aquí mismo, pensé.

—¿Dónde guardas el dinero? —le interrumpí, antes de que me contara la biografía completa de Piper.

Harvey me apuntó con el dedo, echó el cuerpo atrás y dejó escapar una risotada.

—¿Qué crees, que soy tan idiota para decírtelo?

—Había que intentarlo.

—¿Cuál es tu precio por cerrar la boca?

—Diez mil.

—Eso es mucho. Cinco.

—Diez mil.

—Parece que va a ser una negociación larga.

—El dueño de ese dinero se llama Chen Lin. Podría denunciarte a la policía.

—Ocho mil es mi última oferta.

—Diez.

Harvey resopló como un niño.

—Es mucho dinero por no hacer nada —dijo.

—Justo lo que has hecho tú también, nada.

—¿Y quién coño eres? Todavía no lo acabo de pillar.

—Digamos que estoy haciendo un favor a un amigo.

—Me parece que el favor te lo quieres hacer a ti.

—Ve a por el dinero, Harvey. No tengo toda la noche.

Infló el pecho, se cruzó de brazos y soltó un eructo.

—A ver, repite lo que vas a hacer si no te doy nada y te doy una patada en el culo.

—Ya te lo he dicho en la bolera. Tú verás lo que haces.

—Nueve mil.

Harvey era como un niño jugando a las apuestas.

—Muy bien —dije, cansado—. Nueve mil.

Hizo una mueca de triunfo.

—El dinero está en el piso de arriba. Espérame aquí —dijo, dando un paso, pero le impedí que avanzara con un gesto de la mano.

—Ni lo sueñes. Voy contigo.

—¿Por qué?

—Voy contigo —insistí.

Abrió los brazos y me enseñó las palmas de la mano.

—Soy un hombre de palabra.

—Y yo uno precavido.

—Pues entonces no sé qué haces aquí.

—Yo sí, y eso es lo que cuenta.

—¿Cómo sé que cuando tengas el dinero vas a estar calladito?

—Te entregaré la copia del contrato con Realistic Robotics.

—Puedes tener cien copias en tu casa. ¿Cómo sé que no me pedirás más dinero?

—¿Qué dinero? Si te lo vas a fundir en dos semanas.

Harvey se rascó la cabeza. No había pensado en esa posibilidad, claro.

—Ahorraré algo para la jubilación.

—Sabes que no vas a ahorrar nada. De hecho, esta noche ya has empezado a fundirlo.

Supuse que por efecto del alcohol, la piel de Harvey se enrojeció en las mejillas y la nariz. Parecía como si alguien hubiera accionado un interruptor. El nuevo color le daba un aspecto de borrachín más acusado.

—Muy bien, tú ganas. Sígueme —dijo, sonriendo.

Manteniendo una distancia de seguridad como de metro y medio, subí por las escaleras detrás de él. Empezó a silbar distraídamente, como si estuviera paseando por el parque en una tarde otoñal. Me

extrañó, ya que es una costumbre en desuso. No recordaba la última vez que había oído a alguien silbar, quizá en un baño público. A decir verdad, Harvey silbaba regular; el aire no salía puro de su boca, sino que sonaba amortiguado.

Al enfilar el segundo tramo de las escaleras, vi el vestíbulo enmoquetado del segundo piso. Las paredes presentaban algún desconchado que otro. Qué diferencia con el apartamento de Piper y Rose. Pulcro, elegante, moderno. Las cenas de Navidad debían de ser muy amenas, con una *stripper*, una *voyeur* y un padre asesino que vive en una suerte de hangar.

Entonces las cosas se torcieron para mí.

Harvey cambió de registro. De repente, su silbido cambió de una melodía espontánea a dos silbidos cortos y agudos. Después, calló de golpe. Oí un ruido a lo lejos desde alguna habitación. El ruido se convirtió en unos pasos cortos y acelerados. Venían hacia nosotros. Bueno, en realidad hacia mí.

Harvey continuaba subiendo las escaleras apoyándose en el pasamanos. Oí un gruñido. Los pasos cortos y acelerados se materializaron en una mancha oscura que captó toda mi atención. Tenía hocico, cuatro patas y unos colmillos tan afilados como los de un inspector de Hacienda. ¿La raza? Un dóberman.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, Whisky —dijo Harvey, con calma.

El chucho saltó desde el rellano dispuesto no a morder, sino a destrozar; incluso, por qué no decirlo, a asesinar. Whisky me pareció un nombre original, sin embargo, se contradecía con la imagen de fiereza que corresponde a esta clase de perros. Ron, por ejemplo, hubiera sido más apropiado. Ya sabes lo que tienes que hacer, Ron. Sí, sin duda, hubiera resultado más atemorizante.

Alcé el antebrazo izquierdo para protegerme; la única reacción posible, ya que el ataque de Whisky era inminente. Sentí sus colmillos clavándose con ira en la piel y tocando los huesos, el cúbito y el radio. Una punzada de dolor intenso recorrió mi sistema nervioso. Como pude, encogí el antebrazo y di un paso atrás para zafarme, pero el chucho no me soltaba. Le propiné una batería de puñetazos en el costado. Nada, Whiskey seguía incólume. Sus ojos, oscuros como su piel, estaban como idos.

De refilón, observé que Harvey se metía en una habitación. ¿Qué se proponía?

Reparé en la sangre que empezaba a teñirme la ropa. Sentí el miedo de que dañara para siempre las articulaciones del antebrazo. Debía librarme del chucho a toda costa. Se me ocurrió sacar las llaves de mi moto del bolsillo del pantalón, e hincarle el filo de una a Whisky donde primero pillase. Sin embargo, cuando ya las tenía en la

mano derecha, al intentar coger una del manojo, se me cayeron al suelo.

El dolor era cada vez más profundo. Creí que Whisky me partiría el brazo en dos. ¡Hijo de perra!, le insulté. ¡Suéltame, cabrón! Claro, ningún improperio le causaba efecto, aunque ayudaba a desahogar mi rabia. Bajé las escaleras con la esperanza de que Ron se tropezara con los peldaños, cosa que no ocurrió. Su mandíbula se había adherido a mi antebrazo como una prótesis. ¿Cómo me voy a deshacer del chucho?, pensé con desesperación.

Ya en el área de la cocina se me ocurrió un plan. Lo arrastraría hasta la pared donde estaba colgado la diana con los dardos. Caminé lentamente de espaldas hacia mi objetivo porque Whisky, gruñendo, tiraba hacia el lado contrario. Había dejado un rastro de sangre desde las escaleras. Noté un mareo intenso, pero estaba ya tan cerca de la diana que me sobrepuse.

Mi padre nunca quiso que tuviéramos mascota en casa. Adujo que su empleo como capellán militar podría causar una mudanza repentina a alguna casa en alquiler, cuyo dueño no admitiera animales. Otro de los motivos fue que en caso de viajar sería un compromiso dejarla con amigos o familiares. Con el tiempo sospeché de que la auténtica razón de su negativa era oponerse a mis deseos y a los de mi hermana.

Crecer con esa carencia, sin duda, me ayudó a clavar sin remordimiento la punta del dardo en el ojo de Whisky. No tuve tiempo de pensar en lo que hacía. Solo obedecí a mi instinto salvaje de supervivencia. Clavé el dardo con fuerza. El perro soltó mi brazo y chilló de dolor. Sentí alivio al instante. Whisky se echó al suelo, retorciéndose. Retrocedí unos pasos. Le miraba dudando si aprovechar su vulnerabilidad para rematarlo con el otro dardo, o alejarme de él.

Cogí el otro dardo por si acaso. Después estudié la herida de mi antebrazo. Sobre la piel había imprimido la huella sanguinolenta de colmillos, y demás piezas de la dentadura. Al cerrar la mano noté que a algunas articulaciones les costaba funcionar, aunque me alegré de que al menos respondieran.

Fue entonces cuando levanté la vista y descubrí a Harvey en la cocina, al pie de las escaleras. Me miraba con ojos de enfermo. Pero eso no era lo más acuciante. En la mano llevaba una sierra mecánica.

16

—¿Qué le has hecho a Whisky? —preguntó con la cara crispada.

—Nada —respondí, encogiéndome de hombros.

—¡Me las pagarás, maldito bastardo!

Harvey tiró de una pequeña cuerda y el ruido ensordecedor de la motosierra dominó la casa. En ese momento no cabía preguntarle el motivo por el que poseía una. Quizá en otra vida fue jardinero.

Avanzó con la mandíbula desencajada y la motosierra en alto, cuya espada estaba recubierta con la característica cadena de acero. Atemorizaba pensar que podía atravesarme con la facilidad de un cuchillo en la mantequilla. Me moví hacia un lado procurando que hubiera muebles de por medio. Mientras tanto, Whisky continuaba en el suelo, respirando con dificultad.

Harvey vino directo hacia mí. Encogí el brazo herido, como si lo llevara en cabestrillo. Amagué a un lado y me fui por el contrario, como cuando jugaba al pillapilla en el colegio. La punta de la motosierra asesina se hundió en el respaldo del sillón. Un centímetro más y me corta una loncha de piel.

—¡No te muevas! —gruñó.

Pasé cerca de las ventanas con el objetivo de llegar a la cocina, y después alcanzar el pasillo que conducía al garaje caótico. Se imponía una retirada honrosa de la casa de los horrores. Desplacé los sillones y todo lo que encontré a mi paso para obstaculizarle. Confieso que al ver a Harvey rezagado pensé que iba a lograr mi propósito. No me alcanzaría porque entre ambos había una importante diferencia de edad, además de que su estado físico era lamentable.

A punto de franquear el umbral de la puerta de la cocina, vi el pasillo ante mí. El resplandor de la luz bañaba tenuemente el suelo y las paredes. Aunque herido, estaba un poco más cerca de escapar de una sola pieza. Sin embargo, la mala fortuna quiso que mi sudadera se enganchara en el pomo de la puerta. Quizá si vistiera con una de marca de prestigio no me hubiera pasado. Las baratas desprenden hilos aquí y allá.

Con nervios de acero, tiré de la prenda. Harvey se acercaba cada vez más. Volví a tirar aunque con demasiado fuerza. No sé cómo pero me trastabillé y acabé en el suelo. Solo pude pensar que estaba a merced del bueno de Harvey.

Su expresión era de una locura triunfal. Imposible levantarme y seguir corriendo sin que se abalanzara sobre mí. ¿Qué podía hacer? Entonces miré al suelo. Sin pensarlo, con todo el vigor que fui capaz

de reunir, agarré la alfombra de bordes ennegrecidos y estiré de ella con una mano. A todas luces, la adrenalina ayudó. Harvey perdió el equilibrio y cayó al suelo bocarriba.

La motosierra enmudeció de repente y también cayó con un ruido sordo. Al recordarlo, hay algo que no se me olvidará nunca: Durante una décima de segundo en la que sus pies rasgaron el aire, sus ojos centellearon de confusión y sorpresa. Después se quedó inmóvil.

Le pegué un puntapié a la motosierra que fue rebotando hasta la cocina. Se había golpeado en la cabeza, pero no vi rastro de sangre alrededor. Con toda probabilidad solo había perdido el conocimiento. Aun así, me acerqué con mucha cautela por si acaso fingía. Su cara brillaba de sudor. Pensé en largarme cuanto antes, sin embargo, no podía desaprovechar la ocasión. Fui a la cocina y registré los cajones en busca de algo con que atar a Harvey. Como no encontré nada útil, cogí el cubo de la basura, descarté la bolsa y cubrí su cara con él. Si Harvey despertaba haría el suficiente ruido para alertarme.

Antes de subir al piso de arriba, descubrí que Whisky había muerto desangrado.

Disponía de escasos minutos para encontrar el dinero, así que me puse manos a la obra. Con un brazo fastidiado se complicaban las cosas, pero esperaba que con una mano fuera suficiente para encontrarlo. Antes de nada, dediqué un minuto para inspeccionar por encima los tres dormitorios, solo para asegurarme de que no había nadie más. Miré debajo de las camas y abrí armarios. Nada. Después me dediqué a fondo a cada uno.

El primer dormitorio era el más pequeño de los tres. Olía a perro y supuse que Whisky habría pasado ahí sus últimas horas de vida. El colchón estaba debajo de una ventana, encajado entre las paredes. El armario era gigantesco, de doble puerta. Arriba, descansaba una maleta antigua, sin ruedecitas, en cuyo interior solo encontré un paquete de pañuelos. Me llamó la atención lo que había colgado en la pared. La ilustración estilo pop art de una mujer joven y atractiva en la bañera y, justo debajo, el diploma enmarcado de Licenciada en Psicología a nombre de Rose Brooks. Abrí los cajones de la mesilla de noche. Estaban vacíos. No había nada más donde buscar. Era un lugar austero, como un viejo recuerdo de lo que un día fue.

Antes de pasar al segundo, en el rellano agucé el oído. Escuché el silencio durante unos segundos y, como permanecía inalterable, entré en el siguiente dormitorio. Era un poco más grande que al anterior. Deduje que debió de pertenecer a Piper. El colchón estaba pegado a la pared. Habían pintado las paredes de un color salmón y se veían perforadas por múltiples agujeritos, quizá donde antes hubo chinchetas sosteniendo pósteres del cantante de turno. El armario empotrado era más suntuoso que el otro, con tiradores bañados en

plata. Por supuesto, también estaba vacío.

En el tercero, encontré pelusas de suciedad habitando por los rincones. Sin duda, era el dormitorio de Harvey. La cama estaba deshecha, el cabecero roído y sobre la mesita de noche, había un cenicero lleno de colillas. Olía a sudor, por lo que procuré no respirar demasiado, solo lo justo para no morir. Abrí el armario, también empotrado, y rebusqué entre la ropa. Me dio un subidón cuando descubrí un estuche con cremallera entre la ropa interior, y al abrirlo, el dinero me sonrió. Era un fajo grueso de billetes. No disponía de tiempo para contarlo, así que lo guardé en el bolsillo de atrás del pantalón y bajé a toda prisa por las escaleras.

Todo seguía en calma. Palpé los bolsillos de los pantalones de Harvey y saqué las llaves de su coche. Después le quité el cubo de la basura y lo coloqué en su sitio. Palpé la carótida y comprobé que aún tenía pulso, lo que me tranquilizó. Antes de largarme de la casa, eché un vistazo por si quedaba algún cabo suelto. Me fui con la sensación de que el dinero me pesaba una tonelada.

Lo primero era curarme la herida del brazo lo antes posible. Unos diez minutos después de largarme de la casa de Harvey, aparqué cerca del centro de la ciudad, en un callejón donde ninguna cámara de seguridad pudiera grabarme. Me alejé caminando a paso ligero. Al abandonar el Saab rojo corría el riesgo de que lo robaran, pero como no era mío no me importaba lo más mínimo.

Anduve tres o cuatro calles en las que me crucé con gente que iba a lo suyo. Muchos iban a trabajar o regresaban a casa con el ánimo por los suelos. Yo cubría el antebrazo con la mano procurando no llamar la atención, aunque respiraba con dificultad. Había sido una noche muy agitada y aún notaba el cuerpo agarrotado. Tenía ganas de llegar a la casita, echarme sobre la cama y olvidar lo sucedido hasta la mañana siguiente.

Paré a un taxi al que pedí que me llevara al hospital más cercano, que resultó ser uno llamado Dignity Health. Durante el breve trayecto permanecí callado. Estudié el perfil del taxista, quien conducía enfocado en la tarea. Un hombre de raza árabe, con barba oscura y ensortijada, de unos treinta y tantos años. Apenas una media hora antes el mundo se había vuelto de nuevo hostil y, sentado ahí detrás como un pasajero cualquiera, poco a poco me sentí de nuevo un ser humano.

El taxista me anunció que habíamos llegado. Hubiera pagado por seguir viajando hasta el amanecer. Aboné la carrera con algo del dinero de Chen y me bajé. La puerta de emergencias era acristalada y

dejaba ver el mostrador, custodiado por un corpulento hombre de seguridad. La recepcionista tomó mi información personal, el motivo de la visita y me pidió que me sentara, que enseguida me atendería una enfermera para curarme.

Éramos unos cuantos en la pulcra salita de espera. Una anciana aburrida y un matrimonio maduro con una hija adolescente que dormitaba encogida en el regazo materno.

No sentía remordimiento por usar el dinero de Chen. Era una compensación por el riesgo de ser enviado al otro barrio y la caricia de un perro asesino. A veces no hay que esperar a que te ofrezcan, sino uno mismo ha de tomar lo que sea sin permiso. Me levanté y llamé a Murray donde nadie pudiera oírme. Respondió enseguida y empecé a contarle la aventura. Al terminar, el muy cabrón soltó una carcajada que se me clavó en el tímpano.

—Todo esto está siendo muy divertido, ¿no? —dijo, abusando del concepto de ironía.

—Para morirse de risa. Maldita la hora en que Eva me presentó a la mujer de Chen.

—Siempre lo puedes dejar cuando quieras.

—No es tan fácil —dije, palpando el abultado sobre que guardaba bajo la ropa.

Lo que deseaba era quedarme con el dinero como pago si encontraba a Brysa y la entregaba a Chen. También estaba la elección de quedarme con el dinero y abandonar la búsqueda. Al fin y al cabo, había estado a punto de morir. Además, acababa de conocer a Chen. Podría vivir con el remordimiento de tomar *prestado* el dinero hasta que consiguiera salir de mi atolladero personal.

—¿Por qué no?

—Ya estoy metido hasta el cuello.

—Ten cuidado, Mark.

—Lo tendré.

Al cabo de unos quince minutos, un enfermero con gafas de culo de botella me condujo hasta una habitación dónde procedió a curarme. Me preguntó dónde había metido el antebrazo y le respondí que en la boca de mi suegra. Después limpió la herida con esmero y me vendó como si fuera una momia. Se despidió con amabilidad y fui a pagar en recepción otra vez con el dinero de Chen. Con la factura en el bolsillo, salí a la calle en busca de otro taxi que me llevara a la bolera. Quería recoger mi moto y regresar a la casita de la piscina.

Sentí el impulso de llamar a Piper para enterarme qué había pasado con su padre. Quizá estuviera ingresado en un hospital o ya se había despertado, y después de sopesarlo un buen rato quedarse callado y seguir con su vida. Descarté llamarla. No solo porque se había cabreado conmigo, sino porque resultaría sospechoso que

preguntara por él.

Encontrar un taxi, llegar a la bolera y volver a la mansión de Sarah me llevó casi una hora. Al llegar a la casita, aún me notaba tenso. Procuré no hacer ruido por si acaso Brenda y su hijo dormían a pierna suelta. Estaba tan cansado que ni pisé la cocina. Fui directo a mi dormitorio, pero antes de caer sobre la cama como un tronco pensé en un lugar donde esconder el dinero. Como no se me ocurrió nada brillante, lo guardé en uno de los cajones de la mesita de noche, entre calcetines, calzoncillos y condones caducados. Mañana busco un sitio más apropiado, pensé.

Me desnudé y me tapé con el edredón. El silencio lo invadió todo. Con los ojos cerrados, enseguida me entraron pensamientos corrosivos acerca de Piper. Cuando estaba en su apartamento, ¿adónde se marchaba? ¿se acordará de mí? ¿estará con alguien? ¿otro hombre?

17

A la mañana siguiente, en cuanto abrí los párpados tuve la sensación de que el dinero ya no estaba en mi dormitorio. Alguien habría entrado y, aprovechando que dormía como un tronco, se lo había llevado. Por suerte, cuando abrí el cajón de la mesita de noche y comprobé que sí estaba, sentí una corriente de alivio que me despejó del todo. Afuera, se oía el tráfico lejano de la ciudad. No llegaba ningún sonido de la mansión. Una luz tenue se filtraba por la cortina y deduje que sería entre las siete y las ocho.

Sin bajarme de la cama, me puse a contar el dinero. No veía tal cantidad de efectivo desde mis tiempos como actor en el porno, cuando los productores abonaban las sesiones en sobres con nuestro apellido escrito a mano. Había días en los que echaba de menos esa época.

La cantidad eran treinta y cuatro mil dólares. Harvey se había pulido dieciséis mil sin contar mis gastos de taxis y hospital. Dediqué un minuto a pensar en posibles escondites para el dinero, ya que no confiaba demasiado en que la mesilla de noche fuera el idóneo. Se me ocurrió que el conducto del aire acondicionado podía ser un buen lugar, así que aparté cinco billetes de cien para imprevistos y me levanté de la cama.

Para alcanzar la rejilla me subí a un taburete de mimbre. La maniobra me llevó apenas unos segundos. Aunque no era el sitio perfecto, al menos encontrar el dinero requeriría un cierto esfuerzo. Me vestí y salí al pasillo. El vendaje en el antebrazo se mantenía fuerte y descarté cambiarlo. Llamé a la puerta del otro dormitorio y la abrí. No había nadie. Deduje que Brenda y su hijo se habrían ido a un entorno seguro.

Después de ducharme, desayuné unos cereales azucarados bañados con leche a punto de caducar. Entre crujido y crujido, repasé los acontecimientos del día anterior. Lo más apremiante era saber qué le había pasado a Harvey, puesto que buscaría vengarse de mí a toda costa. Sin embargo, no veía claro cómo averiguarlo sin exponerme.

Llamé a Jun y le pregunté por su cuñado. Con cierta frialdad me contó que la policía lo había puesto en libertad sin cargos, después de que enviaran a su abogado de cabecera para que hiciera prevalecer sus derechos. Ahora Feng se encontraba en casa sin excesivas ganas de salir, destrozado por la muerte de su amante italiano. Antes de colgar, le dije que seguía investigado la desaparición de Brysa, y que estaba a punto de dirigirme a Realistic Robotics para hablar con Eva Jenkins.

Salí de la casita y rodeé la piscina. El cielo estaba nublado y el aire cargado de humedad. Entré en la mansión por la cocina, invadida del aroma del café. Sarah tecleaba con furia en el portátil. La mesa estaba cubierta de cartas y facturas. Sin duda, administraba su negocio. Como antiguo empresario, conocía de primera mano el fastidio de mantener siempre las cuentas al día. Era algo que no echaba de menos.

—¿Y Brenda? —le pregunté, después de saludarla.

Apartó la vista de la pantalla y me miró. Lucía una blusa impecable de ejecutiva de multinacional.

—Está en casa de Murray, con el pequeño. Ayer vi un coche sospechoso delante de la puerta, me puse nerviosa y Murray se ofreció a cuidarles.

—¿Cómo está ella?

—Preocupada, pero le dije que la sacaríamos de la ciudad. Si es preciso la llevaré a Las Vegas.

No me sorprendió atisbar un centello de determinación en el fondo de sus ojos. Sarah nunca dejaba a nadie en la estacada.

—¿Cuándo?

—Muy pronto. Mañana o pasado.

—Cuenta conmigo para lo que sea.

—Lo haré —dijo, asintiendo con la cabeza—. Por cierto, ¿qué te ha pasado en el brazo?

Le respondí sin entrar en detalles y me despedí con un beso en la mejilla. Salí a la plazoleta y un minuto después rodaba a lomos de la Sporster, rumbo adónde empezó todo.

Después de una media hora larga, aparqué delante del edificio que albergaba las oficinas de Realistic Robotics. Imaginé la cara que pondría Eva cuando me viera. Seguramente no querría hablar conmigo, pero tenía argumentos para convencerla. La veía como la arquitecta de todo el drama. Suya habría sido la perversa idea de secuestrar a Brysa y pedir un rescate para ganarse un dinero extra, ya que las cuentas de la empresa iban mal, según me confesó con total libertad el antiguo ingeniero de la empresa, Philip Green. Sin embargo, habría surgido un ligero imprevisto durante la ejecución del plan maestro: el asesinato de Giannis. Y eso debía de haberle causado a Eva una gran inquietud. Quizá la policía ya la habría visitado. Con gran aplomo, les habría dicho que se sentía destrozada por la pérdida de un empleado tan valioso, y que bla, bla, bla…

Llegué al vestíbulo y entré al ascensor. Mientras subía me fastidió recordar que llevaba dos noches sin arropar a Josh. Bajo ningún concepto habrá una tercera, me prometí. Me revolvía el estómago pensar que cada ausencia dejaba una huella imborrable en su interior.

Para la chica del mostrador que custodiaba la recepción debía de

ser un día más en la oficina. Se habría levantado de la cama mentalizada para ofrecer su mejor versión en el trabajo, tal vez soñando con algún puesto de mayor responsabilidad o por qué no, un aumento de sueldo. Por eso, se sentiría escandalizada cuando vio que entraba sin detenerme a anunciar mi visita. No se trataba de una cuestión personal, sino evitar que me negaran la oportunidad de hablar con la jefa del tinglado.

—¡Oiga! —exclamó, corriendo detrás de mí, clavando los tacones en el ruidoso parqué.

—Tengo que hablar con Eva —le dije, girándome hacia ella a la vez que seguía caminando con apremio.

—¡Está ocupada!

—Es urgente.

El personal levantó las cabezas de las pantallas de los ordenadores, y nos miró con incredulidad, después intercambiaron miradas entre ellos aún más incrédulas. ¿Qué hacemos, intervenimos o volvemos a lo nuestro?, parecían decirse. Aproveché la incertidumbre para irrumpir en el despacho de Eva, cuya ubicación recordaba de mi última visita.

Ella me miró frunciendo el ceño, al igual que los dos tipos que se encontraban frente a ella, sentados cómodamente en dos sillas de cuero, vestidos con sudaderas y gafas de pasta. Debía de haber interrumpido una reunión en las alturas.

—¿Qué es lo quiere? —preguntó Eva, poniéndose de pie, desplegando su altura como un pavo real despliega el plumaje.

Llevaba el chaleco ocre y debajo una camiseta de manga larga, de color negro. El mismo atuendo que la última vez que la vi. ¿Estaría descalza con las uñas pintadas de negro pasión? Frunció el ceño y los rasgos de la cara se endurecieron.

—Hablar con usted.

—Estoy ocupada.

—Es sobre Giannis. Tengo información que le puede interesar.

—¿Llamo a seguridad? —preguntó la recepcionista, que se había colocado justo a mi lado.

Un tenso silencio se instaló en el despacho. Los tipos pusieron cara de espasmo. La mención de Giannis había hecho dudar a Eva sobre qué decisión tomar. Sus ojos me estudiaban como ansiando formarse una opinión certera sobre mí.

—No —dijo con aplomo, y se dirigió a sus lacayos—. Seguiremos después.

Los tipos se levantaron como si el asiento quemase y, junto a la recepcionista pizpireta, abandonaron el despacho. Afuera, los empleados volvían a sus tareas no muy convencidos. Eva se cruzó de brazos, esperando a que yo abriese la boca. Me acerqué a la mesa lentamente.

—¿Conoce a un tal Feng Lin? —le pregunté.

—No —dijo al momento, y la velocidad en responder me extrañó.

Me senté en una de las sillas antes ocupada por uno de los lacayos. El asiento estaba caliente y eso hizo sentir a mi trasero algo incómodo, como si hubiera compartido mis calzoncillos con alguien.

—La policía le detuvo ayer por la muerte de Giannis.

—¿Y?

—¿No le interesa saber quién lo mató o por qué?

—Diga lo que quiera decir y márchese.

—¿Dónde está Brysa?

—¿Ha venido a insultarme a mi cara?

—Giannis mandó robarla a casa de Chen y Jun, y después exigió un secuestro. Y usted estaba al tanto de todo.

Eva estalló en una carcajada de villana de telenovela.

—Me alegro de que se lo tome en broma. Veremos cómo se lo toma la policía cuando le informe de que Philip Green reveló que Realistic Robotics está al borde de la quiebra. Y cincuenta mil dólares no está mal para salir a flote.

—¿Y eso me convierte en culpable de lo que sea que me está culpando? Mire, váyase de aquí. Ya me ha hecho perder suficiente tiempo.

—Puedo probar la relación entre Giannis y Feng, el hermano de Chen Lin.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo?

Esbozó una sonrisa desafiante y se apoyó en el borde de la mesa. Un espacio de trabajo algo desorganizado, con un portátil abierto, una bandeja atiborrada de papeles y el móvil de última generación muerto de aburrimiento. En una esquina, una fotografía enmarcada en la que ella se abrazaba a un señor que podía ser su padre. Una familia encantadora.

—Eran amantes.

Sus ojos centellearon de incredulidad.

—Se conocieron en una feria de marihuana o un bar, eso no lo tengo claro, pero no fue un encuentro casual. Lo que usted no supo prever es que ambos acabarían follando como si no hubiera un mañana.

Sonrió de forma teatral. Con la debida antelación, somos capaces de disimular nuestras emociones, pero sin previo aviso, cuesta. Su silencio era muy revelador. ¿Y si ella también se había enamorado hasta la médula del italiano?

—Se lo vuelvo a preguntar. ¿Dónde está Brysa?

—No lo sé.

—Miente.

—Se equivoca.

—Se la está jugando, ¿lo sabe, no?

—Llame a la policía —dijo, encogiendo los hombros.

—Deje de fingir que no le importa. Le doy veinticuatro horas.

—¿Para qué?

—No se haga la tonta —dije, y me puse de pie—. Si no me dice dónde está, llamaré a la policía y les contaré todo lo que sé. ¿Está claro?

Ella guardó silencio. Empecé a caminar hacia la puerta, pero me detuve cuando oí su voz.

—¿Se cree que tiene el control de todo, verdad?

Seguí caminando.

—Veinticuatro horas. No lo olvide —dije.

Bajé por el ascensor y salí a la calle. Subí a la moto con la cabeza bullendo de pensamientos. Dudaba de cuál sería mi siguiente paso. Había lanzado un anzuelo y ahora tocaba esperar. Miré hacia lo alto del edificio, al despacho de Eva. Me pregunté sobre qué pensaría sobre lo que estaba sucediendo. Ya no era la directora de una empresa innovadora y exitosa, sino de una rancia y arruinada.

La cantidad que Giannis y ella habían sustraído a Chen, con la ayuda de Harvey, los cincuenta mil dólares, no me parecía una cantidad suficiente para salvar de la quiebra a una compañía. Quizás con ese dinero se trataba de financiar una huida a cualquier parte, a otro estado, a otro país. ¿Junto a Giannis?

Antes de meter primera, miré a mi alrededor en busca de algo sospechoso, cualquier detalle fuera de lo normal. Aún no me había desprendido de la tensión de sentir que Harvey se abalanzaría sobre mí en cualquier momento. Era como si esperase a oír a cada instante el estruendoso ruido de la motosierra.

Cogí el móvil y llamé otra vez a Piper. Era un gesto ansioso, pero estaba preocupado por ella. Al tercer o cuarto tono me rechazó la llamada. Rechacé la idea de enviarle un mensaje. Supuse que su padre le habría contado mi visita a su espeluznante casa, y ya no querría saber nada más de mí. Tiene que saber mi versión de los hechos, pensé.

Cuando estaba a punto de incorporarme al tráfico, noté el móvil vibrando. Sentí una corriente de satisfacción al anticipar que se trataba de Piper, que devolvía la llamada. Al leer en la pantalla el nombre de Murray me llevé una decepción.

—Mark, tengo noticias.

—¿Sobre qué?

—Brenda. Sarah le ha conseguido un vuelo privado.

—¿A Las Vegas?
—Sí.
—¿Cuándo?
—Esta noche.
Me pregunté cuánto le había costado el billete. Era una maniobra cara aunque inesperada. Ese estúpido de Flynn no la esperaría de ninguna manera.
—Si puedes echar una mano, Sarah te lo agradecería —continuó Murray—. Solo quiere que vengas conmigo para escoltar a la chica desde el apartamento de Sarah al aeropuerto. Somos las únicas personas en las que confía.
—Dime la hora, el lugar y allí estaré.
—Te lo envío todo por mensaje.
Después de colgar, consulté mi reloj. Eran las once. Como quedaba casi todo el día hasta la noche, me dije que sería una buena idea dejarme caer por el apartamento de Piper. Era demasiado temprano para hacer visitas, pero tenía que verla. Me puse el casco y salí disparado.
Sorteé el insoportable tráfico del centro y llegué en unos veinte minutos. La calle respiraba calma. En la acera, una mujer en silla de ruedas se dirigía a alguna parte, y un joven fumaba caminando con parsimonia. Aparqué entre dos coches y fue ahí cuando me acordé de hacer una llamada. Eché una ojeada al balcón del apartamento de Piper. No vi movimiento alguno. Tampoco en el interior, aunque mi visión era limitada. Me estremecí al recordar el polvo que echamos. Empezaba a dudar de que habría una segunda vez.
Cogí el móvil y busqué el contacto de Chen. Le llamé pero no contestó. ¿Para qué quiere la gente el móvil si no contesta?, me pregunté, frustrado. Llamé a Jun. Ella sí me contestó, aunque su voz sonó fría como un congelador.
—¿Qué quiere? —preguntó.
—No localizo a su marido. Acabo de hablar con Eva Jenkins. Le he dado veinticuatro horas para que entregue a Brysa.
—Y qué quiere, ¿un premio?
—Dígaselo.
—Muy bien.
—¿Feng ha dicho algo más?
—No, ha vuelto a su casa. Discutió con mi marido y se marchó.
—¿Por qué?
—Viejas rencillas familiares.
—Se le pasará.
—Lo dudo.
—Mejor dígale a Chen que me llame lo antes posible.
Le dije adiós y colgué. Crucé la calle y llamé al portero automático.

Insistí varias veces hasta que una voz respondió. Enseguida reconocí a Rose. Le dije quién era.

—¿Está tu hermana?

—No.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Desde ayer. Estoy preocupada.

Me quedé pensando un instante.

—¿Dónde está tu padre?

—Por ahí, supongo que metido en sus negocios, como siempre.

Al fin disponía de una información útil sobre Harvey. Entonces no había salido tan mal parado de nuestra pelea. Estaba en la calle, por lo que me obligué a mirar con más frecuencia por encima de mi hombro.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Sí.

—Si ves a tu hermana, ¿puedes avisarme?

—Vale.

Le pedí que tomara nota de mi número de móvil. Se lo dije despacio. Por la manera de hablar, con su característica voz tan baja y aguda, casi como la de una niña, me dio la impresión de que sufría algún tipo de retraso. No me encajaba con el diploma de Licenciada en Psicología, aunque quizá pudiera estudiar sin problema.

Me despedí no muy convencido de recibir su llamada. A fin de cuentas, ¿quién era yo para ella? El tipo que se acostó con su hermana. Subí a la moto y arranqué con dirección a la casita de la piscina. Descansaría un rato allí antes de ver a Kim y Josh.

18

Me arremangué para enseñar la venda del brazo a Josh, como si fuese una herida de guerra en Afganistán. Bueno, en cierta forma lo era.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó.

Ya había anochecido, y yo estaba sentado en el borde de la cama. Su cara asomaba por encima del edredón. La luz de la mesita de noche alumbraba el dormitorio.

—Me mordió un perro malo.

—¿Un perro?

—Sí, es por el caso que estoy investigando. Tu padre está viejo y cansado.

—¿Por qué?

—Tengo que encontrar una muñeca que se ha perdido, y nadie me quiere decir dónde está. ¿Quién crees que puede tenerla?

Josh se encogió de hombros.

—Pienso justo lo mismo.

—Ah.

—Además, estoy de mierda hasta el cuello, tío.

—¿Qué?

—Nada, no hagas caso a tu padre. Cada día está más loco —dije, y le di un pellizco en la nariz—. Oye, ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Cuando termine el trabajo, nos vamos a ir tú y yo al parque de la Universal. ¿Qué te parece?

—Bien.

Me incliné y le estampé un beso en la frente. Le deseé que durmiera bien y me fui. Debía atesorar cada uno de esos momentos, porque en un abrir y cerrar los ojos se convertiría en una bestia inmunda. Es decir, un adolescente.

Regresé al salón. Kim me esperaba tecleando en su móvil. ¿Estaría chateando con su novio? Me entraron ganas de vomitar. Saqué la cartera y le dejé tres billetes de cien sobre la mesita del centro.

—Sé que te debo más, pero algo es algo.

Ella dejó el móvil a un lado.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Kim.

—Lo he robado —dije, muy solemne.

Kim suspiró, como dándome por imposible.

—Lo digo en serio, Mark.

—Si no tengo dinero, te quejas. Si tengo, también te quejas. ¿Quién te entiende?

—No te salgas por la tangente.

Me rasqué la barbilla mientras pensaba en alguna buena excusa.

—Es un préstamo de un viejo amigo —dije finalmente.

—¿Quién?

—No lo conoces —Me incliné hacia ella—. Si quieres, me quedo el dinero y ya está. Problema resuelto.

—¿Cuándo me darás el resto?

No podía ir como Harvey, aireando el dinero como si me sobrara. Tenía que dosificarlo.

—Espero que pronto —dije, y vi que se relajaba un poco.

Murray me estaba esperando con impaciencia en la entrada de la mansión de Sarah. Estaba sentado, casi encogido, frente al volante de un Mini, que a todas luces le quedaba pequeño. Debido a que llegaba con un poco de retraso, me lanzó una de esas miradas que matan. Me disculpé con un gesto de la mano y, después de aparcar la moto, subí al coche.

—¿De dónde has sacado este coche, de una juguetería? —Pregunté.

—Anda, cállate. Ha sido lo único que he podido conseguir en tan poco tiempo —dijo, arrancando el motor—. Así pasamos desapercibidos.

—¿Desapercibidos? —dije, aguantando la risa. Con Murray al volante en esa posición tan estrafalaria, sin duda llamábamos la atención de cualquiera.

—¿Algún problema?

—No, ninguno.

—¿Llevas tu pistola?

Saqué la Mauser del bolsillo de la sudadera y se la mostré a Murray. Le pregunté si iba armado. Asintió con la cabeza con una rotundidad tal que me disuadió de pedirle que la mostrara.

—¿Crees que nos hará falta? —pregunté.

—Por si acaso —dijo, con la mirada puesta en el tráfico—. Sarah lo ha gestionado todo con mucha discreción, pero ese Flynn… Nunca se sabe.

—Espero que todo se acabe esta noche.

—Yo también. Nunca he visto a Sarah tan nerviosa.

—¿Cómo lo has notado?

—Se está hinchando a pastillas. Cada dos por tres la veo llevándose algo a la boca y tomando agua.

Chasqueé la lengua y solté un largo suspiro. Me dolía que mi amiga lo estuviera pasando mal.

—¿Dónde vamos?

—A un hotel en Koreatown, muy discreto. Se han registrado a mi nombre.

El hotel era enorme y sólido. Daba la sensación de que ni el peor de los terremotos podría derrumbarlo. En lo alto, el rótulo luminoso anunciaba el nombre The Rotex. Desde luego, no me pareció discreto, pero ¿quién era yo para discutirlo con Murray?

Estacionamos el Mini en el aparcamiento subterráneo y subimos en ascensor hasta el vestíbulo. Era un lugar silencioso, con plantas y un sofá. En el mostrador no vi a nadie. Me recordó a aquellas películas del Oeste cuando todos desaparecen en cuanto se huele el peligro.

Tomamos otro ascensor hasta la cuarta planta, la última. En silencio, recorrimos el pasillo hasta que Murray me indicó la habitación con su manaza. Sarah nos dejó pasar. En su mirada atisbé un hondo alivio al vernos. Brenda y su niño estaban tumbados en la cama. Ella le leía un cuento. En la mesita había restos de comida, seguramente habían pedido la cena al *room service*.

—¿Listos? —preguntó Murray.

Sarah miró a Brenda y esta asintió con la cabeza. La cortina de la ventana estaba echada. La aparté ligeramente y eché una ojeada a la calle, el Olympic Bulevar. El paisaje era el habitual: aceras anchas, vehículos aparcados y arbolitos respirando CO2. Los coches iban y venían en ambos sentidos. Nada me llamó la atención.

Un minuto después, los cuatro bajábamos por el ascensor. Brenda llevaba un bolso enorme como único equipaje. La idea era que nadie ajeno pudiera deducir que se marchaba de viaje. Cualquier precaución era poca. El niño preguntó que adónde íbamos. Su madre respondió que se iban a Las Vegas. El niño se quedó pensativo, como si no acabara de entender si para él era una buena noticia o no.

En el aparcamiento, Murray se situó en cabeza del grupito y yo detrás. Sarah no pudo evitar una mirada de extrañeza cuando supo que el Mini era nuestro coche. Murray entornó los ojos, como diciendo es lo que hay, encanto.

Salimos al Olympic Bulevar. En el asiento de atrás iban Sarah, Brenda y el hijo. Brenda decidió que necesitaba distraer a su hijo del ambiente de tensión que se respiraba en el interior, por lo que continuó leyendo el cuento. Trataba de un grupo de niños que visitaba una granja y sus impresiones al conocer cada uno de los bellos animales. El hijo parecía vivamente interesado, de hecho, reprodujo con diversión, entre otros, el mugido, el quiquiriquí y el ladrido.

Fue inevitable que me acordara de Josh. Cuando le entretenía con fábulas para dormir, en vez de leerlos me dejaba llevar por la improvisación. Me apoyaba mucho en el uso de los bosques como entornos laberínticos, donde el protagonista se encontraba con animales con los que entablar una conversación. Era una suerte

enorme que Josh se durmiera siempre antes de llegar al final, así que no tenía que romperme la cabeza cerrando la historia.

No llevábamos más de trescientos metros, cuando Murray soltó la bomba:

—Tenemos compañía.

Al igual que Sarah y Brenda, me giré hacia atrás. Un todoterreno nos pisaba los talones. Era tan voluminoso que parecía un tanque. El parabrisas reflejaba las luces de las farolas que iban pasando. Imaginé que habría dos tipos mirándonos con caras serias.

—¿Se atreverán a hacer algo? Hay coches y gente… —dijo Sarah.

—No hay que fiarse —dije.

—¿Qué pasa, mami?

Brenda, que lo rodeaba por el hombro, le plantó un beso en la coronilla.

—Nada, hijo.

—Voy a intentar despistarles —dijo Murray—. Apretaos los cinturones.

El motor del Mini rugió, lo que significaba apenas un par de metros más de velocidad punta. Brenda siguió pasando páginas del cuento de la granja. El niño soltó un balido en homenaje a las ovejas. Recé para que el cuento no fuera el arca de Noé.

Nos vimos sacudidos por un golpe en la parte de atrás, que provocó que nuestras cabezas se inclinaran de repente. Sarah dejó escapar una maldición. Grabé con mi móvil el morro del todoterreno, por si acaso sería útil en el futuro.

—Parece que van a por todas —dije, preocupado.

—Cambio de planes. No podemos ir al aeropuerto —dijo Murray.

Brenda, nerviosa, siguió leyendo el clásico de la literatura universal para deleite de su hijo.

—«Marian, la granjera, enseñó a los niños y niñas las crías de cerdo que acababan de…»

Pum. Otro golpe por detrás. Las vibraciones hicieron que el cristal trasero estallara en mil pedazos, como si lo hubiera atravesado una piedra. Una lluvia de esquirlas roció a Sarah y Brenda. Oímos el sonido caótico de frenazos y claxónes. El niño reía, se lo estaba pasando bien como en un parque de atracciones.

Murray torció con brusquedad a la derecha y entramos en Wilton, una calle de casas grandes y coquetos árboles en flor. Nos alejábamos del aeropuerto. Me giré y, como esperaba, entre los cristales rotos descubrí que el todoterreno seguía pisando los talones. De repente, cambió de carril y aceleró.

—¿Qué están haciendo esos cabrones? —preguntó Murray, agarrando con fuerza el volante.

La respuesta vino enseguida. Aprovechando el escaso tráfico, se

colocaron en paralelo. La ventanilla empezó a bajarse lentamente. Todos menos Murray y el niño le prestamos atención. Se asomó la cara de un hombre desconocido, frisando la cincuentena. Tenía pelo solo en las sienes, una mirada arrogante y la mandíbula de Robocop. Vestía con una cazadora negra de cuero que combinaba con el color de su alma.

—¡Detened el coche! —exclamó, señalando con el dedo la acera—. ¡Detened el coche ahora mismo!

Si había alguien más ocupando el asiento trasero, era algo que no podíamos saber desde nuestro ángulo de visión. Sarah reaccionó con su elegancia acostumbrada.

—¡Que os jodan! —dijo, haciendo una peineta.

El tipo frunció el ceño y se dirigió al conductor para darle alguna instrucción. Casi al instante, el todoterreno se echó sobre el Mini. Querían detenernos a toda costa. Sentimos el choque violento en la carrocería. Murray mantuvo el control del volante como pudo.

Me llevé la mano a la empuñadura de mi pistola. No pretendía disparar. Estaba loco pero no tanto. Pensé que si la mostraba a Robocop tal vez dieran un paso atrás. Sí, distaba lejos de ser una idea brillante.

—¿Crees en Dios? —me preguntó Murray de repente.

Parpadeé, atónito.

—¿Qué? ¿Te parece ahora un buen momento para eso?

Murray seguía con los ojos puestos al frente.

—¿Crees o no?

—¡Que te den!

—Yo no creo pero estoy dispuesto a creer.

Murray parecía sufrir un repentino ataque de telepredicador.

—¿De qué estás hablando?

Hizo un gesto apremiante con la cabeza para que mirase hacia delante. Vi un par de coches en sentido contrario, una gasolinera a la derecha, un bloque de viviendas y un cruce que se aproximaba. El cruce con la Novena, una calle siniestra con casas que parecían cárceles. También reparé en el semáforo, que estaba en rojo.

Entonces comprendí el repentino interés de Murray en el más allá.

—¡Ni se te ocurra! —exclamé.

—Es la única salida —dijo, con la inquietante calma de un monje.

—Hijo de… ¡agarraos! —exclamé a los de atrás.

Brenda protegió a su hijo con los brazos. Sarah se agarró a mi asiento. Yo me puse el cinturón. Murray no sé qué hizo. Oímos el frenazo del todoterreno. Y en ese momento fue cuando aguanté la respiración. El tiempo se alargó una eternidad en una décima de segundo. Me alcanzó para morir y reencarnarme varias veces, en concreto, en una abeja y un koala. La vida me pareció compleja e

incomprensible aunque entretenida, y por eso está basada en lo siguiente: no hay nada más aburrido que dejar de existir.

Cuando el aire volvió a entrar por mi nariz, habíamos dejado atrás el dichoso cruce, el todoterreno, a Robocop y la angustia mundial. Una refrescante sensación de alivio se adueñó del Mini.

19

El aeropuerto privado de Los Ángeles tiene un acceso discreto. Consiste en una baliza y una garita de seguridad. Parece más bien la entrada de los empleados que un lugar por el que pasaban las mayores fortunas del mundo.

Ante los ojos imperturbables del vigilante, desde el asiento de atrás del Mini, Sarah mostró los billetes de avión. El vigilante asintió con la cabeza y el coche destrozado cruzó la frontera que distingue a los ricos de la muchedumbre. Aparcamos sin dificultad y los cuatro bajamos. Un jet privado surcó la noche angelina justo por encima de nosotros con un gran estruendo. Supuse que en el siguiente volarían Brenda y su hijo.

Antes de entrar en el aeropuerto, miré alrededor. Daba la sensación de que hasta que no saliera el avión, no podíamos quitarnos de encima la inquietud.

—¿Estará segura en Las Vegas? —le pregunté a Sarah, discretamente, ya en el interior del aeropuerto.

Por el pasillo nos cruzamos con algunas personas (seguidas por su séquito respectivo), que parecían emitir un halo distinto al resto de los mortales.

—Quiero pensar que sí, pero ¿cuál es la alternativa? ¿La envío a Alaska? —respondió, frustrada—. Al menos en otro estado será un poco más difícil encontrarla. Le he dicho que sea un lugar temporal, de paso.

—¿De qué va a vivir?

—No lo sé. Los ahorros no durarán siempre. Es lista, encontrará otro trabajo.

Cuando nos detuvimos en la aduana, llegó el momento de la despedida. Sarah y Brenda se fundieron en un abrazo, mientras Murray sostenía al niño como si fuera un saco de patatas.

—Perdona todo lo que te he hecho pasar —dijo Brenda, entre lágrimas.

—No ha sido tu culpa, cariño —dijo Sarah, con un nudo en la garganta.

Me llegó el turno y Brenda también me abrazó. Sentí el calor de su cuerpo menudo y trémulo.

—Gracias por todo, Mark.

—Te deseo lo mejor, Brenda.

—¿Sabes? No me llamo Brenda. Mi nombre en realidad es Rhoda. Brenda era solo para hacerlo… más fácil a los clientes —dijo, bajando

la mirada.

—Me gusta más Rhoda. ¿Qué significa?

—Rosa.

Después de que también se despidiera de Murray, vimos a la madre e hijo cruzar la aduana. El auxiliar de vuelo les esperaba para conducirlos al jet. En una hora aterrizarían en Las Vegas. Salimos y nos subimos al Mini. Sarah reparó en que se habían dejado en el asiento de atrás el cuento de la granja.

—Ya tengo lectura para esta noche —dije.

Ni Sarah ni Murray se metieron conmigo, así que deduje que había que subirles el ánimo.

—¿Tenéis hambre? Os invito a una hamburguesa.

La reacción fue mucho más entusiasta, claro. El Mini con la puerta abollada y sin cristal trasero, es decir, a lo Mad Max, nos condujo al primer restaurante que se cruzó por nuestro camino. Le pregunté a Murray qué le iba a decir al dueño del coche. Respondió que ignoraba quién era. Entonces decidí que no preguntaría más sobre el tema.

Sobre la mesa del restaurante de comida rápida, sentados cerca de la ventana, había algo más que tres hamburguesas con queso, refrescos y patatas. Había una cierta brisa triunfal que nos cosquilleaba el alma. Sin embargo, ninguno de los tres recordó que el pasado a veces marca trágicamente el futuro.

Era mediodía cuando aparqué la moto delante de la casa de Jun y Chen. Quería informarles en persona de que la investigación avanzaba. Aún quedaban unas horas antes de que se cumpliese el ultimátum a Eva Jenkins. Me abrió Concha y, con la amabilidad acostumbrada, se apartó para que pudiera entrar al vestíbulo. Dijo que Chen no estaba, pero sí Jun aunque tenía visita. La policía.

Afuera no había visto a ningún coche patrulla y eso me extrañó, así que deduje que debían de haber acudido en un coche camuflado.

—¿La señora le está esperando? —preguntó con las manos entrelazadas por delante.

—Digamos que es una visita espontánea, pero no sorprendente.

—Espere aquí, por favor.

Me preocupaba que la policía diera con Harvey y que, por extensión, llegaran hasta mí. Debía evitar cualquier contacto con ellos, ya que era consciente de que una vez dentro de su radar, cualquier cosa podía suceder, incluso que me encasquetaran la muerte de Giannis. Mi instinto aconsejó que me largara cuanto antes, sin embargo, a ojos de cualquiera podría resultar extraño salir de la casa nada más llegar. ¿Y si la policía se daba cuenta?

La asistenta regresó y me sonrió con la mirada.

—Si gusta esperar en el saloncito de arriba, la señora le atenderá en cuanto termine.

Asentí no muy seguro de mi decisión de quedarme. Al cruzar el salón vi a Jun sentada frente a un hombre trajeado. Era joven, negro y con el pelo corto. Su postura, sentado en el borde del sofá, inclinado hacia ella, demostraba su concentración en la tarea que llevaba a cabo.

Saludé inclinando la cabeza, sin detenerme. El policía me clavó la mirada y después retomó la conversación. Subí las escaleras y me senté en uno de los sillones del salón. Concha me preguntó si deseaba tomar algo y le dije que no, gracias. Antes de que se fuera a la cocina, quise saber dónde se había ido Chen.

—Se fue temprano, pero no sé más.

Cuando la asistenta se marchó, me dije que sería un buen momento para inspeccionar de nuevo el dormitorio de Brysa y Summer. Me levanté y fui hasta el pasillo. Si no recordaba mal, las primeras puertas correspondían a los dormitorios de los hijos, así que fui directo a la última.

Empujé la puerta lentamente. Allí estaba la pobre y relegada Summer, apoyada sobre el cabecero de una cama, inmóvil. Vestía como la última vez que la vi: top y falda corta. Daba la sensación de que llevaba mucho tiempo en esa posición.

Me asomé a la ventana. Había una altura considerable desde el jardín. Alguien como el italiano, joven y ágil, tal vez se hubiera podido encaramar a la fachada y llegar hasta el dormitorio. Pero Harvey seguro que no. Por lo tanto, debía de haber entrado por la puerta principal.

Miré a Summer. Un cable que salía de su espalda terminaba en un voluminoso adaptador de corriente, del cual a su vez salía otro cable que se conectaba al enchufe de la pared. En la carcasa del adaptador estaban grabadas las iniciales RR. Realitisc Robotics. Lo toqué con la mano. Ardía tanto que pensé que estaba a punto de estallar. ¿Cada cuánto la cargará?, me pregunté.

Sus ojos parecían reales. El iris estaba bien logrado: la pupila era perfecta, bien moteada de azul. Las cejas eran espesas y alargadas. Rocé su mejilla con la yema de los dedos notando la suavidad de la silicona. Luego acaricié los labios sintéticos rellenos de colágeno. Sin pensarlo demasiado, metí el pulgar en su boca, como De Niro a Juliette Lewis en *El cabo del miedo*.

Albergaba dudas de cómo me sentía. No negaré que follar con Summer despertaba mi curiosidad, pero al mismo tiempo me producía rechazo. No, no era el mundo en el que yo quería que mi hijo creciese. Mujeres reemplazadas por robots. Pero también sabía que los tiempos

cambian. Quizá lo que un día se consideraba reprobable, más tarde sería aceptado. Sin embargo, nunca se alcanzará un consenso general, el mundo se distanciará cada vez más de sí mismo y se acabarán formando submundos.

Saqué el pulgar de la boca y lo saboreé. Estaba salado. En ese momento oí un ruido suave a mi espalda, como el roce de ropa. Al girarme pensé que me encontraría con Concha, pero descubrí a Jun de pie y con los brazos cruzados. Ignoro el tiempo que llevaba observándome. En su mirada atisbé un reproche velado; algo así como ¿tú también, otro degenerado?

Me levanté de la cama y me acerqué a ella como si nada.

—¿Qué quiere? —espetó.

—Hablar.

Fuimos al salón y nos sentamos. Ella se cruzó de piernas y de brazos.

—¿Qué tal con el policía?

—Quería confirmar lo que dijo Feng cuando lo arrestaron aquí —dijo, con desgana.

—¿Saben ya quién mató al italiano?

—No lo sé.

—¿Y Chen dónde está?

—Se ha ido a un estudio que tenemos en Long Beach. Dijo que iba a ver cómo estaba y que se quedaría unos días.

—¿Cuándo se fue?

—Hace un par de días.

Una alarma sonó en mi interior. Piper llevaba también un par de días sin aparecer por casa.

—¿Es habitual que se vaya a ese estudio?

—No, pero porque lo tenemos alquilado, bueno, lo teníamos. El inquilino se marchó hace como un mes. ¿Qué ocurre? —preguntó al verme preocupado.

Escuché su pregunta pero en ese momento estaba lejos, en otro planeta. Rose, la hermana de Piper, estaba preocupada por su ausencia. No contestaba a sus llamadas y eso era extraño. En el Imperium tampoco sabían nada. Un pensamiento me llevó a otro. Me estremecí. Tuve la sensación de que Chen podía haber cometido una estupidez.

—Deme la dirección de ese estudio.

—¿Por qué?

—Tal vez Piper y él estén juntos.

Se inclinó hacia mí.

—No lo entiendo.

—Creo que Chen tiene retenido a Piper.

—¿La bailarina?

—Sí. La inspiración para crear a Brysa.

Atisbé un brillo de preocupación en el fondo de sus ojos rasgados. Me puse en pie. Sopesé la idea de visitar a Rose y preguntarle si había visto el Mustang descapotable, el coche de Chen, aparcado en frente de su apartamento.

—Envíeme la dirección al móvil —dije, ella aún estaba ensimismada—. ¿Tiene una copia de la llave?

—Es imposible que mi marido secuestre a nadie. ¿Cómo está tan seguro?

—No lo estoy, pero quiero comprobarlo. Le digo que si tiene una copia de la llave del estudio.

—Solo una. La que se llevó él.

—Bien, voy para allá de todas formas.

—Un momento —dijo, con un gesto de la mano—. A lo mejor todo esto tiene una explicación. Voy a llamar a mi marido.

Se levantó para ir al dormitorio. Miré el reloj de mi muñeca y calculé que llevaba unos quince minutos en la casa. No estaba seguro de qué pretendía Jun llamando a su marido. Si él estaba cometiendo una ilegalidad, ¿se lo confesaría?

Jun regresó con el móvil pegado a la oreja. Permanecía en silencio mientras oía los tonos de la llamada. De repente me clavó la mirada y entonces supe que Chen había descolgado.

—¿Dónde estás?… Ya… ¿Todo bien?… ¿No estarás haciendo ninguna tontería, verdad?… Vale, solo preguntaba, tranquilo… No te pongas así… ¿Cuándo vas a volver?… Ahá, vale. ¿Cómo está el apartamento?… Bueno, menos mal. Sí, hablamos cuando regreses.

Jun colgó y se dio golpecitos con el móvil en la boca, como si estuviera atando cabos. Tragó saliva y habló a duras penas.

—Hay algo raro en su voz.

Para mí fue más que suficiente.

—Me marcho —dije, sabiendo que no había tiempo que perder—. Envíeme la dirección al móvil, ¿de acuerdo?

—Espere.

Me detuve ante las escaleras, apoyado en el pasamanos. Vi que se mordía los labios, como si estuviera indecisa.

—¿Qué? —le dije, ansioso.

—Voy con usted.

Pensé que no era una buena idea, aunque carecía de un argumento sólido.

—No tengo otro casco.

—Iré en mi coche.

—Con el tráfico tardará el doble de tiempo.

—Pues me monto sin casco.

Bajamos a toda prisa hasta la Quinta y después tomamos la interestatal hacia el sur, rumbo a Long Beach. Casi no podía ni respirar, Jun me abrazaba la cintura con tanta presión como una camisa de fuerza. Además, como iba sentada detrás y llevaba mi casco, el aire de Los Ángeles me abofeteaba la cara. Temí que la policía de tráfico me detuviese para obsequiarme con una multa por no proteger mi cabeza, pero la apremiante situación imponía ciertos riesgos que debía asumir.

Calculé que llegaríamos al apartamento en menos de media hora. Si Piper estaba con Chen, resultaba sospechoso que no se lo mencionara a su hermanastra, ya que ambas parecían muy unidas. Me pregunté si de verdad él ocultaba algo, o si Jun y yo estábamos cayendo en el delirio más absoluto.

—¿Sabe cuántos años le caen a uno por un secuestro? —preguntó por encima de mi hombro.

—¿Cómo? —dije, asombrado que ya implicase a su marido en una conducta criminal.

—Me estoy poniendo en lo peor.

—Ya lo veo —dije, negando con la cabeza—. ¿Cuatro, seis? No lo sé… Ni idea. Supongo que dependerá de muchas cosas.

Se tomó un instante para pensar.

—Todo tendrá una explicación razonable. ¿A que sí?

—Seguro —dije, no muy convencido.

Desde que supe de la existencia de Chen en la casita de la piscina, una semana atrás, me había parecido un tipo extravagante e inmaduro. Pero de inspirarme lástima había pasado a inspirarme miedo, y en ese momento me arrepentí de presentarle a Piper.

Llegamos al 125 de la Avenida Elm, en el centro de Long Beach. Lo primero en que reparé fue que el Mustang de Chen no estaba. Detuve la moto frente a un pequeño edificio de dos plantas, cuya fachada estaba pintada de un color mortecino. Arriba y abajo, las ventanas tenían las cortinas echadas. Por extraño que pareciera, unas aburridas plantas parecían surgir directamente de la acera. Había unos escalones de cemento al pie de la entrada, situada en un lateral. La estrecha calle formaba como un callejón con la casa de enfrente. Aquello parecía un lugar discreto, perfecto para pasar desapercibido.

Jun sacó un manojo de llaves de su bolso, eligió una y abrió. Pasamos a un pequeño recibidor con más puertas. Eligió otra llave y la introdujo en la cerradura de uno de los apartamentos. Nada más entrar, ella gritó el nombre de su marido, pero solo obtuvimos un tibio silencio.

Conforme avanzamos nos fue envolviendo un olor a cerrado,

intenso y desagradable. El salón era grande y el suelo, de baldosas grises, se veía desgastado. La luz del sol que se filtraba a través del gran ventanal que daba a la calle, dibujaba franjas verticales sobre una mesita redonda. Los muebles eran toscos y en un rincón, una lámpara se recreaba en su propia fealdad. Me sorprendió que los Lin fueran los dueños de toda aquella penuria, pero supuse que esperaban a que el mercado subiera el valor del inmueble.

Entramos al dormitorio. Nos llevamos la primera sorpresa al descubrir que la cama había sido usada. El edredón de color pastel estaba lleno de arrugas. Ese fue el indicio de que al menos Chen había estado ahí. ¿Habría más?

En el baño, encendí la luz fluorescente del espejo. El grifo del lavabo tenía algo de corrosión. Eché a un lado la cortina y extendí la mirada por la bañera, pero estaba más seca que mi cuenta corriente.

—Sr. Cannon… —dijo Jun desde el dormitorio.

Regresé y la vi con el brazo levantado, juntando los dedos como si sostuviera algo en el aire. La interrogué con la mirada.

—Es un pelo —aclaró.

Me acerqué y lo examiné. Era largo y rubio. Pregunté dónde lo había encontrado.

—Sobre la almohada.

Miré con fijeza la almohada como si encerrara algún secreto más.

—Llame otra vez a su marido. Si no responde, esto se pone cada vez más feo.

Jun sacó su móvil del bolsillo de la falda, dio un par de toques a la pantalla y se lo puso en la oreja. Mientras tanto, rodeé la cama y abrí los cajones de la mesita de noche pero no encontré nada. Al agacharme para inspeccionar debajo de la cama vi un objeto que llamó mi atención.

—No contesta —dijo Jun, sonando frustrada.

—Aquí hay algo —anuncié.

En una esquina cerca del armario, había un calcetín de color rosa, pequeño y femenino. Lo cogí y se lo mostré. Ella lo examinó por un lado y por el otro. Reaccionó apretando los labios.

—Es de Brysa —dijo.

Asentí, en absoluto sorprendido. Que estaban juntos era una obviedad, solo quedaba dilucidar si Chen retenía a Piper contra su voluntad.

—¿Tienen otro apartamento en propiedad dónde pueda ir? —pregunté.

—Este es el único —dijo, dejando caer con asco el calcetín.

—¿Comparten la cuenta corriente?

—Claro, somos un matrimonio convencional.

—Compruebe en la aplicación del banco si ha retirado dinero en

efectivo. Si lo ha hecho, tendremos una dirección.

Sopesó mis palabras un momento y luego desbloqueó el móvil. En apenas unos segundos, me informó de que no había retirado dinero ni tampoco echo ningún cargo. ¿En qué lugar podía Chen estar a salvo de miradas indiscretas? Sentí que habíamos llegado a un callejón sin salida.

—¿Alguna idea de dónde puede haber ido? —pregunté.

Jun negó con la cabeza, aunque enseguida se quedó inmóvil. Atisbé un brillo en la mirada, como la chispa de una idea.

—La casa de Feng —dijo.

Asentí con la cabeza.

—No cuesta nada revisarlo —dije.

20

Mientras caminábamos con apremio hacia la moto, Jun llamó por teléfono a su cuñado.

—¿Está Chen contigo?… ¿Sabes dónde está? Nosotros tampoco… El detective y yo… ¿Estás en el trabajo?… ¿A qué hora terminas?… Y después, ¿qué vas a hacer? No, no pasa nada.

Cuando colgó, me confirmó lo que había intuido escuchando, que no había nadie en casa. Le pregunté algo que debería haberle preguntado desde el primer momento. ¿Chen tiene un arma? Ella respondió que sí. Que la guarda en la caja fuerte de su despacho, en la casa.

—¿Sabe el modelo?

—No, pero es pequeña.

Salimos en la moto como alma que lleva al diablo hacia el sur del condado El Monte, con una parada estratégica en la casa de Jun para conseguir la llave, por si acaso Chen no quería abrirnos.

La preocupación por Piper centró mis pensamientos. Me sentí responsable si algo le ocurría. Fui incapaz de prever la profundidad de la desesperación de Chen, ni siquiera cuando lo saqué a rastras de aquel bar infecto. Si en casa de Feng el peligro era evidente, llamaría a la policía.

Lo primero que vimos al llegar fue el viejo Mustang estacionado. La suposición de Jun había sido correcta. Contaba a nuestro favor que ambos conocíamos el interior, la disposición de las habitaciones, muebles y ventanas. Después de aparcar en un lugar discreto, le dije que se acercara para llamar a la puerta principal y pedirle explicaciones a su marido. Mientras tanto, yo rodearía la casa buscando a Piper.

—¿No es mejor llamar a la policía? —preguntó Jun.

—De momento no sabemos si alguien ha hecho algo malo.

Jun asintió, comprensiva. Miré en torno a nosotros. Casas familiares, coches aparcados y calles sucias. Nada especial me atrajo la atención. A pleno día era el peor momento para acechar una casa, pero carecía de opción. Confié en que Chen no vigilara desde la ventana que daba al jardín frontal, así que me arriesgué y lo crucé con pies de plomo. Al alcanzar la esquina, hice una seña con la mano a Jun para que cumpliera con su parte del plan.

En sigilo y pegado a la pared fui acercándome a la primera ventana. Me vino a la mente cuando registré la casa. Acabé escondido en el armario y escuchando la voz de Giannis hablando por el móvil.

¿Quizá hablaba con Harvey? Tres días después el italiano sería un fiambre. *La dolce vita*.

El móvil me vibró en el bolsillo. Intrigado, lo saqué del bolsillo y leí en la pantalla que había recibido un mensaje de un número desconocido.

«¿Alguna noticia de Piper? Rose».

La hermanastra seguía preocupada. Decidí que contestaría más adelante. Recordé el título de psicóloga que decoraba la pared de su antiguo dormitorio, y me pregunté si ejercería. ¿Se pasaría el día entero en casa?

Aparté a Rose de mis pensamientos, y me asomé con timidez a la cocina. No había nadie. Reparé en una cesta con frutas, algunas podridas. Más allá reconocí una parte del pasillo. Agucé el oído. ¿Cuándo llamará Jun a la puerta? ¿Se habrá arrepentido?

Lentamente, alcancé la segunda ventana. Si no recordaba mal, pertenecía al dormitorio de Feng. Miré hacia la casa del vecino por si acaso se preguntaba qué hacía un tipo ahí con actitud sospechosa. Por suerte, había levantado un muro de ladrillo cuya altura llegaba a los dos metros, más que suficiente para que no reparase en mí. Al fin llegó el sonido de alguien, supuestamente Jun, llamando a la puerta con decisión.

Por el hueco de la cortina pude entrever a Chen. Estaba de frente, de pie, pegado al armario. Si llevaba un arma, no la veía. Dijo algo aunque estaba demasiado lejos para oírlo con claridad. Deduje que hablaba con Piper sobre la presencia de alguien en la entrada, quizá le advirtiese de que guardara silencio.

Daba la sensación de que no pensaba moverse del sitio, lo que dificultaba ponerse en contacto con Piper. Me aparté de la ventana. Sentía la necesidad de romper el cristal de un puñetazo y pegarle cuatro voces al lunático ese. Ya estaba bien de tanta estupidez. ¿Qué mundo era este? Como si Jun leyera mi pensamiento, volvió a llamar a la puerta. Esta vez con mayor insistencia y llamando a su marido. ¿Cómo reaccionará Chen?, me pregunté.

Volví a asomarme con cautela por la ventana. Lo primero que vi fue el armario. Chen no estaba en mi campo de visión, así que observé con más detenimiento. A un lado, a otro. Solo pared blanca y unos cuadros horribles. Supuse que habría salido a hablar con su mujer, así que decidí arriesgarme. Golpeé la ventana quedamente con los nudillos. Nada sucedió. El dormitorio permaneció impasible.

De repente, como una aparición fantasmagórica, vi fugazmente parte del cabello rubio de Piper, y luego oí los muelles de la cama.

—Soy Mark —dije, en voz baja.

Como única respuesta, la oí otra vez moviéndose en la cama. Debía de estar amordazada. La imaginé con una mano o ambas atadas a la

espalda o al cabecero. Si había alguien que podía tener unas esposas como quien guarda un libro de cocina en casa, ese era Chen.

—Hay un pestillo —dije, absurdamente, señalando la ventana.

A los pocos segundos, oí de nuevo los muelles. Entonces vi sorprendido su pierna en el aire, como si intentara una postura inverosímil de yoga. ¿Qué iba a hacer?

La respuesta vino casi al momento. Escuché un golpecito en el marco de la ventana, después otro, y otro, como a intervalos. Por más que miraba por el hueco de la cortina no era capaz de verla. Un movimiento atrajo mi atención, y distinguí una sombra. Piper estaba intentando abrir el pestillo con la punta del zapato. Resultaba evidente que su sublime elasticidad como bailarina de *striptease* era un plus para situaciones bajo presión.

Las voces airadas de Jun y Chen me llegaron desde la entrada. Ella exigía pasar. Él se negaba. Gritaban en una mezcla de inglés y mandarín. Si Chen regresaba al dormitorio, sorprendería a Piper intentando escapar.

Busqué con la mirada a mi alrededor por si encontraba alguna herramienta u objeto que pudiera servir, pero solo había césped con calvas, malas hierbas y piedras. Sonó el clic del pestillo y fue como si el cielo se abriese de par en par. No lo pensé dos veces. Deslicé la punta de los dedos de ambas manos entre el resquicio del marco y el alféizar. Tiré hacia arriba lo suficiente para que meter la cabeza, y después el resto del cuerpo. Agradecí estar en forma. Piper estaba tumbada y amordazada con las manos esposadas al cabecero.

Levanté el pulgar derecho, como preguntando si se encontraba bien. Ella asintió con la cabeza, aunque tenía los ojos rojos de haber llorado. Deduje que la llave estaría en poder de Chen. Era evidente cuál era la única opción para liberarla: esperar a que regresara.

Le hice una seña con la mano indicando paciencia, y me oculté detrás de la puerta. Recordé cuando era un niño y jugaba al escondite con mi hermana. Los únicos momentos felices de mi infancia siempre fueron junto a ella.

La discusión conyugal continuaba en la puerta. Lo que pude comprender fue que Jun estaba harta de las excentricidades de su marido, y que Chen exigía que lo dejara en paz, como siempre.

Continuaron así durante unos minutos más, hasta que escuché un portazo. Después, los pasos de Chen por la casa. ¿Buscaba algo? ¿Miraba a través de la ventana? Apreté los puños y comencé a respirar lentamente. Piper tenía clavada la mirada en el techo, esperando con resignación y escuchando lo mismo que yo.

Los pasos sonaron cada vez más cerca. Elegí la espalda como el lugar donde golpearle y me preparé para su reacción. Me resultaba imposible pensar en lo que haría una vez que liberase a Piper.

¿Querría avisar a la policía?

Contuve el aliento cuando escuché a Chen franquear el umbral. Quería evitar que se alejara demasiado, así que en cuanto asomó su espalda salí de mi escondite. Me acerqué con el máximo sigilo, aunque él me oyó e hizo el ademán de girarse. Se llevó la mano por debajo del polo, seguramente para sacar la pistola, pero el primer puñetazo fue directo al riñón y su idea no prosperó. Chen soltó un grito de dolor, se dobló y alzó la misma mano para rogar misericordia. Le empujé con fuerza, se dio contra el metal de la cama y cayó al suelo. Era un hombre derrotado.

Le quité el arma y la arrojé a un rincón, lejos de su alcance.

—¿Dónde está la llave? —pregunté, conteniendo la rabia.

—No he hecho nada —dijo, titubeando.

Me incliné sobre él.

—¿Dónde está la jodida llave? —insistí, a punto de perder la paciencia.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y me tiró la llave, pequeñita como su dignidad. Sin perderle de vista, me acerqué a Piper, abrí las esposas y le quité la mordaza.

—¿Estás bien?

Ella inspiró aire y asintió con la cabeza varias veces. Parecía a punto de llorar.

—Te llevo a casa. ¿Vale? —dijo, no muy seguro de si me estaba comprendiendo.

Se frotaba las muñecas enrojecidas. Volvió a asentir.

—¿O quieres que llame a la policía?

Sentada sobre el borde de la cama, dijo que no con la cabeza. El cabello rubio inclinado hacia delante ocultaba su perfil.

—Todo ha sido un malentendido —dijo Chen con cierto esfuerzo, que se había puesto de pie y tenía una mano en el riñón.

—A ti no te he preguntado.

—¡Aún eres mi empleado! ¡Trabajas para mí!

—Una mierda. Dimito.

Es lo que pasa en este país. Que casi todo el mundo sabe usar armas. A mi espalda, Piper cogió la pistola. Nunca supe la marca pero era pequeña, como de mujer. Metalizado brillante, empuñadora oscura, cañón discreto. Por su mente no debió de cruzar ningún pensamiento razonable, sino que su corazón se debió de llenar de ansia de venganza.

Justo cuando dije «Dimito», como si hubiera sido ensayado, oí un disparo y a Chen llevándose las manos al abdomen. La sangre no tardó en teñir su polo en una mancha negruzca. En sus ojos brilló el miedo más profundo. El olor a pólvora inundó el dormitorio. Me giré para ver a Piper que aún sostenía el arma con ambas manos, como si

dudara si pegar un segundo tiro.

—¡Piper! —exclamé corriendo hacia ella.

Le bajé los brazos de un manotazo mientras me fijaba en su expresión ausente. Ella dejó caer la pistola sin excesivo dramatismo. La cogí, abrí el tambor y tiré las balas al suelo. Después la guardé en mi bolsillo trasero.

En el suelo, con la espalda sobre la puerta del armario y las piernas abiertas, Chen cerró los ojos. Perdía mucha sangre.

—¡Llama al 911! —le ordené a Piper.

Sin pensarlo demasiado, fui al baño y cogí una toalla de mano. Al regresar, ella seguía inmóvil; parecía en otro mundo. Tapé la herida y cogí las manos de Chen para que se hiciera presión. Respiraba con dificultad. Su vida pendía de un hilo.

Cogí mi móvil y llamé a emergencias. La conversación fue directa al grano. Herido de bala y dirección Doreen Avenue, 1954. En la frente de Chen aparecieron gotas de sudor. Cuando colgué, me giré hacia Piper.

—¡No es la solución!

Se dirigió hacia la puerta con la intención de marcharse, pero de un par de zancadas me interpuse y la agarré del hombro.

—¿Por qué coño le has disparado?

—¿Es que no lo has visto? —dijo, señalando la cama.

Se zafó de mí como un trapo sucio.

—Yo me iba a encargar de él.

—¡Ya lo he hecho yo, joder!

—¿Te ha hecho algo más? —insistí.

—¡Secuestrarme a punta de pistola! ¿Te parece poco?

Salió medio tambaleándose, apoyándose en el quicio de la puerta. No estaba en las mejores condiciones físicas. Pensé en acompañarla, sin embargo, Chen requería toda mi atención. Sudaba como un cerdo, y abría y cerraba los ojos, como si el sueño estuviera a punto de vencerle. Oí que murmuraba y acerqué el oído.

—Solo… quería hablar con ella… La llamé Brysa… Nada más —dijo, con esfuerzo.

—¿Y la pistola y las esposas?

—No quería… escucharme.

Jun entró como una exhalación y, al descubrir a su marido, su cara adquirió una expresión de terror puro. Se arrodilló con los ojos empañados en lágrimas. Le dije que la ambulancia estaba de camino, pero no sé si me escuchó.

—Amor mío… —dijo, abrazándole.

Aprovechando que su esposa cuidaría de él, salí en busca de Piper. Al llegar a la acera miré a izquierda y derecha con desesperación. Allí estaba, a punto de llegar a la esquina. ¿Cómo había llegado tan lejos

en tan escaso tiempo? Corrí como alma que lleva el diablo.

—¡Piper! —exclamé cuando la tuve a unos veinte metros.

Se giró y, al verme, sin motivo aparente empezó a correr. Maldije para mis adentros y aumenté la velocidad. En la calle, pasaban un par de coches. Sorteé un par de perros, un cubo de basura y una anciana con bastón. En la acera algunos transeúntes se detenían y nos miraban extrañados, dudando si llamar a la policía. ¿Quién podía culparles?

—¡Escúchame, joder! —dije, cuando la agarré por el brazo—. Soy yo, Mark.

—¡Déjame en paz, quiero irme a casa!

Se resistía con fiereza.

—Tranquila, yo te llevo.

—¡Puedo ir sola!

—Lo sé, pero es mejor que vaya contigo —dije, con voz calmada—. Además, no tienes dinero ni móvil.

—¡Suéltame!

Me soltó un puñetazo en el pecho, después otro y otro. Dos mujeres de mediana edad y entradas en carnes empezaron a acercarse con aspecto agresivo, preocupadas de que la estuviera secuestrando. Ambas vestían con ropa deportiva y llevaban gafas de sol.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó una de ellas.

Disuadir de que mis intenciones eran buenas me pareció complicado. Aun así, levanté la palma de la mano como diciendo que todo estaba bien. Las mujeres intercambiaron una mirada, dudaban de qué hacer si desafiarme o largarse. Entonces Piper aprovechó el desconcierto para escapar. Las mujeres se interpusieron con algún bolsazo que otro, y eso causó que ella tomara una considerable ventaja. Cuando las dejé atrás, Piper cruzaba la calle a toda prisa.

Una furgoneta que se acercaba a toda velocidad frenó de repente. Piper se quedó petrificada en mitad de la calzada. El claxon sonó repetidas veces como un ruido infernal. El conductor sacó la cabeza lanzando improperios. Ella se llevó las manos a la cara y un instante después sus hombros se agitaron. Estaba llorando.

Me acerqué a ella y, con calma, la acompañé a la acera. Le dije que la llevaría a casa. A lo lejos oí el sonido de una ambulancia.

21

Cuando regresamos a casa de Feng ya no había nadie. La ambulancia se debía de haber llevado a Chen y Jun al hospital más cercano. Necesitaba un vehículo para llevar a Piper a su apartamento. El coche de Jun estaba aparcado donde lo dejamos, pero cerrado a cal y canto.

Se me ocurrió usar el Mustang de Chen, así que me puse a buscar las llaves en el interior de la casa, mientras Piper esperaba en el porche de la entrada. Se sentía mejor o al menos eso parecía. Aun así, me asomé por la ventana de la cocina para comprobar que no había huido otra vez. Estaba sentada, restregándose las manos, negando con la cabeza, seguramente reviviendo con angustia las últimas horas.

Después de una intensa búsqueda por el dormitorio y el salón sin encontrar las llaves, me di por vencido y llamé a un taxi.

—Llegará en cinco minutos —le dije un minuto después, sentándome a su lado.

Ella guardó silencio. La tranquilidad había vuelto al barrio.

—¿Él fue al club, verdad? —pregunté.

Cruzada de brazos, Piper asintió.

—¿Te obligó a que te fueras con él?

—Me ofreció dinero para que interpretara a Brysa, para que me pusiera su ropa y maquillaje —dijo, siempre mirando hacia el frente —. Un trabajo fácil, según él. Me pagó por adelantado. Fuimos a ese apartamento en Long Beach, me cambié de ropa pero después no me sentí cómoda y le dije que no quería hacerlo más.

—¿Hacer el qué?

—Vestirme y quedarme como una estatua sobre la cama.

—¿Algo más? —pregunté, inquieto.

—Nada más. Recibió una llamada y de repente me dijo que nos teníamos que ir.

Deduje que se refería a la llamada de Jun.

—Le dije que no —continuó—, pero sacó la pistola y me amenazó.

—¿Quieres llamar a alguien? Tu hermana está preocupada.

—¿Cómo la voy a llamar? —dijo, mirándome con desprecio—. No me sé el número de memoria.

—Tengo su número. Me envió un mensaje preguntando por ti.

Piper negó con la cabeza.

—¿Quieres que vayamos a la policía?

Se encogió de brazos como si tuviera frío.

—Quiero irme a casa, y después ya veré.

—Deberías ir a un hospital.

—Ya te he dicho lo que quiero.

Llamé al móvil de Jun, pero no contestó.

Unos veinte minutos después, el Uber nos dejó en la puerta de su edificio en El Centro Avenue. Piper llamó al portero automático y su hermana contestó.

—Piper, ¿eres tú?

—Abre, Rose.

Entramos, cruzamos el vestíbulo y subimos en ascensor en completo silencio. Tenía la sensación de que Piper no era consciente de que había disparado a un hombre, y de que quizá a esa hora ya estuviese muerto. Supuse que con el transcurso de los siguientes días se daría cuenta de la gravedad del hecho, o la policía se lo recordaría cuando fueran a detenerla.

Las puertas del ascensor se abrieron y vimos a Rose. Se abalanzó sobre su hermanastra y la abrazó. Le preguntó dónde había estado. Piper suspiró y le dijo que primero necesitaba dormir. Rose la cogió del brazo como si fuera una anciana, y la acompañó hasta el interior del apartamento.

Me iba a marchar cuando Rose pidió que entrara. Supuse que quería preguntarme dónde la había encontrado y algunos detalles más. No andaba sobrado de tiempo, puesto que debía reunirme con Eva Jenkins para que me entregara a Brysa. Rose llevó a Piper hasta su dormitorio.

—Espéreme en el salón —me dijo Rose.

Obedecí sin saber que era una trampa.

Justo cuando pisé el salón sentí un ruido a mi espalda. ¿Cómo sabía Harvey que iba a presentarme allí? Supongo que desde la terraza nos vio bajar del taxi y decidió prepararme una fiesta de bienvenida. Cuando me giré hacia atrás vi la sombra de un objeto en dirección a mi cabeza. Luego supe que era una llave inglesa. A pesar de que me hice a un lado con toda la rapidez de la que fui capaz, me atizó en un hombro. No me lo rompió de milagro, aunque solté una exclamación de dolor.

Me empujó y caí al suelo, cerca del sofá. Su apestoso aliento se cernió sobre mí.

—¿Dónde está mi dinero? —preguntó, blandiendo la llave inglesa.

—¿Tu dinero? —respondí, con una mano en el hombro.

—Sí, *mi* dinero. El que me robaste en *mi* puta casa.

—Se lo entregué a su dueño.

—¡Mentira! Tú eres igual que yo. Un tipo codicioso.

El bueno de Harvey me había calado a la primera.

—Puede ser, pero no llevo el dinero encima —dije, con esfuerzo a causa del calvario en el hombro—. Si quieres, lo puedo conseguir. Está guardado a buen recaudo.

Su cara estaba roja de ira.

—Mientes más que hablas. Primero, matas a Whisky y además me robas el dinero. Mereces morir como un perro.

—¿Eso fue lo que le dijiste a Giannis, verdad?

—No sé de qué me hablas.

—En el Elysian Park.

—¡Cállate!

—Fuiste tú quien robó a Brysa de casa de Chen. ¿Cuánto pasta te prometió Giannis?

—Acabas de firmar tu sentencia de muerte, detective de pacotilla —dijo, y alzó la pesada llave inglesa dispuesto a golpearme otra vez.

—¡Basta! —exclamó Piper desde el fondo del pasillo.

El esfuerzo por gritar hizo que se tambaleara, pero como Rose estaba a su lado se apoyó en ella.

—No te metas, Piper. Es una cosa entre este hombre y yo.

—Déjale en paz.

—Ya hablaremos tú y yo después —le gruñó a su hija.

Piper indicó a su hermana con un gesto de las manos que podía valerse por sí misma.

—Ya he consentido bastante tus estupideces, papá —dijo Piper, por su tono de voz parecía diez años mayor—. Te he dejado hacer y deshacer sin decirte nada, incluso a costa de perder dinero u oportunidades. Bueno, es mi padre, me decía. Ya estoy cansada de tus negocios sucios. Déjale o te juro que jamás te volveré a dirigir la palabra. Y haré lo posible para que Rose tampoco.

Harvey dejó caer la llave inglesa, cerró los ojos y tragó saliva. Parecía a punto de llorar. Aproveché para levantarme.

—Es mejor que te vayas —me dijo Piper, clavándome sus ojos azules.

Me despedí con un gesto de la cabeza. Salí del apartamento, bajé las escaleras y pisé la calle. Miré mi reloj de pulsera. Eran casi las cuatro de la tarde. Sin tiempo para recuperarme del hombro, llamé a Realistic Robotics y pedí hablar con Eva, pero me dijeron que lo sentían porque bla, bla, bla y que dejara un mensaje. Decidle a vuestra jefa que soy Mark Cannon y que me espere en la oficina que voy de camino.

Después llamé a Jun, pero tampoco me contestó. ¿Qué estaría pasando con Chen en ese momento? Busqué con la mirada por si pasaba un taxi. Quería acercarme a la casa de los Lin para recuperar mi moto, y de ahí salir para Realistic. Justo cuando cruzaba la calle, oí una estridente sirena de la policía. Al girarme, dos coches patrullas aparcaban en frente del edificio. Se bajaron con cara de malas pulgas y en fila entraron en el vestíbulo.

¿Venían a por Piper o Harvey?

Alcé la mirada hasta el apartamento en cuestión. A pesar de que la terraza parecía en calma, imaginé revuelo, gritos, nerviosismo, discusiones, qué sé yo. A una prudente distancia, es decir, sin llamar la atención, decidí esperar a ver qué sucedía. Se había quedado un agente custodiando los coches patrullas. Algunos que pasaban por ahí empezaron a preguntarle. Los vecinos, sedientos de morbo, se asomaron por la ventana.

Unos cinco minutos después, Harvey salía esposado por la policía.

Al anochecer, aparqué la moto frente a la sede de Realistic Robotics. Un puñado de nubes naranjas se había apoderado del cielo y daba la impresión de que ardía. Era un excelente espectáculo para el que, por desgracia, carecía de tiempo. Eva Jenkins debía de estar esperándome para entregarme a Brysa.

Me llamó la atención un par de cajas en el vestíbulo del edificio. Estaban cerradas y pegadas a la pared, como esperando a que alguien las moviera de allí. Subí en el ascensor pensando en Harvey, en que a esa hora aún estaría respondiendo las preguntas de los detectives de homicidios. Me compadecí de Piper. Todo le estaba saliendo mal.

Salí del ascensor y enseguida me extrañó un detalle. No solo faltaba personal en la recepción, sino que ni siquiera estaba el sofá donde senté mis posaderas cuando visité la empresa la semana pasada. Me dirigí hacia la puerta de cristal que daba acceso al interior, y reparé en que detrás del mostrador había una mesa completamente vacía. ¿Estarían remodelando la oficina?

El desconcierto aumentó al descubrir que tampoco había muebles ni personal. Lo que recordaba como un lugar de mesas, ordenadores y gente tecleando, ahora parecía un pueblo fantasma, con papeles por el suelo, estanterías vacías, cajas grandes con carpetas y sobre todo mucho espacio libre. Flotaba en el aire una intensa y perturbadora sensación de que algo relevante tocaba a su fin. ¿Realistic Robotics estaba cerrando? ¿La quiebra económica era ya un hecho?

—¿Hola? —pregunté, en busca de un rastro de vida humana.

Sin embargo, solo escuché un profundo silencio. Me pregunté si estaba a solas en Realistic Robotics, o Eva Jenkins me estaría esperando en alguna parte. Avancé hacia su despacho mientras seguía encontrándome habitaciones tan vacías como el cepillo de una iglesia. En una encontré cuerpos de cera mutilados, con los miembros esparcidos por el suelo: brazos, piernas, manos.

Con qué celeridad se había producido la quiebra de la empresa. En apenas unos días, todo se había ido a la mierda.

A través de las ventanas, la luz de la luna creaba una atmósfera de

película de terror de serie B. Un detalle revelador me hizo detenerme. Por el resquicio de la puerta del despacho de Jenkins, salía un débil resplandor, por lo que deduje que había una lámpara encendida. ¿Jenkins estaría allí?

Me llevé la mano a la culata de la Mauser, sujeta entre el abdomen y el pantalón. No podía olvidar que la traía conmigo a modo de protección. Antes de acudir a Realistic Robotics me había pasado por la casita de la piscina para cogerla. También busqué a Murray por si quería acompañarme, pero no lo encontré. Antes de marcharme, llamé a Jun por enésima vez para interesarme por el estado de Chen. Por fin descolgó y me dijo que los médicos habían conseguido estabilizarlo, que por suerte saldría de esta.

—En la ambulancia me pidió que te dijera que siguieras buscando a Brysa —dijo, pero con un matiz de incredulidad, como si supiera que su marido era un caso perdido.

—¿Vais a denunciar a Piper?

—¿Y ella a Chen?

—No lo sé.

—Nosotros tampoco.

Empujé lentamente la puerta del despacho de Jenkins. ¿Eva?, pregunté. Dicen que el cartero siempre llama dos veces, pues bien, yo solo tuve ánimo para una vez. Cuando la puerta se abrió, lo primero que vi fue la luz de una lamparita sobre el escritorio. Lo segundo fue una coronilla asomando por el respaldo de una silla, que estaba de espaldas a mí y orientada hacia la ventana. Los rascacielos del centro de la ciudad se veían a lo lejos, iluminados con arrogancia.

—¿Eva? —volví a preguntar mientras me acercaba con pasos cautelosos.

Distinguí un cabello largo y oscuro. La silla seguía inmóvil y entonces me temí lo peor. Alargué la mano para girarla desde el respaldo. Contuve el aliento para lo que se me venía encima. Recordé el cuerpo sin vida de Giannis cayendo del coche al suelo del parque Elysian. La silla soltó un quejido metálico y poco a poco fue revelando para mi sorpresa a su ocupante. Las facciones de la cara eran suaves y femeninas. Tenía los ojos abiertos de par en par, pero con una expresión sin vida. Lógico, tratándose de una muñeca robot.

El realismo no era tan logrado como el de Brysa. Tenía colorete en las mejillas, y sus labios estaban pintados de un rojo tan intenso que cegaba la vista. Llevaba puesto un bikini de color blanco que no daba abasto para tapar los exuberantes pechos. En conclusión, había caído en la trampa.

Oí a mi espalda un clic metálico. Al darme la vuelta descubrí a Eva Jenkins detrás de la puerta, apuntándome con una pistola. Joder, y yo preocupándome por si estaba muerta.

Pero algo extraño sucedió en mi interior. Sentí una emoción capaz de ahuyentar el miedo. Nunca había visto a Eva tan atractiva. Quizá por la penumbra que nos envolvía, o por la mirada que lanzaba sosteniendo el arma, o por una mezcla de ambos detalles. El caso es que su melena oscura cayendo a un lado, sus ojos enormes pintados de negro en los que centelleaba la determinación, y unos vaqueros negros y ajustados, me causaron estragos. Si iba a morir en ese despacho suntuoso, al menos la última imagen sería memorable.

—Ahora yo tengo el control —dijo Eva, con una sonrisa taimada.

—Eso parece.

—Las manos, arriba —dijo, con un gesto apremiante.

Obedecí con desgana.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté.

—¿Que qué es lo que quiero? Supongo que lo que todo el mundo. Felicidad y evitar la cárcel.

—Si es dinero no tengo ni un céntimo. Por si no lo sabías, vivo de prestado.

—Mientes —dijo frunciendo el ceño—. Harvey me dijo que le robaste el dinero.

—¿Y le crees?

—¿Una bala en tu estómago respondería tu pregunta?

—No tengo el dinero encima.

—Hay tiempo. Solo dime dónde está y vamos a por él.

—¿Quién tiene a Brysa?

—Olvídate de ella.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Estoy enamorado.

De la garganta de Eva brotó una carcajada de villana total.

—Está claro que fue el invento del siglo —dijo ella—. Si yo la tuviera en mi poder, no estaría aquí amenazando con una pistola. Ya la habría cambiado por dinero y ahora viajaría camino a la Toscana.

—¿Por qué solo hicieron una muñeca robot?

—Es un prototipo muy caro, demasiado. No escatimé en gastos —respondió, lo que confirmaba lo dicho por Philip Green, el ingeniero.

—A la vista está que fue un error —dije, señalando con la cabeza la empresa desmantelada.

Eva dio un par de pasos hacia delante. Esta vez sus pies estaban calzados. Llevaba unos sofisticados botines con cremallera y punta afilada.

—¿Dónde está el dinero?

Su arrollador encanto me hizo confesar de plano.

—En la casita de la piscina de mi amiga Sarah.

—¿Dónde vive?

—En Bel-Air.

Eva asintió con la cabeza. Supongo que no le pareció demasiado lejos.

—Abre el primer cajón —dijo, señalando con la mano el escritorio —. Muy lentamente.

Tiré del asa metálica y el mueble mostró su contenido. Sobre unas cuartillas, había unas esposas y al lado una guía de viajes de Italia.

—¿Fue todo idea de Giannis, verdad? —pregunté.

—¿El qué?

—Secuestrar a Brysa.

—En absoluto. Giannis era un idiota adicto al sexo, que solo follaba bien y le daba igual carne que pescado. Ponte las esposas.

—Siempre he tenido una curiosidad. ¿Cómo es posible que unos tipos tan diferentes como Giannis y Harvey acabaran juntos en un negocio tan sucio? Supongo que se conocieron en el Imperium, pero de ahí a aliarse…

Eva clavó sus bellos ojos en los míos, como si se preguntara qué estaba tramando en realidad con tantas preguntas.

—Digamos que tenían cosas en común. Ponte la esposas de una jodida vez —dijo, sin dejar de apuntarme—. No quiero volver a repetirlo, ¿me has entendido?

Seguí sus amables indicaciones y me esposé a mí mismo. Después me ordenó que me colocara de rodillas. Me cacheó hasta que encontró la Mauser. Sonrió con condescendencia, comprobó que el seguro estaba echado y se la guardó bajo la blusa.

Le pregunté cómo íbamos a ir hasta Bel-Air pero me ignoró. Se inclinó y con la mano libre se cercioró de que las esposas cumplían su función. Aspiré con agrado su perfume a lirios.

—Quizá en otras circunstancias tú y yo hubiéramos pasado un buen rato —le dije, sonriendo.

—Anda, cállate —replicó, con un morboso desprecio.

Pendiente de mí en todo momento, fue hasta detrás de la puerta, descolgó una chaqueta vaquera y la colocó sobre las esposas, ocultándolas.

—No olvides que te estoy apuntando —dijo, metiendo la pistola en el bolsillo de su cazadora—. Vamos, tú delante.

De esta manera bajamos en ascensor hasta el aparcamiento. Podía haber forzado la situación, quizá un golpe en el estómago y salir corriendo, o empujarla hacia la pared para que la pistola cayera al suelo. Sin embargo, aún debía averiguar dónde se encontraba Brysa y ella era mi última opción.

—¿Siempre guardas un juego de esposas en el despacho? —pregunté, para provocarla—. Tú y Chen tenéis mucho en común.

Ella me ignoraba con el desdén de una vegetariana a la carne.

—Te pega el *bondage* —insistí—. Seguro que también guardas una cuerda para excitarte de vez en cuando.

Me miró fijamente con tanto odio que se me puso la piel de gallina.

—¿Te quieres callar la puta boca?

—Si insistes…

Salimos del ascensor y nuestros pasos resonaron en el aparcamiento subterráneo, casi vacío a excepción de uno o dos coches aparcados. Uno de ellos era el de Eva. Un Tesla Model X con un maletero muy estrecho, como pude comprobar en persona cuando ordenó que me acomodara en su interior. Antes de cerrar la puerta, me preguntó por la dirección de la casita de la piscina.

22

Mientras me encontraba en el maletero sufriendo los vaivenes del trayecto, pensé que, al llegar a la casita de la piscina, Murray echaría una mano para reducir a la encantadora Eva. Además, si lográbamos intimidarla quizás confesara el vínculo entre Giannis y Harvey. Sin embargo, cuando el coche se detuvo y bajé del maletero, algo me inquietó que hizo olvidarme de Murray. La puerta de la reja estaba abierta. A Sarah siempre le había preocupado la seguridad. ¿Habría sido consecuencia de un despiste o por otro peligroso motivo?

Al ver mi cara de desconcierto, Eva preguntó qué ocurría. Le respondí con un gesto de la cabeza que mirara hacia la reja.

—¿Hay alguien dentro? —preguntó.

—No lo sé —respondí, aunque en verdad pensaba en Murray.

Eva tomó aire, como decidiendo si seguía adelante con el plan o se echaba para atrás.

—Venga, andando —dijo al fin—. Y recuerda que te estoy apuntando, así que no intentes jueguecitos. Solo quiero el dinero y ya está. No nos compliquemos la vida.

—Para mí ya es demasiado tarde. Me vuelves loco.

Me empujó de mala gana.

—Deja de decir estupideces o te pego un tiro en la entrepierna.

—¿Seguro que no has probado el *bondage*? Te pega mucho.

Con ella agarrándome del brazo, nos dirigimos hacia la casita por el sendero de piedra iluminado con focos plantados en la tierra. Me extrañó que la mansión estuviera a oscuras, salvo por una luz de emergencia en el porche. Rodeamos la piscina bañada por el resplandor lejano de la ciudad y llegamos a la casita, sumida en la quietud. Ni rastro de Murray.

—¿Qué vas a hacer con el dinero? —pregunté.

—No es de tu incumbencia.

Entramos por la ventana corredera y me ordenó que encendiera la luz, cosa que hice aún intranquilo por haberme encontrado la reja abierta. La lámpara del techo arrojó luz sobre el salón. Después Eva preguntó otra vez con modales de colegio público dónde guardaba el dinero. Le respondí que en el dormitorio y ella me miró incrédula, o al menos eso fue la impresión que dio. Recorrimos el pasillo y entramos. Esta vez ella encendió la luz y la cama apareció antes nuestros ojos. Estaba deshecha, como siempre. Me alegré de que mi hijo no estuviera conmigo para que no copiara la costumbre.

—Arrodíllate —ordenó.

—Por fin empieza a ponerse esto interesante.

Me colocó el cañón de la pistola sobre la sien. Estaba helado como su corazón.

—¿Dónde está el dinero?

—En el conducto del aire.

Dio un paso atrás y alzó la mirada hacia la rejilla.

—Eso habrá que verlo —dijo ella—. Túmbate bocabajo.

Obedecí. Desde el suelo la oí moverse. Supuse que había cogido el taburete de mimbre para alcanzar la rejilla. Crujió y luego escuché cómo tiraba no sin esfuerzo del marco. Debió de haberse guardado la pistola bajo la blusa, junto a la Mauser, para buscar con mayor comodidad. La rejilla cayó sobre la cama. Se sacudió el polvo, y empezó a dar golpecitos con la mano, como tanteando. Se produjo un silencio. Después escuché el sonido de los billetes, rozándose con fruición.

—¿Está todo? —preguntó.

—Digamos que una parte fue para gastos de empresa.

—Vaya, y parecías una buena persona.

—Las apariencias engañan.

Me tiró del cuello de la sudadera para que me pusiera otra vez de rodillas. Las muñecas empezaban a dolerme, lo que se sumaba a la molestia del hombro por el golpe con la llave inglesa. Se imponía una visita urgente al fisio. Eva se plantó ante mí y levanté la vista. Me apuntaba con su arma, pero ahora su expresión ya no era crispada sino divertida. Su sonrisa era maquiavélica, de oreja a oreja. ¿Quién dijo que el dinero no da la felicidad?

—Te has portado bien —dijo, con algo de soberbia—. Mereces un premio.

—No puedo estar más de acuerdo. ¿Cuánto me corresponde del botín?

Medio agachándose, con la mano que sujetaba la pistola apoyada en el armario, bajó muy despacio la cremallera del botín derecho. Sonó como una fugaz melodía cargada de erotismo. El pie desnudo quedó libre para diabluras. Era pequeño y bonito, con las ya familiares uñas pintadas de negro. Sin previa presentación, alzó el pie y metió el dedo gordo en mi boca. Así, sin más, como si fuera lo más natural del mundo. Ayudándome de las muñecas esposadas, lo sostuve por el talón. Chupé el dedo sintiendo la calidez, la tersura y el morbo. El cañón de la pistola tembló. Los ojos oscuros de Eva brillaron de placer.

Dejé el dedo gordo para el banquete final, y fui pasando la lengua por el resto de los dedos góticos con la misma dedicación. Una chupada aquí, otra chupada allá. Era excitante sucumbir a sus deseos más salvajes. Esto no era una escena de las cientos de pelis porno que

protagonicé en su momento, sino la vida real, y por eso resultaba mucho más auténtica y lujuriosa.

Oí un gemido. Alcé la vista y me fijé en que se mordía los labios. Fue entonces cuando supe que era el momento idóneo para un interrogatorio.

—Quiero hacerte una pregunta.

—Dime —dijo, con la voz entrecortada.

—¿Cómo se conocieron Harvey y Giannis?

Guardó silencio, pero mordisqueé su dedo gordo y después me lo introduje hasta el fondo. Extasiada, bajó el arma sin ser consciente de ello. Estaba fuera de sí, en una nube de placer indomable.

—¿Cómo se conocieron esos dos? —insistí.

—A través… de la psicóloga de Giannis…

Deduje que el italiano necesitaba a alguien de confianza para robar a Brysa de casa de Chen y Jun. Lo que no me encajaba era que su psicóloga le facilitara un nombre para cometer un acto delictivo. De pronto, recordé el título de la licenciatura colgado en la casa de Harvey. No, no podía ser verdad… Sentí como si todo me diese vueltas.

—¿Rose? ¿La hija de Harvey?

Tragó saliva.

—No sé quién era —dijo, con un hilo de voz—. Solo sé que estaba muy influenciado por ella… Ahora, cállate y sigue chupando.

Una vez que Eva sació su libido, se largó de la casita con la pasta. Sin embargo, antes obligó a que me desplazara hasta el cuarto de baño, donde me esposó al grifo de la bañera. Adujo que debía impedir que la siguiera, y que diera gracias al cielo de que no me descerrajara un tiro. Después, desde el umbral de la puerta, me obsequió con una mirada de despedida oscura y penetrante.

—Todo esto no es nada personal, Mark.

—Lo sé —dije, sentado en la bañera con cierta incomodidad.

—Quizá en otra vida nuestros caminos se vuelvan a cruzar.

—Espero que la actual sea lo suficientemente larga, porque ahora tengo mis dudas.

Se giró y se fue sin más. La oí alejarse y me pregunté si volvería a verla. Quizá en las calles de Roma o Dios sabe dónde, y entonces ajustaríamos cuentas de toda índole.

En la soledad del cuarto de baño, una mujer reemplazó a Eva en mis pensamientos. Rose Brooks, la hermanastra de Piper. Rose Brooks, la hija de Harvey. Rose Brooks, la psicóloga. Rose Brooks, la *voyeur*.

A causa de su apariencia de mosquita muerta, la había

subestimado.

Imaginé la situación. Giannis contacta con ella para tratar su adicción al sexo. Por lo visto, se tira todo lo que se menea, según dijo Eva. Rose lo atiende en persona u *on line*. Un tratamiento a base de sesiones y quizá pastillas lleva su tiempo, por lo que cultivan una relación de mutua confianza. Rose llega a conocerle en profundidad, su vida personal, sus ambiciones en Realistic Robotics, las rutinas de su trabajo… ¿Se enamora de él? Quizá deja caer el nombre de su hermana y Giannis, curioso, visita el club para conocerla. Ahí es donde empieza todo.

Oí el ruido de la ventana corredera. Alguien había entrado en la casita. ¿Quién podía ser? Una voz familiar me llegó desde el salón.

—¿Mark?

Respiré aliviado. Murray, al fin. Le grité para que se acercara al baño.

—¿Qué haces ahí? —preguntó al verme.

Llevaba la Mauser cogida por el cañón. Se la habría encontrado tirada por el camino. Pospuse la celebración del reencuentro de mi pistola favorita para una mejor ocasión.

—¿Puedes sacarme?

Se llevó una mano al mentón en actitud reflexiva.

—Ahora vuelvo.

Diez eternos minutos después, volvió armado con una llave inglesa. Desenroscó una de las tuercas del grifo que la sujetaban a la pared, y quedé libre como un pájaro.

—No vas a creer como he acabado así —dije.

—Vine para buscarte —dije, ignorando mi comentario—. No contestabas al móvil.

Algo en su mirada me causó un estremecimiento. Se avecinaban malas noticias.

—¿Qué pasa?

Apretó sus gruesas mandíbulas.

—Han atacado a Sarah.

—¿Qué?

—Le han dado una paliza. Está en el hospital. Vengo de allí.

—¿Cómo está?

Murray resopló, como diciendo «regular».

—¿A qué estamos esperando para ir a verla? —pregunté.

Cuando vi a mi amiga en la camilla, entubada y frágil, sentí que explotaba una granada en mi interior haciéndome añicos. Sarah, ¿qué te han hecho? Al acercarme comprobé que dormía y respiraba

suavemente. La cara estaba hinchada con moratones en la frente, un ojo y los labios. Su antebrazo derecho, escayolado. Si había roto algo más estaba oculto por la sábana. Quienquiera que hubiese sido el autor de la paliza se ensañó a conciencia.

Murray rodeó la camilla y se colocó en frente de mí. Me pregunté si debía de llamar a alguien de la familia de Sarah, pero recordé que sus padres la repudiaron por dedicarse a la pornografía. Por ese motivo no hablaba demasiado sobre ellos, si acaso alguna vez dijo que vivían en Florida y poco más. A decir verdad, nunca los echó en falta ni cuando estuvo en la cúspide del cine de adultos, ni cuando pasó su momento de gloria y debió marcharse por la puerta de atrás como tantas otras.

Un par de enfermeras nos miraron con desconfianza a través de la ventana, aunque pasaron de largo. Aún tenía una de las esposas alrededor de mi muñeca, pero las llevaba recogidas y cubiertas por una prenda de ropa para no llamar la atención.

—Nos van a pedir que nos vayamos en cualquier momento —dijo Murray, refiriéndose a las enfermeras—. No podemos estar aquí mucho tiempo más.

—Tenemos que saber qué ha pasado.

Murray negó con la cabeza.

—Mañana venimos, seguro que estará despierta. Vendrá la policía a tomarle declaración.

—Tal vez sea demasiado tarde.

Cogí la mano de Sarah y apreté con cuidado, pero siguió inmóvil. Noté una opresión en el pecho. Qué breve y delicado es el tiempo que transcurre entre la vida y la muerte. Me incliné y susurré su nombre. Mientras esperaba su reacción evoqué aquella vez que, durante el descanso de un rodaje, compartiendo un cigarrillo en medio de un frío del demonio, conversamos sobre las enormes ganas que teníamos cada uno de disfrutar de una relación seria. Conocer a los padres, planear el fin de semana, acudir a una boda, tender la ropa interior, discutir por cualquier tontería, sentir celos, comprar un regalo a medias, tomar el postre a medias y cosas así. Nos preguntamos, entre risas, cómo sería follar con una misma persona durante años.

Así se fue tejiendo nuestra amistad, en las largas pausas de los rodajes compartiendo drogas y sueños. Conocíamos con profundidad el cuerpo del otro, y quizá eso nos permitió desnudar nuestras almas sin complejos. Éramos actores, sin embargo, lejos de la cámara nos costaba fingir normalidad en nuestras respectivas vidas.

Sarah abrió los ojos muy despacio y reparó en nuestra presencia. Murray y yo intercambiamos una mirada expectante.

—¿Dónde estoy? —preguntó con un hilo de voz.

—En el hospital —respondió Murray—. ¿Cómo te encuentras?

—Con mucho sueño.

—¿Recuerdas algo de lo que pasó? —pregunté, apretando los puños en los bolsillos del pantalón.

Sarah asintió con la cabeza. Su cabello rojizo parecía oscuro por la fría luz de la lámpara de la pared.

—No sé cómo pero entraron —dijo, con esfuerzo—. El sistema de seguridad no avisó.

—Debieron de sabotearlo —dijo Murray.

—Yo estaba en el gimnasio, con los auriculares puestos… —Sarah cerró los ojos por un momento, como si deseara recrear la escena en su mente—. Me cogieron por detrás y me echaron al suelo.

—¿Cuántos eran? —pregunté.

—Dos. Querían mi móvil. Les di el que tenía en ese momento, porque el otro, el que uso siempre, estaba roto.

—¿Los conocías?

Meditó la respuesta.

—No.

—¿Dijeron algo?

—Sí —Tragó saliva—. «Por meterte donde no te llaman». ¿Hay agua? Tengo sed.

Murray sirvió agua en un vaso de plástico y la ayudó a beber, mientras yo pensaba quiénes podían haber sido los asaltantes.

—¿Dijeron algo más?

—No que yo recuerde.

—¿Crees que está relacionado con Brenda? —preguntó Murray.

Sarah torció el gesto a causa del dolor.

—Puede que sí. Es el único problema serio que he tenido en mucho tiempo, y ha sido días después de dejarla en el aeropuerto.

—Ese cabrón de Flynn —dije, dirigiéndome a Murray.

—Escuchadme los dos —dijo Sarah, lentamente—. No quiero que os metáis en líos. Dejad a la policía que se encargue. ¿Me habéis oído?

Murray y yo guardamos silencio.

—¿Me habéis oído? —insistió, alternando la mirada.

—Está bien —respondió Murray, con la cara seria.

—Vale —dije yo.

23

Apenas habían transcurrido unos minutos después de salir del hospital, cuando ya estábamos en la *pick-up* rumbo al puerto de Los Ángeles. Murray y yo improvisamos un plan con objeto de dar su merecido a ese idiota de Tom Flynn. Queríamos asegurarnos de que se arrepintiese de haber ordenado vapulear a nuestra amiga y, con esa noble aunque ilegal finalidad, debíamos hablar con él cara a cara.

A pesar de que la rabia nos ardía en nuestros pulmones, Murray condujo manteniendo la calma. No me sorprendió, ya que empezaba a conocer la habilidad de mi amigo para congelar sus emociones. Yo, en cambio, suspiraba de frustración ante cualquier inconveniente que nos retrasara, un semáforo en rojo, un paso de cebra o una torpeza de otro conductor. Notaba cómo poco a poco el ansia de violencia me iba haciendo mella. Imaginaba la cara de Flynn con magulladuras y brechas, y brotando de sus labios palabras de compasión. No me sentía orgulloso, pero la ética, la moral y todo aquello que apelaba al sentido común se había ido a la mierda. Murray y yo éramos dos ángeles del infierno con un solo propósito.

A lo lejos me fijé en el azul eléctrico de las Marina Towers. Respiré con profundidad porque significaba que llegaríamos en breve. Y cuando, ya en el aparcamiento del puerto, contemplé los barcos atracados en los diferentes muelles, mi cuerpo recibió un chute suplementario de adrenalina. Me afané por buscar con la mirada el yate de Flynn y casi enseguida di con él. Seguía en el mismo lugar que la última vez. Flotaba como una mierda en el váter de una estación de autobuses.

Aparcamos la *pick-up* a una prudente distancia. El puerto parecía en calma. Las gaviotas dormían a pierna suelta. La luna se reflejaba trémulamente en el agua. A pesar de que no veíamos a nadie en la cubierta del yate, había luces encendidas, lo que alimentó la esperanza de que Flynn estuviera dentro. Recordé nuestra agradable conversación hace unos días y me pregunté si habría reemplazado el cristal de la ventana.

Abrí la guantera y saqué el móvil de Sarah. Era de alta gama, con pantalla grande y protegido por una funda de piel y rojiza, que no había servido mucho, pues tenía la pantalla con una grieta en una esquina. Como contenía información relevante, nos había pedido que se lo guardáramos. El que le habían robado los tipos que le dieron la paliza era uno básico, sin datos personales.

—¿Cuál es el código de desbloqueo?

Murray me lo dijo y pulsé los números. Apareció la pantalla de inicio y busqué la aplicación del teléfono. Quedaba poca batería aunque suficiente para una llamada. En el apartado de «Llamadas recientes» había un número que se repetía muchas veces. Debía de ser el de Flynn o el de alguien cercano a él, como el mequetrefe de su secretario. En mi móvil, apunté el número y apreté el botón de llamada.

Descolgaron al primer tono.

—¿Quién es? —preguntó una voz aguda.

—¿Eres el secretario de Flynn?

—¿Quién llama?

—Tengo la dirección de Brenda en Las Vegas.

—¿Qué?

—Límpiate la oreja, amigo —dije, con voz petulante—. Quiero mil dólares por ella.

Se oyó un silencio y después el secretario hizo una pregunta.

—¿Quién eres y cómo conseguiste esa información que según tú me interesa?

—Un antiguo trabajador de Sarah. He accedido a su móvil.

—Por eso tienes mi número… ¿Tienes alguna prueba?

Busqué fotos de Brenda en el móvil de Sarah y después me las pasé al mío por *bluetooth*. Eran dos imágenes. Sonreía con su niño en un entorno bucólico. Ignoraba cuándo fueron tomadas, pero no disponía de tiempo para buscar los metadatos. Se las envié al secretario.

Un minuto más tarde volvió a hablar el hombrecillo.

—¿Tienes el móvil de ella?

—Sí. El que os llevasteis era uno que usaba ella para emergencias. La dirección y mensajes de Brenda está accesible por un módico precio.

—¿Dónde estás?

—Quedamos en media hora en Culver City, frente a la cafetería Miami.

—Vale.

—Trae el dinero en metálico y ven solo. No me la juegues.

—No te preocupes, confía en mí.

Colgué y volví a guardar el móvil de Sarah en la guantera.

—Ahora a esperar —dijo Murray.

Ambos nos fijamos en el yate de Flynn, donde se estaría llevando a cabo una conversación determinante para nuestro plan. Al cabo de unos diez minutos, observamos a un grupo de tres hombres que salían en fila por la pasarela. Distinguimos que al frente de ellos caminaba el secretario, seguido de dos tipos del tamaño de un armario ropero, seguramente la guardia pretoriana de Flynn. Recorrieron todo el muelle con determinación, abrieron la reja y después se subieron a un

coche oscuro, aparcado justo enfrente.

—Nos hemos quitado de encima a los tres. De momento el plan va por buen camino —dijo Murray—. ¿Cuánto tiempo crees que tenemos?

—Entre ir y volver de Culver City, calculo que tardarán unos cuarenta minutos.

—No hay tiempo que perder.

Bajamos y nos dirigimos al muelle. Al no disponer de la llave de la puerta de acceso, saltamos por la reja y con cuidado avanzamos entre las afiladas rocas. Se oía el agua golpear el casco de las embarcaciones, y estas se movían algo inquietas creando una atmósfera espectral. Ese tramo se me hizo eterno. En medio de la oscuridad era jodido encontrar puntos de apoyo, además de que a cualquiera que pasara por ahí le podría llamar la atención dos sombras en actitud sospechosa.

Alcanzamos el muelle y empezamos a caminar en sigilo, encorvados, atento a los barcos que nos flanqueaban por si salía alguien a dar la voz de alarma o cortarnos el paso. La madera crujía resonando en la noche. Quizá alguien se hubiera quedado con Flynn para cubrirle las espaldas, pero si era así tendríamos que hacerle frente de cualquier manera. Por si acaso, saqué la Mauser.

Subimos por la pasarela del yate a cámara lenta. Entramos el salón pareciendo dos ladrones en busca de dinero y joyas. Siguiendo mi instinto, bajé por las escaleras mientras Murray subió a la cubierta superior. Supuse que si no encontrábamos a nadie, nos reuniríamos en el salón.

Oí un gemido. Pero fue tan repentino y apagado que no supe distinguir si era de hombre o mujer. Avancé conteniendo la respiración al tiempo que sentía el delicado zarandeo de las olas. Enseguida oí otro gemido y después otro más largo. Agucé el oído, sin embargo, solo escuché la profundidad del silencio. Me encontré con varias puertas cerradas muy próximas entre sí, por lo que pegué la oreja en cada una hasta que en la última escuché un ruido. Consulté el reloj de la muñeca: casi la una. Eché la vista atrás pero no vi a Murray.

Agarré el pomo, abrí de un golpe seco y me agaché por si acaso alguien disparaba. Todo ocurrió muy deprisa. Flynn estaba en la cama, desnudo, con la cabeza entre las piernas de una mujer negra. Sin duda, muy ocupado para advertir lo que sucedía en su yate. Desconcertado, levantó la cabeza y se giró hacia mí.

—¿Qué demonios…?

Me puse de pie y le apunté con la Mauser. Su barriga parecía más grande y sebosa. Supuse que no estaba en su agenda que alguien lo amenazaría en su picadero flotante.

—Pon las manos donde yo pueda verlas —dije, pensando en que tendría oculta en alguna parte la pistola que usó aquella noche para disparar contra la ventana.

La mujer estaba inmóvil, muda y sin vida, lo que no resultaba extraño ya que era otra de esas muñecas robot exuberantes. Tenía los ojos abiertos y miraba hacia el techo. Sus rasgos exóticos me recordaron en el acto a Brenda. La obsesión de Flynn por esa mujer carecía de escrúpulos. Al igual que entre Piper y Brysa, el parecido era asombroso, fruto de un artesano.

—¿Qué es lo quiere? —preguntó Flynn, mirándome con desprecio.

—¿Es de Realistics Robotics? —pregunté, señalando a la muñeca con un gesto de la cabeza.

—¿Qué? —dijo, como si le hablara en otro idioma.

—¿Dónde la ha conseguido?

—¿Es eso lo que quiere? Llevésala, tengo más.

Me dio la impresión de que Flynn no me reconocía, y eso que solo habían pasado unos días desde nuestra visita. ¿Qué drogas tomaba este hombre? Le pregunté si las robots se las proporcionaba Eva Jenkins.

—¿Eh? No la conozco. A mí, un italiano, a través de mi secretario, me vendió un prototipo.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Como unos seis meses.

Lo que significaba que era un prototipo antiguo, por lo tanto sin el Cristallo15, el procesador que hacía a Brysa más real que a ninguna otra.

—Me dijo que podría elegir cualquier cara de una mujer real para hacerlo más creíble —continuó Flynn—. Si es lo que quiere, le pondré en contacto con él.

Hay demasiada gente haciendo negocio a costa de fantasías ocultas, pensé. ¿Cuántas muñecas de Realistic Robotics habría por la ciudad con al aspecto de una mujer real sin que ellas lo supiesen? Y si se podía dialogar con las robots gracias a la tecnología, los clientes estarían dispuestos a pagar más dinero.

—Será complicado, porque está más muerto que mi abuela.

—¿Cómo?

Harto de su cara, le solté un culatazo en la cabeza, como una manera original de cambiar de tema de conversación. Flynn soltó una exclamación de dolor y cayó al suelo. La imagen de Sarah en el hospital se cristalizó en mi mente.

—¿A cuántas más vas a acosar o meterlas una paliza, Flynn, eh, a cuántas más? —le pregunté.

Tosió repetidas veces. Con la sangre hirviendo, le di una patada en su espalda peluda.

—¿Qué mujer será la siguiente?

—¿Vienes de parte de esas zorras? —preguntó con dificultad—. Ahora lo entiendo todo.

Murray apareció de repente por mi espalda. Le bastó extender la mirada por todo el camarote para comprender lo que sucedía.

—Que os jodan —dijo Flynn, sonriendo con un hilo de sangre en la frente—. No os pienso suplicar.

Murray, a mi lado, levantó su arma y le disparó. Flynn volvió a caer al suelo, se llevó las manos al estómago y vio al instante cómo se ensangrentaban. Sus ojos centellearon de miedo. Me quedé mirando a mi amigo, desconcertado.

—Apareceré en vuestras pesadillas, hijos de puta —dijo, agarrándose a la cama con el último aliento de vida.

Murray amartilló el arma y volvió a disparar. Flynn quedó bocabajo sobre el suelo, inerte.

—Vámonos cagando leches —dije, con voz trémula.

Regresamos con apremio por donde venimos. Mis pulsaciones estaban disparadas. Imaginé que se formaría un lío en cuestión de minutos, la policía, la prensa y todo eso, pero para entonces confiaba en que ya estaríamos muy lejos.

A la mañana siguiente, las cadenas de televisión informaron de que un empleado había encontrado el cuerpo sin vida de Tom Flynn.

En las imágenes, un policía comunicaba a los medios de manera solemne que el yate había sido registrado en busca de pruebas, y que los forenses seguían analizando la escena del crimen. Al mismo tiempo recababan información de las personas que estuvieron en contacto con el fallecido, en los días previos al deceso. Para terminar su intervención, aseguró de que aún no había detenidos.

Como suele ser habitual en la muerte de celebridades, varios programas de sucesos ofrecieron una biografía resumida de Flynn destacando su origen acaudalado, sus estudios universitarios y las empresas de las que había sido dueño. Por supuesto, el lado perverso del insigne empresario quedó oculto bajo la alfombra, quizá porque no convenía a nadie enemistarse con las altas esferas del poder. Afirmaron que el funeral sería al día siguiente en la Catedral de Santa Vibiana, y que la comunidad, consternada, exigía justicia.

Murray y yo estuvimos de acuerdo en evitar que Sarah se enterase de lo sucedido, lo que fue sencillo ya que ella se encontraba en el hospital. A pesar de que había un televisor a su alcance, la suerte quiso que no manifestara ningún deseo de encenderla. Cuando volviera a su casa ya sería otra cosa, pero hasta entonces creímos

conveniente no someterla a una mayor presión. Lo esencial residía en que los médicos le dieran el alta para que iniciara cuanto antes su recuperación física y psicológica.

Nos íbamos turnando cada hora para atenderla, aunque dormía la mayor parte del tiempo. Cuando se despertaba, mis conversaciones con Sarah se basaban en lo que ella necesitaba acerca de comida o agua. Y si el dolor reaparecía, llamar a una enfermera para que suministrara un analgésico.

Solo una vez tomó conciencia del mundo exterior al preguntarme por la investigación del paradero de Brysa. En mi mente se agolparon las imágenes de Piper y Chen en la casa de Feng, el disparo, la sangre, los gritos de Jun; y si retrocedía en la trama, veía el cadáver de Giannis e incluso el del perro de Harvey. Todo un despliegue de horror y violencia. A decir verdad, era un milagro que yo siguiera con vida.

—Me queda por hablar con una persona. Si no consigo nada, lo dejo. Se han complicado las cosas.

—¿Por qué nuestras vidas son siempre complicadas, Mark?

Me hubiera gustado responder con una frase lapidaria, pero estaba vacío de ingenio, así que suspiré largamente.

—Es lo mismo que pienso yo —dijo Sarah, con ironía—. Por eso creo que cuando me recupere, porque lo voy a hacer cueste lo que cueste, voy a vender la mansión y pagaré lo que debo a los bancos.

Me pregunté si era una decisión tomada por la influencia de los calmantes.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé, algo se me ocurrirá. Pienso que las cosas pasan por una razón y esto ha sido un aviso.

Si había una mujer con una mente para los negocios, esa era ella. Sin duda, encontraría el camino adecuado para lograr su propósito, como ya lo hizo mientras fue una de las mejores actrices porno de su época. Había supuesto muchas veces que en realidad era millonaria y que ya no necesitaba trabajar nunca más en su vida. Su naturaleza emprendedora la obligaba a saltar de un negocio a otro, siempre de desafío en desafío.

—Escucha, Mark —dijo, y tragó saliva—. Conmigo siempre tendrás un techo y un plato caliente, ya lo sabes. Pero ya va siendo que superes lo de Kim y rehagas tu vida, ¿no crees?

—¿A qué viene todo esto? ¿Es que te vas a morir y no me he enterado?

Sarah se rio con un gesto de dolor.

—Calla, idiota. Lo único que te digo es que dejes de buscar empleo en los gimnasios. Vales más que eso.

La necesidad de cerrar la investigación de una vez alrededor de

Brysa, hizo que me viera en la obligación de separarme de Sarah. Hablé con Murray y le pregunté si podía hacerse cargo él solo de acompañarla en el hospital durante un par de días. Accedió sin problema, aunque antes me pidió unas horas para resolver algunas tareas pendientes de su vida personal. Le pregunté cuáles eran por simple curiosidad, ya que un crimen había creado un vínculo entre nosotros. Sin embargo, fue evasivo y yo no quise insistir demasiado.

A eso de la seis de la tarde se produjo el relevo. Sarah estaba durmiendo, por lo que no me despedí, pero sí de Murray.

—Ten cuidado —me dijo.

—Lo haré.

Murray y yo no habíamos intercambiado una palabra sobre lo ocurrido en el yate, y pensé que era lo mejor. Así daba la sensación de que no había ocurrido nada, que la muerte de Flynn era algo ajeno a nosotros, y que la policía nunca nos atraparía porque otros habían apretado el gatillo.

Fui hasta el aparcamiento del hospital y me subí a mi Sportster Iron 883. Antes de localizar a Rose, efectué una parada técnica en casa de Kim. Ella estaba a punto de servir la cena y dijo que Josh estaba jugando a la consola. No deseaba alterarla, pero me vi en la obligación de contarle lo de Sarah, al fin y al cabo se apreciaban.

Su reacción fue como esperaba. Llevarse la mano a la boca y lamentarlo profundamente. Como es natural, preguntó acerca de los detalles. Un cliente se volvió loco y no hubo forma de pararlo, respondí. Añadí alguna vaga información para que Kim comprendiera que no sabía mucho más. Detestaba mentirla. La abracé, prometí que Sarah saldría adelante y que, en caso de cualquier novedad, me pondría en contacto con ella.

Cuando entré en el dormitorio de Josh, jugaba con su *tablet* tumbado sobre la cama. Era un juego que se desarrollaba en una isla y consistía en saltar a lo loco apoyándose en plataformas móviles. Le planté un beso en la cabeza y me senté a su lado. Me dijo con una mirada brillante que estaba a punto de romper su marca personal, así que le felicité con entusiasmo.

Después le pregunté sobre sus notas en el colegio y sus amigos, nada original, pero necesitaba escuchar su vocecita aguda e ingenua. Recordé la promesa que me hice cuando nació: Mark, no te parezcas al cabrón de tu padre. Sentí el orgullo recorriendo mis venas porque la estaba cumpliendo.

Resultó que Kim había preparado macarrones con queso para un regimiento, así que me quedé a cenar. Josh se mostró ingenioso y reímos sus ocurrencias con ganas. Los tres a la mesa, hablando sobre esto y aquello, tenía una atmósfera de vida anterior que deseé que no se acabara nunca. Creo que Kim también debió de sentir algo

parecido, y se alegró de que estuviera con ellos. La familia Cannon se había deshecho en pedazos, pero en su interior aún quedaba una palpitante llama.

24

Aparqué la moto a una manzana de distancia del domicilio de Piper y Rose, con la intención de averiguar de una vez por todas quién tenía a Brysa. Para ello, me formulé una pregunta existencial. ¿Quién coño es Rose?

Sabía de ella que era la hermanastra de Piper, que era psicóloga, *voyeur* y que uno de sus pacientes había sido Giannis, el difunto italiano y adicto sexual. Sin duda, su «garganta profunda», la fuente de información que desveló el negocio de los prototipos de los robots sexuales de Realistic Robotics. Quebrando su código deontológico, ella debía de haber propuesto a su hermana como inspiración de Brysa. Nada de un encuentro casual de Giannis con Piper en el escenario del Imperium. Desde un principio, Rose había sido quien había movido los hilos en la sombra.

Evoqué el momento en el que la descubrí espiando a través de la ventana de la terraza. Estaba sumida en la penumbra y sus ojos, oscuros y ansiosos, refulgían de lujuria. Supuse que no sería la primera vez que, por cada conquista que Piper se llevaba a casa, colmaba sus fantasías. A todas luces, la naturaleza de su relación era íntima y provocadora. ¿Desde cuándo actuarían de esa forma? ¿Era una suerte de deferencia de Piper hacia Rose? ¿Soñaba Rose con apoderarse de Brysa?

Miré hacia la ventana del salón de su apartamento. La luz estaba encendida. Supuse que a esa hora Piper trabajaba en el club, si es que había vuelto a trabajar después del secuestro, por lo que Rose estaría en casa.

Consideré mis opciones. Podría entrar con cualquier excusa: cómo se encontraba Piper, por ejemplo; ganarme la confianza y, de repente, imponer mi fuerza y registrar su dormitorio de arriba a abajo. Ella no podría detenerme y, si llamaba a la policía, cuando apareciesen ya me habría marchado. El dilema residía en que si no encontraba a Brysa, durante un largo tiempo Rose se olvidaría a propósito de ella dondequiera que la mantuviera cautiva.

Si es que estaba en su poder, claro.

Necesitaba asegurarme de que Rose tenía a Brysa. Y la única manera era convertirme en su sombra.

No pretendo consignar aquí con toda minuciosidad cómo fue el seguimiento, pero fue una de las experiencias más intensas de mi vida, siempre con la preocupación de que me reconociera. A lo largo de unas setenta y dos horas, viví solo para ella sin importarme nada más.

Durante el día estaba en la calle, por la noche dormía en la casita de la piscina. Nunca pensé que en un periodo tan corto pudiera obsesionarme con una persona. Cuando estaba fuera del alcance de mi vista pensaba en ella, en lo que estaría haciendo o con quién estaría hablando. Las facciones de su cara se habían instalado en mi mente. Yo solo quería recuperar a Brysa cuanto antes, pero a veces me asustaba de los límites que estaba dispuesto a cruzar para conseguir mi propósito.

Me aposté en una lavandería desde la cual obtenía una razonable visión de su portal. Era una de esas sin personal, con las máquinas funcionando por cinco dólares el servicio. Para evitar que mi actitud llamara la atención entre los clientes, compré una novela barata de detectives que fingía leer con interés.

Por las mañanas Rose rara vez salía a la calle, quizá porque pasaría consulta a través de internet. A eso de las cuatro o cinco de la tarde, tomaba sus primeros rayos de sol saliendo a pasear durante alrededor de una hora. Paseaba a un ritmo calmado con los auriculares puestos, por lo que no fue difícil perderla de vista. Sin embargo, la situación se complicó una vez cuando se subió a un autobús, ya que me vi en la obligación de usar la moto y sortear como pude el tráfico. La seguí hasta la biblioteca pública central, pero me quedé esperando afuera, semioculto detrás de un ciprés. Unas dos horas después salió para emprender el camino de regreso a casa de idéntica manera.

La idea que me estaba forjando de Rose era la de una mujer con una vida insípida y solitaria. Sin embargo, una de esas tres noches Piper la acompañó al cine Regal. De nuevo aguardé afuera, en esta ocasión al otro lado de la calle, jugando a adivinar la película que habrían elegido de una cartelera dominada por superhéroes. La espera fue eterna y desesperante, y más de una vez me pregunté si merecía la pena toda aquella locura.

En esa vigilancia decidí llamar a Jun para preguntar el estado de salud de Chen. A pesar de que había cometido un delito grave secuestrando a Piper, no dejaba de ser una persona herida de bala y con su esposa sufriendo lo indecible. Consideré mi llamada puro formalismo, pues no estaba muy seguro de cómo reaccionaría si volvía a verle. Al final había acabado por detestar a Chen.

—La operación fue bien y han sacado la bala —dijo, con cierta frialdad—. Ahora los médicos están controlando que respire bien y que la circulación sanguínea sea normal. Me han dicho que aún quedan unos días para que se pueda ir a casa.

—Y usted, ¿cómo se encuentra?

—Bien —respondió, y enseguida cambió de tema—. ¿Hay progresos con Brysa?

—Sí, pero aún es pronto para cantar victoria.

—Manténgame informada, Sr. Cannon —dijo, y colgó.

Justo al día siguiente, Rose y Piper acudieron al centro penitenciario Twin Towers. A buen seguro a visitar a Harvey, su padre, que estaría a la espera de que el juez estableciera una fianza para eludir la cárcel hasta el juicio. Por mínima que fuera la cantidad, dudaba de que pudiera reunir el dinero suficiente. Al salir a quien vi más afectada fue a Piper o al menos esa resultó mi impresión, ya que Rose la sostenía del brazo, como tirando de ella. Esa fue la última vez que vi a Piper.

El seguimiento por fin avanzó cuando en la última noche seguí a Rose a pie hasta un centro de trasteros de alquiler. No se encontraba muy lejos de su apartamento, apenas a unas cuatro manzanas. Era un austero edificio de color ocre con un amplio tejado sobre la oficina, cuya entrada era precedida por unas toscas escaleras. A una prudente distancia, observé cómo Rose se colocaba frente a una sólida puerta de metal, pulsaba un código y accedía al interior. Intuyo que es la pista que llevo esperando todo este tiempo, pensé.

Entré en la oficina y me dirigí al mostrador. Un tipo joven y espigado con el pelo recogido en una sucia y abundante coleta, estaba sentado leyendo en un libro electrónico. Al reparar en mí, hizo una mueca de disgusto y se levantó con desgana. La lectura debía de ser muy interesante.

—¿Qué desea? —preguntó con una sonrisa falsa.

—Quiero contratar un depósito. Ahora —respondí con un tono de urgencia.

—¿De qué tipo?

—El más barato.

El tipo empezó a teclear en un portátil de la prehistoria, como de los años noventa. Me pidió el carné de conducir y se lo entregué. Imprimió unos documentos y me los hizo firmar sin explicar nada. Todo era desesperadamente lento.

—¿En efectivo o con tarjeta?

—¿Cuánto cuesta?

—Ciento cincuenta dólares al mes.

—¿Es el más barato?

—Sí.

—¿Puedo cancelar el contrato cuando quiera?

—Con aviso de dos semanas.

Pagué en efectivo y el tipo me entregó la llave. Me dijo que el código se cambiaba cada día y que él mismo lo daría cada vez que viniese, previa identificación.

—Le acompaño y enseño su trastero.

—No es necesario, lo encontraré yo solo.

El tipo sonrió de una manera autómata. Quizá también hubiera

sido empleado de Realistic Robotics.

—Le acompaño —insistió, y para mi frustración salió del mostrador con la llave.

Salimos de la oficina y recorrimos en silencio el breve camino hasta la entrada del centro. Mientras introducía el código de cuatro dígitos lo pronunció en voz alta para que lo escuchara. Por si acaso, lo anoté en el móvil. Al entrar noté enseguida una brisa helada, y deduje que la baja temperatura resguardaba las pertenencias más delicadas de los clientes.

El tipo me guio a través de un eterno y laberíntico pasillo con el suelo de color gris y las persianas metálicas de rojo. La luz era fría, de consulta médica u oficina. Me fijé en los gruesos candados de las cerraduras, las cámaras de seguridad, en el techo alto con vigas metálicas y en los números de cada trastero.

A medida que íbamos caminando sentí que me hundía más y más en el silencio sepulcral que lo invadía todo. Casi podía oír mis huesos crujiendo, mi sangre circulando por las venas y el crecimiento de mi incipiente barba.

Después de doblar varias curvas a derecha e izquierda, llegamos al trastero 169L. El encargado metió la llave en la cerradura y subió la persiana metálica con un estruendo. Ante nosotros se extendió un espacio vacío y rectangular, sin techo y con el suelo de cemento.

—¿Qué le parece? —preguntó.

Efectué una mirada valorativa de todo el interior.

—Bien —dije, aparentemente satisfecho—. Si no te importa, voy a quedarme unos minutos tomando medidas y haciendo fotos.

El tipo se encogió de hombros, me entregó la llave y se fue. Cuando oí sus pasos lejos, consulté mi reloj. Habían transcurrido unos quince minutos desde que Rose entró, así que me puse manos a la obra. Tenía un plan. No era perfecto, de hecho era una mierda, pero al menos era un plan.

Me acerqué a los trasteros cercanos por si veía a Rose. Como era de esperar, no la encontré. Todos estaban cerrados a cal y canto. Si acaso encontrara uno sin el candado echado… Significaría que había alguien dentro.

En el pasillo saqué mi móvil, lo sostuve delante de mí y la llamé con la esperanza de escuchar el suyo por alguna parte. Por suerte, guardaba su número gracias al mensaje que me envió preguntando por su hermanastra. Agucé el oído mientras los tonos se sucedían más deprisa de lo que me hubiera gustado. Al quinto, Rose descolgó.

—¿Diga? —dijo.

Silencié el micrófono para que no le llegara el eco de mis pasos.

—¿Diga? —insistió.

Miré hacia delante y atrás en busca de un ruido o movimiento,

algo que delatase su presencia en un trastero. Sin embargo, continuaba reinando la quietud absoluta. Rose colgó y volví a llamar. Sin una razón aparente, cambié de sentido y seguí caminando.

—¿Quién es? —dijo Rose al descolgar.

Silencié el micrófono de nuevo. Apreté el paso hacia las entrañas del centro. Alternaba la mirada a izquierda y derecha en dirección al suelo, por si alguna de las persianas estaba entreabierta. Esta vez Rose no fue tan paciente y colgó enseguida. Volví a llamar, pero esta vez ni siquiera respondió.

Supuse que Rose se estaría preguntando qué coño estaba pasando. A qué venían mis llamadas y si debía preocuparse. Quizás decidiera marcharse ya y no volver hasta pasadas unas semanas, lo que sería un contratiempo. Decidí que me estaba comportando como un idiota.

Aun así, continué revisando las persianas en busca de una sin candado o entreabierta. Mis ojos se saturaron de tanto rojo y gris a mi alrededor, incluso la luz empezó a dañarme la vista. Sentí que me encontraba en una especie de cárcel. Por si esto fuera poco, perdí la noción del tiempo. Podían haber transcurrido cinco minutos o una semana, cuando frené en seco.

La 123A estaba con la persiana echada y sin candado.

Me empalmé de entusiasmo.

Escuché un ruido. Quizás el arrastrar un mueble, una madera que cruje o algo que se cae. Fue tan breve que pensé que mi imaginación me la había jugado. Giré la cabeza a un lado y otro para comprobar que no había nadie más, como por ejemplo, el encargado melenudo. Me agaché, agarré del tirador de la persiana y me preparé para cualquier cosa que fuera a suceder. Tiré hacia arriba con fuerza y eché un vistazo. Estaba vacío.

Jodido por la revelación, negué con la cabeza mientras entraba en el trastero como si no acabara de creérmelo. Me planté en el centro con los brazos en jarras, mirando a mi alrededor y aspirando el aroma de la derrota. ¿Sería el trastero de Rose?

Cuando me disponía a salir al pasillo, me fijé en un objeto de color blanco que estaba conectado a la corriente. No era habitual que los trasteros dispusieran de un enchufe, pero seguramente abonando una tarifa mayor se podría acceder a alguno por una buena razón.

Me puse de cuclillas y examiné el objeto. Era un adaptador de 220 vatios, pesado, algo sucio y conectado a un cable amarillento que terminaba en una conexión USB-C. Lo curioso era que, en un lado, estaban grabadas las iniciales de Realistic Robotics. Enseguida recordé el adaptador de Summer, la otra robot de Chen. Eran muy similares. Por lo tanto, supuse que el adaptador servía para cargar la batería de Brysa y que Rose lo había olvidado. Al menos mis llamadas habían servido para que se marchara a toda prisa.

Ahora ya estaba convencido de que tenía a Brysa, pero ¿a dónde cojones se la había llevado? Dejé escapar un largo suspiro. Desenchufé el cargador, enrollé el cable y salí con él en la mano. En la calle recibí un soplo de aire contaminado que me sirvió de inspiración. Se me ocurrió un lugar donde Rose podía guardar a Brysa a buen recaudo.

Tomé la 110 hacia el sur y en unos veinte minutos me planté frente a la repugnante casa de Harvey. El mazacote rectangular de cemento con aire siniestro. Me asaltaron los recuerdos de la pelea con él y el perro por apoderarme del dinero de Chen. ¿Para qué? Ahora lo disfrutaba Eva.

Apagué el motor de la Sportster. La luna era acechada por varias nubes oscuras. Me fijé en que las alargadas ventanas del salón resplandecían en la noche. Rose debía de estar dentro. Harvey se encontraba en la cárcel esperando el juicio por cargarse al italiano. Piper disponía de un coqueto y amplio apartamento. Sin nadie que molestase a Rose, no era un mal lugar para retener a Brysa.

Me acerqué a las ventanas con el máximo sigilo. La última vez había entrado por el garaje, pero estaba cerrado. Llamar al timbre para que me abriera la puerta era un lujo solo accesible para los repartidores de comida a domicilio. El vecindario estaba lleno de sombras y fealdad; los coches pasaban rápido, como temerosos de que una avería les obligase a detenerse.

Me asomé y vi a Rose de espaldas, sentada en el sofá con la cabeza hacia abajo, quizá consultando el móvil o leyendo un libro. La diana con los dardos había desaparecido y solo quedaba un rastro en la pared. Observé todo lo que estaba a mi alcance, el inicio de las escaleras, una parte de la cocina, algún rincón que otro… En apariencia no había nadie más. ¿Estaría Brysa en el piso de arriba?

Confieso que no valoré en exceso mis opciones. Simplemente lo hice. Saqué el adaptador de corriente y valoré su peso con la mano. Incliné ligeramente la cabeza, aceptando el resultado. Se necesitaba mucha potencia para cargar la batería de la robot, de ahí que fuera tan voluminoso. Retrocedí unos pasos mientras me dije a mí mismo: Ha de ser rápido, todo ha de ser muy rápido. Apunté y lancé el adaptador con toda mi furia hacia la ventana. A decir verdad, no era un método muy sutil, pero a veces se necesita eficacia no eficiencia. El cristal estalló en mil pedazos.

Rose saltó del salón como impulsada por un muelle. Estaba demasiado ocupado para saludarla con una reverencia, ya que de un puñetazo me encargué de quitar los añicos que se habían quedado en el marco. Volví a retroceder, pero esta vez para tomar carrerilla y encaramarme al alféizar. Después de registrar el apartamento de Giannis y rescatar a Piper en casa de Feng, ya era todo un experto en

irrumpir de esa forma.

Con la mano temblorosa, Rose marcó un número en el móvil, que supuse sería el de la policía.

—¡Cuelga o les contaré tu relación con el italiano! ¡Sé que eras su psicóloga! —exclamé, apoyándome con las dos piernas antes de saltar—. ¡Suelta el puto móvil!

La cara de Rose se volvió pálida y obedeció al momento. Sin embargo, antes de que pudiera preguntarle dónde estaba Brysa, salió corriendo hacia el piso de arriba. Dado su estatura y peso, me sorprendió la velocidad. Quizá estuviera bajo el efecto de la adrenalina.

Cuando subí por las escaleras con apremio, observé que se encerraba en su dormitorio, el más pequeño de los tres. Siendo fiel a mi sutileza, lancé una patada salvaje a la puerta y la abrí de par en par con un gran estrépito. En la cama, Rose se agarraba a Brysa con desesperación.

—¡No te las vas a llevar! ¡Es mía!

—No, no lo es —dije, con calma.

—¡Yo le dije a ese imbécil de Giannis cómo tenía que ser su cara! ¡Yo la inventé!

Parecía como si estuvieran a punto de arrancarle la misma vida. La relación entre Rose y su hermanastra era demasiado oscura para que yo, en ese momento, dedicara un tiempo para desentrañarla.

—Eso no la convierte en tuya.

—Por favor… —rogó, cambiando súbitamente de expresión.

—Se te pasará, Rose. Es solo un capricho.

—Te daré todo el dinero que me pidas.

—Ya es demasiado tarde.

Rose se apartó lentamente de Brysa y me dejó contemplarla. Por fin la tenía delante de mí. Estaba sin ropa. El parecido con Piper era asombroso, incluso el cabello parecía natural. Sus ojos eran de un azul prístino y fascinante. Me entraron ganas de sentarme a su lado y disfrutar de la hipnótica visión durante un par de horas, pero Rose interrumpió mi deseo.

—¿Qué vas a hacer con ella? ¿Te la vas a quedar, verdad?

—¿Qué más te da?

—Te he hecho una pregunta, maldito imbécil.

—Si no te gusta la respuesta, no es mi problema —dije, con desdén—. ¿Dónde está su ropa?

—Dime antes qué vas a hacer con ella —insistió, con los ojos empañados de lágrimas—. ¿Te la vas a quedar para ti solo, verdad?

Ignorándola, abrí el armario y eché un vistazo. Había perchas y una cómoda. Abrí los cajones uno a uno hasta que encontré una camiseta de tirantes y unas mallas negras.

—Le diré a mi padre que cuando salga, te mate —dijo.

—Y yo que pensé que en la cárcel se iba a redimir —repliqué, al tiempo que vestía a Brysa.

Al terminar, cargué a la robot en mis brazos y antes de salir del dormitorio, me giré hacia Rose, que estaba acurrucada en un rincón, observándome de una manera enfermiza.

—Busca ayuda —le dije—. La necesitas.

—¡Que te jodan!

Bajé las escaleras en medio de una lluvia de improperios. Avancé por el pasillo donde quedó Harvey inconsciente y llegué hasta el garaje, que seguía atestado de objetos. Como pude, sin soltar la robot, alcé la persiana metálica y salí a la calle. Me subí a la moto y, sosteniendo a Brysa con un brazo alrededor de la cintura, arranqué y nos incorporamos al tráfico. Bajamos por Central Avenue y después nos desviamos hacia la autopista. Cuando llegamos al aparcamiento de Playa Del Rey, había transcurrido un cuarto de hora.

El mar estaba inquieto y de un azul oscuro, casi tétrico, arrojando las olas a la orilla como escupitajos. El horizonte se había perdido y parecía como si se pudiera tocar con la mano el abismo del cosmos. Sobre la arena, a unos cien metros había un par de fogatas con sombras alrededor y más allá, la torre de vigilancia de los socorristas, cerrada.

Cogí el móvil de mi bolsillo y llamé a Chen. No me respondió. Supuse que aún estaría recuperándose de la operación. Llamé a Jun.

—Tengo a Brysa —dije, con aire triunfal.

Se formó un silencio. La imaginé sentada con la espalda erguida en el salón de su casa, a punto de irse a dormir.

—¿Quién la tenía?

—Una mujer llamada Rose. Digamos que tenía vínculos con Realistic Robotics —dije, para abreviar.

—¿Una mujer tenía a Brysa?

—Y no era por dinero.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó, con cierta ingenuidad.

Dejé que se respondiera ella misma más adelante.

—Voy a enviarle un vídeo para que se lo enseñe a Chen —dije, mirando las fogatas.

—¿Cuándo la traerá a casa?

—Lo antes posible. Estoy ahora en Playa del Rey.

—¿Qué hace ahí?

—Disfrutando de las vistas —respondí, escuchando a lo lejos el gemido de una sirena de una ambulancia—. Estaré aquí solo unos minutos.

—Mi marido se pondrá muy contento. Le recompensará con creces.

—Eso espero.

Colgué y guardé el móvil. Pensé en lo que haría con el dinero de Chen. Pagar deudas, viajar con Josh, quizá una cena en un sitio elegante y vuelta a empezar.

Miré a Brysa una vez más. Su cabello rubio revoloteaba a causa del ligero viento. Por ella, una persona había sido secuestrada, otra disparada y otra, asesinada. Cuánta sangre derramada por una robot, pero muy dentro de mí lo comprendía. Mientras la contemplaba fui adquiriendo conciencia de un desgastado sentimiento de posesión. La besé en los labios suavemente. Me sentía como víctima de un hechizo.

—Me llamo Brysa —dijo ella, de repente, con una voz tan suave como el terciopelo—. ¿Cómo te llamas?

Tragué saliva. La expresión de su cara al hablar era real.

—Mark.

—Me gusta estar contigo. ¿De dónde eres?

Su voz sonaba cada vez más baja y me pregunté si quizá se debía al nivel bajo de batería. Caí en la cuenta de que el adaptador de corriente se me había olvidado en casa de Harvey.

—En cierta forma de aquí, de Los Ángeles.

—Yo también. ¿Te gusta la ciudad?

—No está mal. ¿Y a ti?

—Me encanta.

—¿Quién te creó?

—Dicen que una genio. ¿Te gusta mi cuerpo?

—Para no ser real, está muy bien.

—¿No es real? —preguntó, frunciendo el entrecejo, y me llegó una ráfaga de su alma.

—Me temo que no, encanto.

—¿Por qué?

—Porque solo existe una mujer como tú. Eres una copia.

Silencio. Noté su espalda caliente y supuse que sería a causa del procesador.

—¿Cuándo va a empezar la fiesta? —preguntó.

—Buena pregunta.

Me bajé de la moto y la cogí en volandas. Mis pasos se hundían en la fresca arena mientras que el olor a salitre se hacía cada vez más presente. El tenso rumor de las olas resonaba en la playa. Me acerqué a una de las fogatas. Eran cinco jóvenes, tres chicos y dos chicas. Algunos comían, otros bebían y uno fumaba un porro. Vestían con alegres ropas primaverales y uno de ellos sostenía un ukelele. Respiré tranquilo, el futuro de la música estaba garantizado.

Cuando notaron mi presencia, observé expresiones de extrañeza. Para ellos, un desconocido se acercaba con una mujer en brazos. Quizá necesitaba ayuda.

—¿Qué pasa? —me preguntó uno de ellos, con aspecto de necesitar

una ducha.

Guardé silencio. Arrojé a Brysa al fuego. Ellos reaccionaron con asombro e incluso pánico. Dios mío y cosas así. Se alejaron a toda prisa. Saqué el móvil y grabé cómo el fuego la devoraba. Su boca se abrió como en un grito desgarrador. En cuestión de segundos, su piel se derritió y de uno de sus bellos ojos azules brotó una lágrima, o al menos eso fue lo que pareció. De repente, se produjo una pequeña explosión que me obligó a retroceder unos pasos. Empezó a salir humo y el aire se cargó de olor a chamuscado.

Después de treinta segundos detuve la grabación, y la envié a Jun. Debido al peso del archivo, tardaría unos minutos en llegar. Que ella decidiera si Chen debía ver el vídeo. Me daba igual. Brysa ya no desataría ninguna locura más.

Regresé al aparcamiento dejando atrás el bullicio y la confusión de la gente. Sin mirar atrás, me subí a la Sportster y abandoné la playa.

OTRAS OBRAS DE LUIS J. PEDRERO

Después de una guerra infernal, un antiguo soldado se esconde en un monasterio serbio.

Para recuperar su vida anterior deberá atrapar al criminal de guerra más buscado del mundo.

¿Logrará sobreponerse a sus demonios interiores?

A veces la búsqueda de la verdad es un camino directo al infierno.

Sebastian Daguerre es un experimentado cazador de topos al servicio de la DIA, la agencia estadounidense de inteligencia militar.

Cuando recibe la denuncia de que el comportamiento de un analista es sospechoso de traición, se inicia la trepidante investigación para recabar las pruebas.

Sin embargo, la misión es colosal porque se trata de Sam Darden, el analista más brillante y reputado de la DIA.

ACERCA DEL AUTOR

Apúntate a mi newsletter para avisarte cuando publique mi siguiente novela. Haz clic aquí o escanea el QR

Sígueme en Twitter, @luisjpedrero